

**JUAN RAMON JIMENEZ, SU VIDA Y SU OBRA**

**By**

**Graciela (Palau) Nemes**

**Thesis submitted to the Faculty of the Graduate School  
of the University of Maryland in partial  
fulfillment of the requirements for the  
degree of Doctor of Philosophy**

**1952**

UMI Number: DP70514

All rights reserved

INFORMATION TO ALL USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if material had to be removed, a note will indicate the deletion.



UMI DP70514

Published by ProQuest LLC (2015). Copyright in the Dissertation held by the Author.

Microform Edition © ProQuest LLC.

All rights reserved. This work is protected against unauthorized copying under Title 17, United States Code



ProQuest LLC.  
789 East Fisenhower Parkway  
P.O. Box 1346  
Ann Arbor, MI 48106 - 1346

INDICE TEMATICO

Pág.

PROLOGO . . . . .	
AL LECTOR . . . . .	
Capítulo	
I. MOGUER. LA PRIMERA INFANCIA DE UN POETA . . . . .	1
II. EL PUERTO DE SANTA MARIA Y LOS JESUITAS. LA TRAGEDIA DE UN NIÑO . . . . .	8
III. SEVILLA PIERDE UN PINTOR, ESPAÑA GANA UN POETA . . . . .	12
IV. LA REVISTA <u>VIDA NUEVA</u> . EL MODERNISMO. UN POETA Y AMIGO ANDALUZ: FRANCISCO VILLAKESPESA . . . . .	15
V. JUAN RAMON LLEGA A MADRID. <u>NINFEAS Y ALMAS DE VIOLETA</u> . RUBEN DARIO Y OTRAS INFLUENCIAS . . . . .	20
VI. VIAJE A FRANCIA. LOS SIMBOLISTAS . . . . .	26
VII. EL REGRESO A MADRID. PRIMER TRIUNFO: <u>ARIAS TRISTES</u> . EL MODERNISMO ESPAÑOL . . . . .	29
VIII. SIMARRO, DOCTOR DE ALMAS. LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA. EL GUADARRAMA . . . . .	35
IX. SIETE AÑOS EN MOGUER. <u>PLATERO Y YO</u> , BIOGRAFIA ESPIRITUAL. SOLEDADES SONORAS . . . . .	41
X. OTRA VEZ MADRID. LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES. ZENOBIÁ CAMERUÉ AYMAR . . . . .	51
XI. AMERICA, EL PRIMER VIAJE. BODAS. NUEVA VISION POETICA . . . . .	58
XII. VEINTE AÑOS EN MADRID. AISLAMIENTO. FAMA . . . . .	64
XIII. NUEVOS HORIZONTES POETICOS EN ESPAÑA . . . . .	76
XIV. LA JUVENTUD ESPAÑOLA. JUAN RAMON Y SU ESCUELA POETICA . . . . .	82
XV. HASTIO DE MADRID. LA GUERRA. LA PARTIDA . . . . .	89
XVI. PUERTO RICO Y CUBA. JUAN RAMON ALIENTA JUVENTUDES . . . . .	98

127	..... BIBLIOGRAFIA	
126	..... EL POETA ALCANZA EL IDEAL. <u>ANIMAL DE FONDO</u>	XVIII.
120	..... JUAN RAMON Y LA CRITICA	XVII.
117	..... EL POETA SE ENFERMA	XVI.
111	..... EL POETA EN SU ULTIMA EPOCA	XV.
108	..... ARGENTINA	
	..... LA UNIVERSIDAD DE MONTREAL. EL VIAJE A LA	XIX.
106	..... EL REGRESO A WASHINGTON	XVIII.
101	..... LA FLORIDA. UNA POESIA NUEVA	XVII.

## PROLOGO

A un poeta, amigo y maestro, debo yo el haber escrito esta disertación. Fué el mismo Juan Ramón Jiménez el que, con bondad, en su amena charla me suministró datos de su vida no publicados. También su mujer Zenobia, hospitalaria y fina, cooperó mucho con esta autora. Ambos me permitieron con amistad franca, paciencia y tolerancia, adentrarme en sus vidas.

No menos importante ha sido la ayuda del Dr. Frank Goodwyn, profesor de español de la Universidad de Maryland, que dirigió la presentación y ordenación de los datos biográficos y la información que componen este trabajo, y la de la Dra. Marguerite Rand que hizo acertadas indicaciones. A ellos, que saben lo que el cumplimiento de esta obra significa para mí, mi más sincero agradecimiento.

Por último, a mis seres queridos: marido, madre y hermanos, que con su ayuda y estímulo me alentaron, gracias, mis gracias, más hondas y calladas.

## AL LECTOR

Per los confines literarios pacan algunos hombres con ruidos y centellazos de meteoritos; otros, andan sus vidas calladas alrededor de sus órbitas con la constancia y luminosidad de los grandes astros. Los ruidosos y deslumbradores siempre se hacen notar, sus vidas y sus obras dan mucho que hacer. A los callados con luz se les conoce por sus reflejos y a veces se les ignora.

Esta es la historia incompleta de un hombre silencioso, de un hombre y su obra.

## CAPITULO I

### MOGUER. LA PRIMERA INFANCIA DE UN POETA

En la provincia andaluza de Huelva, cuya superficie está salpicada aquí y allá de promontorios de la Sierra Morena y de fragositas quebradas, hay muchas poblaciones pintorescas con campos de pastos abundantes, coronados de robles y pinares, de alcornoques y castaños, perfumadas de cerezos y nogales, naranjos y limoneros. A la zona montañesa, sigue la llanura ladeada hacia el Atlántico en la parte meridional. Allí se cultivan viñedos, olivares y árboles frutales. Hay en esta parte y a la izquierda del río Tinto una ciudad vecina al mar, en una meseta de bellas campiñas y fértiles montes. Moguer se llama este pueblo que hoy es un poema. El poema, una elegía andaluza llamada Platero Y Yo, es la obra temprana del poeta Juan Ramón Jiménez, un hijo de Moguer.

El Moguer de los atlas y las enciclopedias es un municipio de menos de ocho mil habitantes y menos de dos mil edificios, con calles anchas, rectas y bien empedradas. Tiene un caserío desigual pero bueno, pocos monumentos y apenas un par de edificios importantes como el Convento de Monjas de Santa Clara que es por dentro una maravilla de arte ojival y la iglesia de Granada cuya torre copia a la Giralda de Sevilla.

Sin importancia o significación histórica, Moguer no puede escapar de la influencia de Palos y La Rábida, que le quedan cerca. Como las carabelas de Colón salieron del Puerto de Palos, distante seis kilómetros, y como a La Rábida, fuera de la villa de Palos

llegaron Colón y su hijo Diego buscando asilo, a la fama le ha dado también en decir que Colón rezó en una iglesia de Moguer y el vulgo le asigna en Moguer casas y hospedajes. De más fundamento histórico es que en Moguer nacieron descendientes de los Pinzones, los capitanes de las carabelas de Colón. El mismo Juan Ramón cuenta a algún Pinzón con pergaminos entre sus antepasados.

El que busca al Moguer geográfico en los átlases y las enciclopedias no llega a conocerlo tan bien como el que lo busca en las páginas de Platero y Yo. La verdadera gloria de Moguer es pastoral. Acercándosele por Sevilla y Cádiz, que le quedan al este, se ven sus viñedos y sus colinas de pinares, de recias encinas, sus sibilantes eucaliptos y sus higueras centenarias. Nadie describe ese Moguer bucólico mejor que Juan Ramón, ni con más arte. El poetiza la realidad de sus madrugadas y crepúsculos: "...claridades malvas .... tras la torre de la iglesia...";<sup>1</sup> él nos hace vivir sus días claros de sol y los negros de tormenta: "...calles, blancas de cal con sol..."<sup>2</sup> o, "el terrible cielo bajo ahoga el amanecer..."<sup>3</sup> De la flora y la fauna de Moguer, los tipos y las costumbres mogueresas va enterándose el lector muy a gusto en compañía de Platero, el héroe-asno del poema. El alma del Moguer de Platero, además del vino, era el pan de trigo, blanco por dentro y dorado en torno; el pueblo lo empezaba a oler, calientito, al mediodía y los panaderos lo anunciaban al frente de cada puerta entornada. Al entrar por las puertas el pan se entraba en todo, hasta en la uva y en el vino. También se exaltaba en Moguer el producto del mar: en la plaza del Pescado los vendedores pregonaban

---

<sup>1</sup> Juan Ramón Jiménez, Platero y Yo, (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes IV, Vol. II, Madrid: 1926), capítulo CXVII, p. 267.

<sup>2</sup> Ibid., VII, 29.

<sup>3</sup> Ibid., LXXI, 171.

a diario las asedías, los salmonetes, las brecas, las mojarras y las bocas.

¡Qué suerte tenía Platero! Porque como le decía el poeta, en vez de caer en sus manos pudo haber caído en la de algún carbonero ladrón que se robaba de noche los pinos de los montes, o en las de gitanos astrosos que pintaban los burros y les daban arsénico y les ponían alfileres en las orejas para que no se les cayeran.<sup>4</sup>

El Moguer en donde nació Juan Ramón la Nochebuena de 1881 era verdaderamente un pueblo blanco de sol y fachadas de cal, que las farolas de aceite y el resplandor de luna alumbraban de noche. Más significativo que la extensión territorial es el hecho de que desde la atalaya de sus blancas azoteas podían verse las campanas musicales de la torre, los corrales, el cementerio, el río. Subiendo más alto, hasta el campanario, surgían en lontananza cuatro pueblos, el campo moguerense y en el poniente el mar, ora blanco, ora brillante. Sus habitantes eran marineros o labradores, alegres y vistosos los primeros en el hablar y el vestir, a sus mujeres se les conocía en seguida porque aventajaban a las labradoras en viveza, colorido y donaire; eran Moguer y eran mundo esos hombres que fumaban tales cigarros y ejercían tal contrabando y esas mujeres que sabían de los tejidos finos y los brocados de Albión y se deleitaban hablando de la plata y el oro, para asombro y embabamiento a las labradoras; ellas, que como sus hombres eran sencillas ¡como todos los labriegos del mundo!

Juan Ramón nació entre marineros, en una casona de esquina que paró en cuartel de la guardia civil. Con seis verjas de hierro invi-

---

<sup>4</sup>Ibid., CXIV, 260-261.

tando claveles y geranios, dejaba asomar por la cancela lilas y campanillas celestes, colgadas de la verja de madera del traspatio. Tenía un balcón "mudéjar a lo maestro Graftia" con estrellas cristalinas de colores que eran su júbilo. Desde el mirador, empinado en el afil del cielo, se vislumbraba el espejeo del mar rizando olas en lechos de espuma.

Cuando Juan Ramón cumplió los seis años, su familia abandonó la casona y su paisaje marinero, por una casa tierra adentro en la Calle Nueva. El padre así le quiso "porque los marineros andaban siempre navaja en mano, porque los chiquillos rompían todas las noches la farola del saguán y la campanilla y porque en la esquina hacía siempre mucho viento."<sup>5</sup> La esquina de los vientos, que llevaba el perfumado nombre de la Calle de las Flores, hoy es calle Juan Ramón Jiménez.

Del alma abierta de los marineros y el reconcentramiento espiritual de los labradores, la infancia del poeta absorbió parte. Su padre era vinatero de abolengo, de sangre pura de castizas viñas. Poseía buenos barcos como el San Cayetano que transportaba el vino de sus viñas a Málaga, Cádiz y Gibraltar; y era el más grande y el mejor, el que tenía mejor patrón y más lobos de mar. De la mano de ellos, Juan Ramón, su señorito, derramaba su orgullo y sus ensueños de la proa a la popa de la nave.

Victor Jiménez de Nestares y Sainz del Prado, padre de Juan Ramón, procedía de Nestares, provincia de Logroño; eran los Jiménez

---

<sup>5</sup>Ibid., CXVII, 267.

de estirpe visigoda y sólida cultura; viajeros consuetudinarios del Viejo Mundo, atesoraban objetos de arte y libros valiosísimos en magníficos museos y bibliotecas propias. Uno de sus preclaros parientes lo fué Mateo Segesta.

Victor Jiménez de Nestares había ido a Andalucía a tramitar la herencia dejada por un familiar rico y, como tanta otra gente del norte, casó con una andaluza y ancló su nave en Moguer. La madre de Juan Ramón, María de la Purificación Mantecón y López Pareja, era natural de Osuna y también de buena estirpe; un miembro de su familia, en vida mundana la Marquesa de Casa Mantecón, fué fundadora religiosa. María era una mujer señadora, con lumbre de sangre mora en los ojos, corazón sensitivo y espíritu idealista, cualidades engendradas en Juan Ramón, el poeta de sus cuatro hijos.

La aristocracia moguerense estaba constituida de las pocas familias a quienes pertenecían las ricas viñas y olivares del lugar. El padre de Juan Ramón era dueño de sesenta viñas, pero por su carácter bucólico y apacible compartía las cualidades de sobriedad y sencillez del labrador moguerense. Amaba la soledad, esa soledad que más tarde se convirtió en la obsesión de su hijo, el poeta. Como verdadero hombre de la tierra, amaba también la naturaleza e inculcó a su hijo ese cariño. Sabía ver el arte en la natura: el poema del agua, la maravilla del campo, el milagro de la noche estrellada. Con su padre, Juan Ramón iba a los molinos a caballo, a ver a los bodegueros. El mismo cuenta como de niño entraba y salía de las bodegas durante la vendimia a lomos de Almirante, su magnífico corcel marismeño, fuerte, vivo, y audaz.

A trote y galope, ribera arriba, ribera abajo, tierra infinita bajo los cascos, el niño le robó la luz al paisaje y los cantares a los

molinos y al río. Tal vez ya el niño era poeta y Almirante Pegaso, y aún cuando los niños a solas siempre se escapan por la ruta de un sueño, ya Juan Ramón niño iba ramoneando por la del Parnaso.

Aún con todo, nada hay en su primera infancia que le señale como prodigio. Como los otros niños bien de Moguer, estudió los primeras letras en el colegio de párrocos del pueblo, pero sus recuerdos más vivos no son los de las aulas. Recordaba en su juventud como le gustaba pasar las horas observando la casa de enfrente desde su cancela, su ventana o su balcón. Su ilusión era llevar, cuando iba al naranjal las tardes invernales, una navaja de cabo de nácar para partir los piñones tostados que llevaba en el pañuelo. La navaja, curiosidad y portento de todos los niños, estaba labrada en forma de pez, con dos ojitos de rubí a través de los cuales se veía una Torre de Eifel carmesí.

De los placeres de Juan Ramón los mejores eran hacer campitos y pasearse en el jardín al regreso de la escuela. Como todos los niños, tenía también su astillero de barquitos de corcho y el submarino de la tortuga griega que encontrara con su hermano en el camino de la escuela. Tenía su cuco, el quemamontes, un viejo moreno de rizados canos, endilgado de chupa negra y pantalón a descuadros, con los bolsillos reventando de cerillas de Gibraltar. Y la impresión de aquella vez que le subieron al mirador de su casa a ver el barco inglés que estaba ardiendo, le duró hasta que se hizo hombre.

Su infancia fué, sin duda, una época feliz; aunque alguna que otra vez asomaban esas sensibilidades exquisitas como arpegios de violín que le dieron el lirismo de su musa y las crisis más grandes de su vida. Así, tal vez a tenor con esto, de niño le daba grima el espectáculo solemne de la iglesia y la guardia civil, los toreros y el acordeón y lo

amedrantaban las solemnidades y las visitas; durante las tormentas, el miedo se resolvía en terror de aliento contenido y sudor frío.

Cuando le vendieron su caballo Almirante a un tal Mr. Dupont que hacía negocios con su padre, hubo que llamar al médico y administrarle bromuro y éter, de tal modo se le encogió el corazón.

De estos sentimientos y emociones de la infancia, algunos perduraron y se agigantaron hasta convertirse en obsesión que había de moldear su vida y su obra, como veremos en sus escritos.

## CAPITULO II

### EL PUERTO DE SANTA MARIA Y LOS JESUITAS. LA TRAGEDIA DE UN NIÑO.

Cuando Juan Ramón contaba once años, aprendidas las primeras letras, fue enviado como correspondía a una escuela incorporada al Instituto de Huelva que tenían los Jesuitas en el Puerto de Santa María en Cádiz. Ningún chiquillo de once años deja con placer el hogar y el pueblo feliz por uno extraño y Juan Ramón no fue excepción; la partida, con la estancia subsecuente en el colegio de "hombres negros: un colegio grande y frío con un jardín verde,"<sup>1</sup> marca la primera pequeña tragedia de su vida. Mucho ha lamentado el poeta de hoy su forzada estancia con los Jesuitas, aunque en su juventud confesara que por poco se vuelve jesuita. En esos años comenzaron sus días de tristeza, sus nostalgias, y sus corpóreos desvanecimientos se acrecentaron. De esa fecha data una cierta aversión a las sotanas; en una persona menos sensitiva, esos años no hubieran grabado tan profunda huella, pero en Juan Ramón los recuerdos quedan como cuerdas latentes de un arpa olvidada que vibran si se las pulsa. De haber nacido pobre, o tal vez años más tarde, se hubiera ahorrado la para él funesta experiencia de la estancia con los Jesuitas; pero a fines del siglo XIX, las mejores escuelas eran privadas, dirigidas casi totalmente por las órdenes religiosas; la instrucción pública en España, a pesar de las muchas reformas, introducidas, era negligente.

---

<sup>1</sup> Jiménez, nota autobiográfica publicada en Renacimiento reproducida por Samiro W. Mata en La Generación del 98, (Ediciones Liceo, Uruguay: 1947), p. 207.

Ya en 1876, se había fundado en Madrid la Institución Libre de Enseñanza como una protesta contra los métodos de instrucción pública existentes, y, en 1878, se creó una escuela primaria inspirada en las nuevas ideas pedagógicas que consideraba corruptor el sistema imperante de disciplina moral y vigilancia, exámenes, premios y castigos, espionaje y garantías exteriores; pero su influencia en España no se sintió de lleno hasta mucho después, y tardó más en llegar dondequiera que el sistema de enseñanza satisfacía las exigencias de la época. Las escuelas públicas contaban con maestros cuya escasa preparación científica les impedía cumplir cabalmente sus funciones. Había una desproporción considerable entre la ignorancia de la inmensa mayoría de los españoles y la cultura de una escasa minoría.<sup>2</sup> En comparación con los cursos ofrecidos en otras instituciones, los de los Jesuitas estaban calculados con diligencia y esmero y era costumbre y tradición enviar allí a los hijos de familias acomodadas. Sus métodos consistían en ejercitar el juicio, insistir en lo estudiado, avanzar de lo fácil a lo difícil y guiar al estudiante en lo espiritual con tanto o más énfasis que en lo material.

El sistema tenía sus desventajas; en su afán de prevenir malos hábitos entre sus pupilos, organizaban una vigilancia que degeneraba en espionaje; por otro lado, el desarrollo excesivo de la emulación producía envidia, vanidad y disimulos entre estudiantes; la disciplina constante impedía la relación deseable entre maestro y alumno y creaba un mundo antagónico de conflictos sofrenados y emociones reprimidas. Los senti-

---

<sup>2</sup>Rafael Altamira, "La España del Siglo XX," Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid, 510:284-285, septiembre 30, 1902.

mientos de deber y respeto, no siendo espontáneos quedaban malogrados antes de brotar, naciendo en su lugar los vicios que trataban de corregir o el miedo y achicamiento de espíritu en los más flojos.

Para algunos chicos, un ambiente tal es un reto; esos, a fuerza de restricción y sujeción, a las buenas o a las malas conquistan el medio y se enseñorean de él. Para Juan Ramón, tímido y sencillito, acostumbrado a convivir con la libertad y la naturaleza, habituado a la encha soledad de los espacios anchos como los de su pueblo, la estancia jesuítica fué dogo canchero de su fantasía, reja de su albedrío, cadena de su espíritu, aunque no una pérdida total.

El Puerto era un lugar pintoresco: al oeste de la provincia de Cádiz y a la boca del río Guadalete, lo acariciaban de ambos lados un océano. Durante la Edad Media, había sido puerto de grandes empresas y los flamencos y genoveses que por allí transitaban dejaron su huella en la sangre y las costumbres.

Un gran centro vinícola, rico en agricultura, abundaban en él los edificios públicos y era sede de numerosas escuelas nacionales, colegios, comunidades religiosas, esilos, teatros, fondas, hospitales, iglesias, periódicos, sociedades, ligas, academias e industrias. La ciudad, dotada de calles limpias y espaciosas, de magníficos paseos y residencias, surgía entre campiñas pintorescas con hispánica fragancia de limoneros y naranjales. En noches primaverales, Juan Ramón, de lleno en su ventana, cara al mar, se extasiaba en la maravilla de "el cielo profundo y dormido sobre el agua, y Cádiz, a lo lejos, con la luz triste de su faro."<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup>Jiménez, nota autobiográfica reproducida en La Generación

Los Jesuitas daban bastante importancia a los estudios literarios. No es de extrañar que para esa fecha apoyara Juan Ramón a esborrar líneas y que a los estorces ya se supiera a Maquer de memoria y dominara a Rosalía de Castro.

### CAPITULO III

#### SEVILLA PIERDE UN PINTOR, ESPAÑA GANA UN POETA.

La vuelta a Moguer vuelve a endulzarle la vida al febril estudiante y aparece por primera vez el amor en su camino. De abolengo fué su novia a los catorce, Marta Pinzón. Esos idilios primaverales los resume él laconicamente al recordarlos:— ¡cuando sufría uno entonces!

La estancia en Moguer fué corta, Juan Ramón marchó a Sevilla a pintar y asistir, de paso, a la Universidad porque su padre le impuso que estudiara leyes.

¿Quién no conoce las bellezas de la maravillosa Sevilla? Allí la naturaleza y el hombre se han afanado en crear y engalanar. Rodada de campos y jardines, reina sobre una exuberante planicie. Le bastarían para su gloria la Catedral, la Giralda y el Alcázar, encajes tejidos en piedra cantarina, de columnas como cinturas de mora; pero tiene además otros alcázares, castillos, torres, templos, señoriales mansiones, plazas, paseos y jardines, deleite de la vista y el alma. Ciudad culta, paraíso y mercado de valores humanos, patrona de las artes en donde floreciera la escuela sevillana que engendró a Murillo, contiene en sus áreas tesoros invaluables del arte pictórico. Si la vocación de nuestro poeta hubiera sido la pintura, pintor se hubiera vuelto en los dos años que pasó en Sevilla trabajando "en los estudios de sus pintores coloristas y fandangeros."<sup>4</sup> Juan Ramón tenía un sentido pictórico, eso bien lo ha demostrado en su obra literaria, pero su medio no iba a ser la pintura, ni su herramienta el pincel, sino la palabra. Ya lo veremos una década después en su apogeo, creador de paisajes interiores, escenarista,

---

<sup>4</sup>Ibid.

retratista, impresionista, modernista y clásico.

Si Sevilla perdió un pintor en Juan Ramón, España ganó un poeta. Mientras asistía a las clases del curso preparatorio de derecho en la Universidad de Sevilla, escribía en los blancos de la retórica décimas a la Virgen y convertía los episodios de la clase de Historia en octavas reales belicosas. El recuerda que lo primero que escribió en Sevilla, a los catorce, fué un poema imitando a Bécquer. En aquella época en que el triste poeta sevillano llevaba veinticinco años de muerto, lo habían vulgarizado. Cantaban las Rimas y vocécitas melifluas recitaban sus poesías al menor estímulo. La admiración de Juan Ramón por Bécquer, andaba lejos de las razones del vulgo, en la poesía del sevillano y en la de Rosalía de Castro había sensibilidades comunes a la suya que aun que aun él no acertaba a expresar, no por eso dejaban de vibrar a una misma nota, nota honda, permanente, con la amargura íntima de aquel a quien le duele lo bello de la vida.

Paseando por el Cuadaluquivir le brotaron a Juan Ramón los primeros versos, capullos encendidos que la prensa de Huelva y Sevilla esparció a los cuatro vientos del lugar hasta el punto de reclamar su retrato para la edición extraordinaria que el director del periódico engalanara comentando que la inspiración de Juan Ramón brillaba con luz propia.

Mientras tanto, el poeta en formación desatendía la prosa de sus cursos en la Universidad, a tal extremo, que lo suspendieron en la crítica "Historia Crítica de España." Pasaba las noches escribiendo sobre amores ideales y muchachas ideales, gastaba hasta la última perra en libros divorciados de los cursos. En el verano se iba a la campiña a leer "nerviosamente" a los románticos: Lamartine, Bécquer, Byron, Espronceda, Heine. Enfermo, tal vez del desvelo y del afán creativo,

desertada la carrera, se volvió con el fardo de sus sueños a Hoguer.

Los galenos recetaron descanso, pero se le desbordaban los versos por los poros de la Musa y en Hoguer continuó escribiendo.

## CAPITULO IV

LA REVISTA VIDA NUEVA. EL MODERNISMO. UN POETA Y AMIGO ANDALUZ:

FRANCISCO VILLAESPESA.

Moguer, verdadero puerto de refugio para este tripulante, aún sin rumbo seguro, le vió enviar sus versos a Vida Nueva, un semanario madrileño. El primer envío, que él consideraba su más linda poesía, apareció en seguida y fué reproducida en varios periódicos familiares. A ésta sucedieron más y más versos y unas traducciones de Ibsen, y al fin, en 1899, publicaron su retrato con una de sus poesías que sus amigos aprendieron de memoria y él quiso después olvidar: "Las Amantes del Miserable." Tiene este poema en su primera estrofa una curiosa semejanza al "Nocturno" de José Asunción Silva, y un gran ritmo interior:

.....  
cae la nieve en incesante lagrimeo,  
como el llanto sin consuelo de algún alma dolorida;  
de algún alma que en los aires  
vaga triste, sin hallar dulce reposo;  
de algún alma que no quiere desligarse de la tierra  
donde viven sus amores más sagrados,  
y le envía su recuerdo  
en los copos blanquecinos de la nieve;  
su recuerdo que entreteje una hermosísima guirnalda  
de suspiros, de blasfemias y de besos moribundos... <sup>1</sup>

La sensación que da el poeta de un alma que sufre y vaga, la repetición de la frase "almas" al final y al principio de la línea, la elección de frases afines en continuidad, para intensificar la impresión al final de la estrofa, como los "murmillos, perfumes y música de alas" del "Nocturno" de Silva, nos obligan a la comparación. Cuando Juan Ramón

---

<sup>1</sup>Jiménez, Hífeas, Atrio de Rubén Darío, (Tipografía Moderna, Madrid: 1900), p. 12.

escribió este poema, conocía la obra del hispanoamericano. El mismo, en un retrato poético de Silva ha dicho que no necesitaba de él otro poema, ni otro retrato, ni otra biografía que el "Nocturno" y que era éste, gérmen de tanto en tantos, el poema más representativo del último romanticismo y del primer modernismo que se escribió en la América española.<sup>2</sup> Unamuno, que en 1908 editó el primer libro completo de versos de Silva, declaraba su preferencia por él, por haber llevado a la poesía hispanoamericana y a la española tonos y aires que después se habían puesto de moda, degradándose. Sin duda, la moda le impuso a Juan Ramón el estilo de ese poema y aunque carecía de las sutilezas de la frase como el de Silva y abundaba de un romanticismo algo mórbido que correspondía su estado de alma de adolescente enfermizo, lleno de la lectura de los más destacados románticos de la época, tenía el poema mucho ritmo interior y el gérmen de lo nuevo en tendencias poética. Fué por ésto que la colaboración de Juan Ramón en Vida Nueva llamó la atención de otros escritores jóvenes. La mencionada revista era partidaria de las más avanzadas ideas literarias, del modernismo, que había empezado a manifestarse en España en 1898.

El término modernista comprende toda la ideología de una época, pero al principio se aplicaba a los poetas porque ellos fueron los que más se separaron del estilo de sus predecesores y porque su labor se destacó más pronto. El período anterior al modernismo había sido uno de los peores para los artes y la poesía española. José Zorrilla y Ramón de Campoamor habían muerto sin la estimación de las clases literarias; Gaspar Núñez de Arce, viejo y cansado ya hacía tiempo que no escribía, y muchos de los nuevos escritores carecían de suficiente

---

<sup>2</sup>Jiménez, Espanoles de Tres Mundos, (Losada, Buenos Aires: 1942), pp. 53 y 55.



de adelfas:

Alumbremos los oscuros calabozos, donde ruge la Locura  
y las celdas solitarias  
donde en místicos espasmos, las históricas novicias,  
de lujuria se embriagan  
con la sangre de los Cristos. . . .<sup>4</sup>

En los primeros versos de Juan Ramón había también un sensualismo apasionado, aunque no mezclado con lo divino, sino siempre en el plano de lo carnal y humano:

Salí de sus labios  
en vapores de vino espumoso,  
como nota de lasciva música,  
como nota inflamada de anhélitos locos,  
de carnales espasmos febriles,  
de deliquios furiosos . . . .;<sup>5</sup>

Los versos de Juan Ramón también tenían un atavismo árabe que se expresaba en lo espiritual en una lucha sin solución entre el alma y la carne:

¡Qué sarcasmo más horrible!  
Cuando el alma desgarrada  
volar quiere, no se eleva  
no se eleva por sí misma . . . .; es esclava de la Carne."<sup>6</sup>

A pesar del apasionamiento de Villasespa, había en sus versos mucho de poeta soñador y melancólico. Juan Ramón también poseía lo más ideal y lo más fino del andaluz. Refiriéndose después a esa mezcla de lo real y lo ideal se ha dicho: - Los andaluces son bestiales en su realismo . . . . Uno está hecho de carne y hueso, pero lo ideal

---

<sup>4</sup>Villasespa, La Copa del Rey de Thule, La Musa Enferma 1898-1900, O. G. III, 34.

<sup>5</sup>Jiménez, Ninfetas, p. 12.

<sup>6</sup>Ibid., p. 94.

no se puede mezclar con lo real, porque también se destruye. Una rosa tiene las mismas cosas malas que un hombre, pero ¿qué poeta no vé primero la belleza en la flor?

En la colección Intimidades de Villaespesa, había unas suavidades becquerianas que Juan Ramón habría de expresar más tarde, pero para 1900, fecha en que éste empezaba a encontrar su línea interior Villaespesa iba perdiendo la suya bajo la influencia de Rubén Darío. En La Copa del Rey de Thule que publicó con prólogo de su entonces inseparable Juan Ramón, entre princesas, títulos griegos, países mágicos, elegancias y versos triunfales, apenas si asomaba, entre estrofa y estrofa, el Villaespesa suave, castizo y clásico de "La Hermana Negra":

¡Sombra, de mi mismo misterio surgiste,  
y también conmigo irás al misterio,  
al volver al seno de la tierra triste,  
bajo los cipreses de algún cementerio!<sup>7</sup>

En la obra de Juan Ramón la influencia de Darío no duró mucho; antes al contrario, él desbrozó a Darío en España porque pasó a ser el primer modernista español en el sentido auténtico de renovación de la poesía española, como lo iremos viendo en su obra. La línea interior castiza de Juan Ramón empezó a despuntar en sus primeros versos, recogidos después con el título Almas de Violeta que, aunque publicados al mismo tiempo que Ninfas al que pertenecen los versos exóticos citados anteriormente, eran de tipo sencillo, como su poesía "Silencio":

Murió riendo el niño;  
murió el niño soñando  
con vírgenes y lirios  
y celestiales cánticos . . . . .  
Cuando nació la aurora,  
los ángeles azules lo llevaron . . . . .<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup>Villaespesa, La Copa del Rey de Thule, p. 135.

<sup>8</sup>Jiménez, Almas de Violeta, Atrio de Francisco Villaespesa, (Tipografía Moderna, Madrid: 1900), p. 31.

## CAPITULO V

JUAN RAMON LLEGA A MADRID: NINFEAS Y ALMAS DE VIOLETA.

RUBEN DARIO Y OTRAS INFLUENCIAS

Cargado de versos y bajo el tutelaje de Villaespesa llegó a Madrid el meguereño. Villaespesa le había conseguido alojamiento en su misma calle, calle de nombre curioso, la de Jacometrazo, donde vivían poetas, prosistas, estudiantes, y bohemios y le iba revelando ese mundo complejo y cargado del poeta de la ciudad que vive de la esperanza y se alimenta de la ilusión. Villaespesa compartía con él sus pensamientos, sus libros de América, sus visitas a Rubén Darío, que también se hospedaba por allí cerca, y las tertulias de los grandes escritores de la época. El mismo día de su llegada a Madrid Juan Ramón había conocido a Salvador Rueda, a Jacinto Benavente, a Ramón del Valle Inclán, y a Azorín. La intervención de estos hombres en su vida adquiere significado cuando se interpreta su obra a la luz de los sucesos biográficos. Salvador Rueda, por ejemplo, que tenía cuarenta y un años en aquel entonces, era un precursor directo, del modernismo y había precedido a Rubén Darío con su predominio del color y lo descriptivo en la poesía. Sus temas eran nacionales, regionales, democráticos y tenían mucha belleza intuitiva. En 1899, Juan Ramón escribió entre otros poemas influenciados por Darío y Rueda, el soneto alexandrino "Mayas," dedicado a éste último y que fue una de sus mejores poesías de principiante por su ritmo y por lo armonioso y fresco de las imágenes.

La amistad con Valle Inclán fué otro gran estímulo en la vida de Juan Ramón. Valle era un tipo modernista fantástico, que para esa época publicaba Femeninas, unos cuentos breves en donde empezaba a mostrar su fuerza estilística. Se preocupaba en extremo por la palabra, definía la belleza, hablaba de lo inefable. Para él, la palabra valía no solamente por su significado, pero por su tono, matis, y ambiente. Quizás fué Valle, el gallego extravagante con refinamiento artístico, el que primero despertó en Juan Ramón esa preocupación de toda su vida por las palabras. Valle quería transfigurarlas, sentía que la palabra en sí no bastaba, porque no llegaba con su significado y consideraba como deber del escritor el aprovechar sus cualidades, sus colores y sus matices; él mismo no logró dominarla, su léxico después se hizo difícil por la sintaxis que usaba, mezclaba las populares y las de todos los idiomas, pero Juan Ramón halló que la palabra podía ser exacta si correspondía a la idea que uno quería expresar y después, recordando a Valle Inclán decía que con su instinto había dado mucho más de lo que nadie ni él mismo acaso pudieron proveer, agregando: "Su lengua fué llama, martillo, yema y cincel de lo ignoto, todo revuelto sin saber él mismo porqué ni cómo."<sup>1</sup>

Durante la estancia de Juan Ramón en Madrid, estos hombres cuya compañía él frecuentaba, le aconsejaron que publicara sus muchos versos en dos tomos diferentes. Valle Inclán le dió el título de uno; Ninfneas, y Rubén Darío el del otro: Almas de Violeta, escribiendo además el atrio para el primero. Villaespesa escribió el atrio del segundo. Los títulos estaban muy a propósito, ninfneas son unas flores que se abren, como se iban abriendo los versos del muguereño; almas de violeta era lo inefable de su espíritu, que iba aprendiendo a expresarse.

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Ramón del Valle Inclán," (University of Miami Hispanic-American Studies, II, 1941), p.114.

Las dos primeras obras de Juan Ramón fueron publicadas al mismo tiempo, en septiembre de 1900, y según su propia confesión atrajeron críticas acerbas de "los maestros de escuela" y "los carreteros de la prensa." No faltó quien los celebrara, en particular los críticos de Sevilla y Málaga que conocían sus versos desde mucho antes de que estos aparecieran en Madrid. Es verdad que estos primeros versos no eran más que ensayos y demostraban una confusión de procedimientos natural en un principiante romántico y desorientado ante las tendencias poéticas en pugna; pero tenían valor por la forma. Juan Ramón usaba el romance octosílabo y el alejandrino asonantado y creaba ritmos sonoros y nuevos que hubieran sido apreciados en un ambiente literario más propicio que el que existía en la derrotada España de esa época.

En enero de 1899, Rubén Darío comentaba en sus crónicas madrileñas que España no estaba para literaturas, amputada, doliente y vencida, explicando que las figuras que antes se imponían andaban decaídas o a punto de desaparecer, y en la generación que se levantaba, fuera de un soplo que se sentía venir de fuera, y que unos pocos valerosos alentaban, no había sino la literatura de mesa de café y una producción enclenca y falsa, desconocimiento del progreso mental del mundo, iconoclasticismo infundado o ingenuidad increíble y subsistente fe en viejos y deshechos fetiches.<sup>2</sup>

Dos meses después de haber escrito Darío lo mencionado, él mismo empezaba a notar un cambio favorable en la prosa española, en las obras de Angel Ganivet, Jacinto Benavente, Antonio Palomero (alias Gil Parrado), Manuel Bueno, y Ricardo Fuente; pero la verdadera poesía aún no daba señales de ser redimida; había una legión de poetas jocosos, y otros pocos, los serios, como Manuel Reina, Vicente Medina y los catalanes

---

<sup>2</sup>Rubén Darío, España Contemporánea, ("Obras Completas" XIX Editorial Mundo Latino, Madrid: 1917 ), pp.20-22.

Verdaguer, Maragall, Pajes de Puip y Mates se iban distinguiendo; pero solamente a Francisco Villaespesa se le consideraba como un verdadero talento.

Ante tal estado de cosas, no es extraño que cuando aparecieron los versos de Juan Ramón, hasta cierto punto un innovador, la crítica se mostrara poco entusiasmada, pues España apenas se había empezado a enterar de los últimas evoluciones de la literatura extranjera. Por 1897 y 98, los que viajaban regresaban de París hablando del parnasianismo y del simbolismo y recitando versos de Verlaine. Ya en América, desde 1890, predominaban las tendencias modernistas, vía el parnasianismo francés y el modernismo pudo haberse enseñoreado en España más pronto; Darío, su más preclaro exponente, había sido consagrado por Juan Valera desde la aparición de su primera obra, Azul, publicada en 1888 con una segunda edición en 1890. A raíz de su triunfo Darío había estado en España, pero no fué hasta mucho más tarde que hubo poetas españoles para agruparse a su alrededor. Hacia 1900, cuando Juan Ramón estaba en Madrid, los círculos literarios habían consagrado a Darío aunque los sabihondos aún no lo aceptaban. Para algunos, el modernismo era entonces equivalente a los versos del nicaragüense, que había trasladado el parnasiansimo francés a la lengua española, enriqueciendo su métrica con un sinnúmero de formas nuevas que encontraban eco en otras formas de versificación genuinamente españolas y abandonadas, como el alejandrino del mester de clerecía, el endecasílabo que podía hallarse en ciertos cantos españoles populares y el verso de nueve sílabas de los cantos líricos primitivos. El iba juntando a un tiempo el parnasianismo declinante de Francia con el simbolismo nasiente del que se había contagiado algo, aunque Darío nunca fué simbolista. Cuando Juan Ramón llegó a Madrid, en las tertulias de café al que Villaespesa, su "gufa tumultuoso" lo llevaba,

los modernistas que allí se reunían consideraban al nicaragüense como el más grande poeta español de la época; no porque hubieran perdido por completo la memoria de otro ídolo, Bécquer, pero a Darío se le admiraba de un modo distinto. Del contacto directo con Darío y del estímulo de hombres como Villaespesa, Rueda, y Valle Inclán, Juan Ramón aprendió mucho, pero el Madrid de esa época no tuvo nada que ofrecerle como centro de cultura. Sin sentimientos hondos ni realidad propia, en la gran ciudad se cotizaban los valores materiales mientras se perdían los espirituales; culminaba una época en la que, como suele suceder en todas las grandes crisis, de momento se había perdido la conciencia del verdadero significado de la vida. Pero Juan Ramón le dejó al Madrid de 1900 algo más valioso que sus dos primeros libros en el prólogo de La Copa del Rey de Thule, el libro de poemas de Villaespesa. Este prólogo era una defensa o declaración a favor de la evolución artística, en la que citaba como su ley el "O rinnovarsi ó morire" de D'Annunzio, un lema que Juan Ramón aplicó a sí mismo. Encomiaba los versos de Villaespesa con una visión que se adelantaba a su tiempo y que sería bueno aplicar a la crítica en general, porque condenaba el análisis frío, cerebral, del crítico que, en vez de elevarse a juzgar la obra desde un punto universal, en el terreno que le corresponde, compenetrándose con el poeta en una fusión de almas, estudiando con amplitud el espíritu, epilogando el carácter, contempla siempre en su propio, limitado terreno.<sup>3</sup>

Dejaba además Juan Ramón en ese prólogo sus primeras ideas concretas sobre la poesía, las que antes él mismo no había sabido expresar. Sentía que la forma había de ser algo así como la idea misma: intangible, vaga, en verso de eterna duración; no masa, sino esencia; quería antes sensaciones

---

<sup>3</sup>Jiménez, Prólogo a La Copa del Rey de Thule, pp. 17-18.

que formas gramaticales, aún cuando para producir una sensación hubiera que metaforizar o simbolizar ideas de la manera más atrevida.<sup>4</sup>

Poco después, Juan Ramón abandonaba a Madrid. La ciudad perdía un poeta pero el poeta perdido se había encontrado.

---

<sup>4</sup>Ibid., p. 18.

## CAPITULO VI

### VIAJE A FRANCIA. LOS SIMBOLISTAS.

Enfermo y desencantado de la ciudad, partió Juan Ramón de Madrid y regresó a su Mequer querido, pero su pueblo le reservaba una pena más grande: su padre murió una noche de repente. La tragedia inundó al hijo poeta de una preocupación sombría, decayó su estado físico hasta el punto en que le faltaron las fuerzas y empezó a asaltarle el temor de su propia muerte repentina. Solo le tranquilizaba la presencia de un médico. El exceso de emociones, que se había dejado sentir en su tristeza de niño, que había tomado impulsos en su melancolía y en sus lecturas nerviosas de adolescente, floreció en la primera tragedia de su juventud-- la muerte de su padre. Estas postraciones nerviosas han continuado asediando al poeta el resto de su vida. Así sucede a los hombres suprasensitivos que se crean sus estados de alma y que viven de emociones para las que no alcanza la fibra de hombre común y corriente que les envuelve un espíritu que no es común.

En busca de la salud marchó Juan Ramón a Francia con la familia Contenac de Burdeos que representaba, en esa ciudad, el vino de los Jiménez. De Burdeos salió el joven poeta en peregrinación, recorriendo el sur de Francia al mismo tiempo que sus sanatorios: Le Bouscat, Moulleau, Pau, Arcachon. Fué en Burdeos, en un jardín silencioso, que Juan Ramón escribió Rimas, poemas que publicó en Madrid al año siguiente.

Antes del comentario que necesariamente provoca su tercera colección de versos, es forzoso indicar hasta que punto su estancia en Francia, que duró casi un año, influyó en su obra.

Burdeos es la capital de la región del suroeste de Francia y es una gran ciudad comercial y vinatera. Su aristocracia se ha compuesto siempre de las familias de los grandes dueños de navíos y la de los exportadores a la que pertenecían los mencionados Fontenac, amigos de los Jiménez. Pero el que Burdeos sea una ciudad esencialmente industrial y comerciante no le quita el que también sea, por derecho y tradición, un centro de cultura donde siempre han existido sentimientos refinados por las letras y las artes. Ya en el siglo IV, Burdeos era el centro intelectual más brillante de Gaula. En el siglo XVIII los Intendentes acrecentaron su riqueza artística dotándola de bellos monumentos, fuentes, y jardines. Situada cerca del mar, por su extensión y su clima benigno, combina la vida sana del campo de que tanto gustaba Juan Ramón, con los grandes espectáculos de las metrópolis, tales como conciertos, "recitales", conferencias, exposiciones, museos, numerosas sociedades culturales y una gran biblioteca que ya en 1901, cuando el poeta meguereño se hallaba en esa ciudad, contaba cerca de doscientos mil volúmenes. A la "escuela de Burdeos" pertenecían Francois Mauriac y los poetas André Lafon y Jean de la Ville de Miramout. En este ambiente en el que, por confesión propia del poeta, la vida era agradable y le gustaba, empezó Juan Ramón a leer los simbolistas y sus grandes maestros: Baudelaire, Mallarmé, Verlaine, Rimbaud.

Hacia 1901, año de su estancia en Francia, el simbolismo francés había pasado su época floreciente, pero desde el año 1897, se hacía un estudio minucioso de la pasada época. Verlaine había muerto en 1896, y artículos y revistas mantenían viva su obra. La personalidad de Rimbaud se iba documentando más y se indagaba sobre las fuerzas capaces de haber producido la poesía simbolista, si había sido la naturaleza, el amor, el misticismo o el altruísmo. En 1898 había muerto Mallarmé

y al período de confusión y disputa en cuanto a su obra, sucedió otro de juicio crítico sobre el valor y significado de la misma. En 1899 los poetas jóvenes no habían logrado contribuir gran cosa a la poesía francesa, y, a pesar de que acusaban a los simbolistas de haber adoptado una actitud equívoca hacia la vida, los valores que perduraban eran los aportados por los maestros del simbolismo, como la musicalidad de la poesía de Verlaine, o la magia de la frase lograda por Mallarmé.

Rimas, el libro de versos que Juan Ramón escribió en Francia, es más que nada música, armonía lograda; cada línea tiene su ritmo, cada estrofa es un motivo, o un prelude al tema completo del poema, tema de paz, de dulces mañanas, de tardes primaverales, de paisajes adormecidos. Verlaine, sin duda, influyó en Juan Ramón, éste le admiraba y tradujo cuarenta de sus poemas. Pero Rimas era algo más que la expresión de una tendencia simbolista, era también una continuación de Almas de Violeta, su primer libro. En su sencillez, en el modo de expresar amores con miradas, suspiros, sonrisas, en la negación de adornos innecesarios, el poeta volvía a Bécquer y a la línea española casi abandonada en Ninfas. En cuanto a la forma, predomina el romance, que el poeta había de cultivar en sus futuros Arias Tristes, Jardines Lejanos, y Pastorales.

Ya en Rimas aparece la tristeza dulce y el ansia de lo bello que ha de llenar la obra del poeta:

... ¡Qué triste es amarlo todo,  
sin saber lo que se ama!

y

¡Ah, si el mundo fuera siempre  
una tarde perfumada,  
yo lo elevaría al cielo,  
con el cáliz de mi alma!<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Rimas de Sombra," Antología Poética, (Losada, Buenos Aires: 1945), pp. 19-20.

## CAPITULO VII

### EL REGRESO A MADRID. PRIMER TRUNFO: ARIAS TRISTES.

#### EL MODERNISMO ESPAÑOL

La nostalgia por su tierra llevó a Juan Ramón de nuevo a Madrid y con él, en su equipaje, iban las obras de los simbolistas adquiridas en Francia.

Aunque recuperado ya de su enfermedad, prefirió hospedarse en un sanatorio "de ladrillos rojos, acacias, rosas y cloroformo, todo lleno de tocas blancas,"<sup>1</sup> el Sanatorio del Rosario. Allí, el Doctor Luis Simarro le había ofrecido tres cuartos que aceptó gustoso porque el Sanatorio estaba en el campo. "Mi vida ha sido siempre dulce y aislada. Se puede decir que no he vivido nunca en las calles"<sup>2</sup> escribió Juan Ramón.

El Sanatorio del Rosario, al que servían hermanas de la Caridad, fué para él, el "Sanatorio del Retraído," lugar mágico en donde habrían de lograrse los versos que desde hacía tiempo guardaba en lo recóndito de su ser. El mismo ha descrito ese ambiente mejor que nadie:

Algún amor romántico, de una sensualidad religiosa, una paz de claustro, olor a incienso y a flores, una ventana sobre el jardín, una terraza con rosales para las noches de luna ....<sup>3</sup>

Arias Tristes, escrito en esa paz de claustro, entre 1902 y 1903, fué

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Memento Auto-Bio-Biográfico" en Los Contemporáneos por Andrés González Blanco, (Garnier Hermanos, Paris: 1920), p. 220.

<sup>2</sup>Ibid.,

<sup>3</sup>Jiménez, nota autobiográfica reproducida en La Generación del 98, p. 209.

dedicado a la memoria de Enrique Heine. Lo formaban tres partes, dedicados respectivamente a tres mujeres, una de ellas, la Hermana Sor María del Pilar de Jesús. La obra causó gran sensación; hoy, como ayer, la lectura de estos versos causa gran sentimiento. Nunca supo un poeta expresar tanta belleza callada; todos sus poemas están impregnados de un panteísmo místico, místico en el sentido que llevan siempre la idea del espíritu, de la significación de las cosas. Al misticismo de Juan Ramón le había faltado el estado de gracia; ese estado lo alcanzó en el Sanatorio y no se expresó por lo divino, sino por lo bello. Quizás por eso aunque en Arias Tristes su inspiración juvenil alcanzó la perfecta expresión, supremo grado de gracia de esa su época de sentimental y romántico, el vacío espiritual que empezó a asomar en Rimas queda sin llenar y la búsqueda de un algo que no encuentra se acrecienta:

Los árboles del jardín  
están cargados de niebla  
Mi corazón ve por ellos  
esa novia que no encuentra....<sup>4</sup>

En Arias Tristes hay también la preocupación por la muerte, la duda del más allá:

Yo no volveré. Y la noche  
tibia, serena y callada,  
dormirá el mundo, a los rayos  
de su luna solitaria.

Mi cuerpo no estará allí,  
y por la abierta ventana,  
entrará una brisa fresca,  
preguntando por mi alma.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup>Jiménez, "Arias Tristes," Antología Poética, p. 24.

<sup>5</sup>Ibid., p. 26.

Este libro de poemas atrajo los más favorables comentarios para su autor, los que se publicaron en periódicos y revistas del día: El País, Alma Española, Nuestro Tiempo, La Lectura, Renacimiento, Frente Literario, A B C, Helios. Antonio Machado, Azorín, Martínez Sierra, y Pedro González Blanco lo elogiaron; en la América Hispana surgió un grupo de imitadores, y Rubén Darío escribió el primer artículo verdaderamente importante sobre Juan Ramón. Darío reconoció en el moguerense cualidades intrínsecas que habrían de marcar la obra de toda su vida: que no era ni imitador ni calcador sino él mismo, lejos de la especulación literaria y del mundo del arribismo intelectual. En cuanto a su estilo, Darío fué el primero que llamó a Juan Ramón español, andaluz pero universal por su cultura: su vocabulario era de la aristocracia artística de todas partes, pudiendo ser oscuro y complicado era cristalino y casi ingenuo. Darío notó además, la irremediable obsesión de la muerte y no se le escapó el que el poeta habría de interesarse más en decir los sentimientos que brotaban al calor de su musa que en pensar en el porvenir político de su nación.<sup>6</sup> Esto, que en el artículo de Rubén Darío está expresado en bella prosa y esparcido en varias columnas, ha venido a ser el credo y sello de la obra de Juan Ramón y no es extraño que Darío, poeta por excelencia, fuera el primero en evaluar tan certeramente la obra de otro poeta.

A partir de Arias Tristes Juan Ramón se convirtió en el primer poeta modernista español en el sentido auténtico de renovación, desbrozando en España a Rubén Darío, pues aunque éste era el modernista más destacado, pertenecía a Hispano-América. En España, a pesar de Darío,

---

<sup>6</sup>Darío, "La Tristeza Andaluza," Tierras Solares, (Obras Completas, III, Editorial Mundo Latino, Madrid: 1917 ), pp. 71-83.

no existía aún la poesía moderna.

El Modernismo ha sido definido de muchas maneras. Juan Ramón lo llama un movimiento de libertad hacia la belleza y casi todos los historiadores literarios son de opinión que el Modernismo en España fué el descubrimiento de la propia originalidad. Como escribiera Manuel Machado:

Quando se abrieron los caminos al modernismo la personalidad de cada uno de los poetas españoles se cristalizó en modos y formas diferentes, sin que se puedan agrupar por lo común en ellos, en sectas.<sup>7</sup>

El Modernismo hispano americano, reacción contra el romanticismo, inspirado en el parnasianismo francés, había tratado de abrirse paso en España a raíz de la segunda llegada de Rubén Darío, pero no lo consiguió porque la riqueza parnasiana del verso y de la imágen, la fastuosidad verbal no eran atributos genuinamente españoles; de allí el fracaso de obras como Ninfeas. El parnasianismo era antisentimental, los versos de Rubén Darío eran exaltados, exóticos, misteriosos, pero nunca sentimentales. Durante el breve lapso en el que Juan Ramón fué deslumbrado por el modernismo a lo hispano-americano, no pudiendo acallar su sentimentalismo de andaluz y español se le volvió el sentir tan fastuoso como la frase, resultante sus versos morbosos y su tono no ya de modernista, sino de exagerado romántico. Casi lo mismo le había sucedido a otro poeta joven que mucho prometía—Villaespesa. Pero mientras que éste no supo depurarse, Juan Ramón sí lo consiguió, aportando además a la poesía española lo que le faltaba para volver a ser bella, original, y nueva — las artes del simbolismo francés.

---

<sup>7</sup>Manuel Machado, La Guerra Literaria 1898-1914, (Imprenta Hispano-Alemana, Madrid: 1913), p. 36.

La poesía española ha seguido siempre una línea popular sentida y sencilla que viene de la poesía medieval, de los poetas de las cántigas, de los juglares, con poca riqueza de consonantes, más bien de asonantes. También ha seguido una línea metafísica, preocupada, expresada ya por los poetas gallegos, catalanes y andaluces que cantaban la decadencia de su país, y una línea extranjera que se expresaba en la adopción de las nuevas corrientes literarias. Bécquer había sido el último en combinar primorosamente las tres tendencias. En sus rimas, él había amplificado la poesía del pueblo; la línea metafísica estaba en la profundidad de su verso y su romanticismo era de procedencia extranjera. Bécquer había llegado a esencias poéticas; duplicarle hubiera sido imitarlo sin superarlo y sin aportar nada nuevo. Después de sus dos primeras malogradas obras y a partir de Rimas, culminando en Arias Tristes Juan Ramón consiguió el retorno al genio de la poesía española.

El simbolismo no era extraño en España. Un movimiento en sí espiritualista, fantástico e idealista, los simbolistas franceses habían hallado inspiración en San Juan de la Cruz. Aún antes, los poetas arábigo-andaluces habían hecho poesías muy bien elaboradas, muy finas, muy logradas. Contrario a los parnasianos, de quienes habían aceptado la perfección de la forma, los simbolistas no limitaban la poesía. Utilizaban el elemento popular, invadían el mundo de las emociones y de los sentimientos en su búsqueda por lo desconocido. Trataban de compenetrarse con la naturaleza, interpretaban el paisaje como un estado de alma que necesitaba, para expresarse, de una lengua nueva: de allí los efectos musicales, las imágenes, las palabras casi milagrosas. Juan Ramón llevaba ya dentro estas tendencias. Hijo de Moguer, él era pueblo, se había criado con el pueblo y hablaba y conocía su

lengua. Desde niño, hermano fué de la naturaleza y su mundo era uno de emociones y sentimientos delicados que él mismo se creara. Padecía angustias espirituales por lo que en la vida sobrepasa a la realidad y en la vida misma tenía que encontrar donde depositar sus angustias o perecer. El simbolismo le dió dirección. El credo de Mallarmé habría de convertirse en su propio credo: "Il n'y a que la Beauté; -- et elle n'a qu'une expression parfaite -- la Poésie."<sup>8</sup>

Así fué Juan Ramón Jiménez el primero y más grande lírico del modernismo. Andaluz, español y simbolista se mantuvo por una década de su vida. A los treinta años encauzó su corriente poética por otros rumbos y abandonó el estilo para renovarse, fiel a su lema: "O rinnovarsi o'morire."

---

<sup>8</sup>Carta de Mallarmé a Cazalis, mayo 14, 1867, citada en The Symbolist Movement, por Kenneth Cornell, (Yale University Press, New Haven: 1951), p. 2.

## CAPITULO VIII

SINARRO, DOCTOR DE ALMAS. LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

EL GUADARRAMA

Ya Madrid tenía poeta modernista propio. Había que rendirle homenaje y al Sanatorio del Rosario iban los escritores importantes a ver a Juan Ramón, entre ellos sus viejos amigos como Francisco Villaespesa, Ramón del Valle Inclán, el buen maestro colorista Salvador Rueda que se presentaba a veces de gorra y alpargatas que "uso, Juanito," le decía, "para mezclarme de veras con el pueblo." También iban a verle las figuras más recientes del horizonte literario como Manuel y Antonio Machado y Gregorio Martínez Sierra, director de Renacimiento, revista modernista para la que más tarde colaborara Juan Ramón. Para esa fecha tenía Madrid un buen número de revistas y publicaciones dedicadas a la literatura modernista. Entre ellas, Helios publicaba regularmente poemas de Jiménez. La estimación y el prestigio de que gozaba el poeta moguerense puede deducirse de un comentario que le oí recientemente: -- "Helios se editaba en el Sanatorio,--"

Entre las personalidades agrupadas a su alrededor una nos merece particular atención, la del doctor Luis Sinarro. Juan Ramón se hallaba en el Rosario por su invitación; Sinarro era el patrono del joven poeta, el que lo introdujo a la Institución Libre de Enseñanza, presentándolo a sus grandes hombres y a otras personalidades como el pintor Joaquín Sorolla quién había de inmortalizarle con su pincel. El interés de Don Luis por el joven poeta nacía de sus propias inclinaciones artísticas.

Ramón Gómez de la Serna ha descrito a los Simarro como "tipos magníficos y románticos, sobre los que había revoloteado el gran ángel del arte, del amor y de la desgracia."<sup>1</sup> Luis había quedado huérfano de niño, su padre, un pintor casado con una poetisa, murió de tuberculosis, y ésta, al saber la noticia, se tiró por una ventana y se mató. No fué el hijo más afortunado que sus padres en sus amores; su mujer murió de cáncer, dejándolo abatido. Poco tiempo después Luis Simarro tomó una casa grande que puso a la disposición de Juan Ramón y de un discípulo y ayudante de laboratorio, Nicolás Achucarro, joven alegre y bueno que a la par que las ciencias se interesaba por las artes. El Doctor Simarro tenía en Juan Ramón interés de médico; comprendía sus sensibilidades por ser doctor en medicina y catedrático de psicología experimental en la Universidad de Madrid. Antes había sido lector de Psicología Fisiológica en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo Científico y Literario, y sus artículos aparecían a menudo en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y eran todos hondos, serios; ya escribía como médico sobre los centros nerviosos y las asociaciones psicológicas, ya como filósofo sobre "La Teoría del Alma, según Schopenhauer."

Con Simarro, Juan Ramón iba a las comidas de la Institución donde se discutía a Kant y a Goethe. Los miércoles había un té en el que hablaban Francisco Giner y Manuel B. Cossío. "—Yo no iba nunca a la Institución que no saliera con un mundo lleno de cosas—" recuerda Juan Ramón. Su contacto con la Institución, que duró unos dos años, influyó grandemente en sus ideas.

---

<sup>1</sup>Ramón Gómez de la Serna, Retratos Contemporáneos, (Editorial Sudamericana: Buenos Aires: 1941), p. 31.

Los fundadores de la Institución habían sido discípulos de Julio Sanz del Río, iniciador del krausismo en España. Don Francisco Giner, uno de los fundadores era, en la época de Juan Ramón, figura prominente que llevaba a cabo una reforma educativa cuya trascendencia aún se hace sentir. Romántico y post-kantista, cultivaba la sensibilidad y el gusto artístico de sus alumnos, ejercitando el pensamiento en la investigación libre y en la disciplina lógica; orientaba a la juventud hacia la cultura de Alemania y otros países europeos a la par que le enseñaba a apreciar los valores nativos, ensalzando el elemento popular español. Este sistema dió a conocer muchos autores y obras que fueron la base del pensamiento de varias generaciones. Fué en la Institución que Juan Ramón empezó a admirar a Goethe y allí fué donde aprendió a leer el alemán y el inglés y por ende a los mejores escritores de ambas lenguas: Nietzsche, Schopenhauer, Heine, Carlyle, Shakespeare, Shelley, Browning. La Institución recibía las obras más recientes publicadas en francés, alemán e inglés sobre las ciencias, las artes, la religión, la filosofía, la literatura griega; en su biblioteca había libros sobre lenguas y como aprenderlas y muchas obras sobre pedagogía y métodos de enseñanza basados en las más progresivas ideas alemanas. Después, durante sus breves y variados cursos de lector en las diferentes universidades de los Estados Unidos, Juan Ramón habría de valerse de los mismos métodos para educar usados por la Institución.

Bajo el tutelaje de Simarro y de la Institución, el joven poeta se entregó con avidez a la adquisición de más y más cultura. Asistía a los conciertos de la Filarmónica, a los museos y galerías, iba en jira con Francisco Giner al Guadarrama, visitaba lugares añejos e históricos ensanchando su concepto de lo popular y convenciéndose de que al pueblo

no le gustaba ni lo limitado ni lo mediocre.

Simarro y la Institución también influyeron en otro aspecto de grandísima importancia para su vida y obra. El primero, desde pequeño, había sido algo rebelde en cuanto a cuestiones de fé ortodoxa; más tarde, en 1918, había declarado abiertamente su antipatía hacia los clericistas y los católicos fanáticos. Los de la Institución respetaban todas las religiones y todas las filosofías pero eran extremadamente neutrales, de un neutralismo que la crítica más reciente consideró uno de sus errores, puesto que ofrecieron dirección a la mente y ninguna al espíritu en una tierra donde hay más espíritu que mente. Su fin era averiguar la verdad por los caminos que cada cual escogiera. Así nuestro poeta rompió de una vez con los preceptos religiosos de su niñez y de su tradición y familia y se dedicó a buscar su dios por los caminos que le dictaba su conciencia.

Durante su estancia con Simarro, Juan Ramón escribió Jardines Lejanos, colección de poemas inspirados por los simbolistas y publicados en 1905. Esta obra es todo color y música, sin las angustias de Arias Tristes. En Jardines Lejanos empieza a aparecer la idea que Juan Ramón llamó después "lo voluble en lo permanente" y se expresa en la realización de que el momento y la circunstancia no volverán a ser aunque quede la esencia de la existencia de las cosas:

Miro  
en torno y hallo que todo  
es lo mismo y no es lo mismo.<sup>2</sup>

Esta idea será aplicada después a su obra, con implicaciones más profundas.

---

<sup>2</sup>Jiménez, "Jardines Lejanos," Antología Poética, p. 36.

También en Jardines Lejanos el poeta empieza a personificar la naturaleza y las ideas: el agua, la flor, el viento, la ilusión:

---No era nadie. El agua---¿Nadie?  
¿Que no es nadie el agua?<sup>3</sup>

Era esta una manera de acercarse a las cosas sin hacerse cosa, personificándolas, con amor.

Las afueras de Madrid conducen a las cumbres del Guadarrama y los que prefieren los espacios anchos, van allí de paseo. La gente de la Institución Libre de Enseñanza había iniciado la costumbre de ir de excursión o temporada a la Sierra, y Juan Ramón hallaba gran gusto en ello. Entre 1902 y 1903, iba casi todos los domingos con Don Francisco Giner o sólo y en esa época pasó una temporada de varios meses en una de las muchas casas de veraneo del Guadarrama. La paz elegíaca de esa región movió al poeta a cantar los Pastorales, basados en motivos de la "Sinfonía Pastoral" de Beethoven, pero sin su alegría y viveza. Los versos que le inspiró la Sierra eran nostálgicos, tristes como una ilusión perdida, melancólicos como un atardecer. En esa época, Juan Ramón se superaba en la tristeza; los Pastorales, por su llanto callado, son un prodigio lírico de expresión lograda. Lamentaba su inconformidad por no ser eterno, y su obsesión con la muerte pasaba de él como esparcida por las auras del Guadarrama, a las cosas del campo; los troncos cortados eran troncos muertos:

En la paz del campo van  
dejando los troncos muertos  
un oler fresco y honrado  
a corazón descubierto.<sup>4</sup>

---

3

<sup>4</sup>Jiménez, "Pastorales" Ibid., p. 46.

Al campo lanzaba el poeta otro lamento: la duda de si expresaba o no lo que dentro llevaba:

! No apagues, por Dios, la llama  
que arde dentro de mí mismo!  
!Cállate, por Dios, que tú  
no vas a saber decírmelo!<sup>5</sup>

La Sierra no podía decirle al poeta que él lograría, quizás más que ningún otro, expresar lo inefable.

En el año 1905, el Doctor Simarro, luz y amparo de esos años tristes de Juan Ramón, cayó gravemente enfermo; su estado reclamaba cuidados solícitos por lo que la familia de su esposa se trasladó a su lado, y el joven poeta regresó a Meguer en donde vivió hasta 1912. Achucarro, el otro joven ayudante del doctor, que también compartía su casa, ya se había casado y trasladado a Washington, la capital norteamericana, donde ejercía como médico del Hospital Saint Elizabeth.

---

<sup>5</sup>Ibid., p. 53.

## CAPITULO IX

SIETE AÑOS EN MOGUER. PLATERO Y YO, BIOGRAFIA ESPIRITUAL.

### SOLEDADES SONORAS

Juan Ramón volvió a Moguer, enfermo, como decía él "con una gran enfermedad de corazón, perdida toda esperanza."<sup>1</sup> La ruina amenazaba su casa, y el poeta andaba preocupado y hasta se sentía inclinado al suicidio. La fortuna de su familia, que menguaba desde la muerte de su padre, se hallaba en litigios; los grandes barcos de los Jiménez ya no iban a Málaga, Cádiz o Gibraltar cargados del producto de sus viñas, sus armazones se pudrían sobre las exigüas aguas del río, ahora contaminado por las minas de cobre, la más reciente fuente de riqueza de la región; los veinte lagares que antes pisaban día y noche, tenían las ventanas tabicadas; solo quedaba el del corral, para el que bastaban dos o tres lagareros. Pero los reveses de la fortuna no podían deprivarlo de su más querida posesión, el campo moguerense, y Juan Ramón volvió a sentirse rico, y así lo escribió:

....el alma, Platero, se siente reina verdadera de lo que posee por virtud de su sentimiento, del cuerpo grande y sano de la naturaleza que, respetado, da a quien lo merece, el espectáculo sumiso de su hermosura resplandeciente y eterna.<sup>2</sup>

Juan Ramón ha apreciado los bienes materiales por la libertad que le han proporcionado para dedicarse al verdadero trabajo de su vida - su arte.

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Memento Auto-Bio-Biográfico" en Los Contemporáneos, p. 220.

<sup>2</sup>Jiménez, Platero y Yo, LXX, 170.

La vida vale para él por lo que se espera, y el contenido de la vida es siempre la conciencia interior. Sus versos de la época a que nos referimos reflejan esa actitud:

¡Qué me importa nada,  
 teniendo mi cuerpo y mi alma!  
 ¿Pasado? ¡Qué caiga!  
 ¿Presente? ¡Sí, pasa!  
 ¿Futuro?...  
 Nada me ha quitado nadie, nada; nada  
 le he dado yo a nadie, le daré yo a nadie,  
 si tengo mi cuerpo y mi alma.<sup>3</sup>

En los casi siete años de estancia en Moguer, el campo volvió a envolverlo con su primavera. Juan Ramón se enamoró otra vez. Susana Almonte, muchacha rica, hija de médico, fué su novia formal; con ella y antes con otros amores pasajeros compartía su vida idílica, pintando, leyendo poesía francesa y toda la antigua y moderna española, y tumbándose por los prados en elegiaco abandono. Pasaba la mayor parte del tiempo en Fuentepiña, casa de campo que había heredado de un tío rico, a la que se hacía la travesía a pie, de Moguer, en veinte minutos. Fuentepiña era casa para poeta; sobre una loma, la coronaban los pinos, la bañaban de perfume los naranjales y la arrullaba el caer del canjilón del agua de una noria. Al pie del pino grande y redondo de su huerto, Juan Ramón enterró a Platero, su asno intelectual, "amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna, paciente y reflexivo, melancólico y amable, Marco Aurelio de los prados...."<sup>4</sup> y figmento casi verdadero de su imaginación de poeta. El asno-héroe del primer libro de prosa poética de Juan Ramón nació y creció en esos siete años en Moguer, pero no llegó a ver mundo hasta 1914, fecha en que la

---

<sup>3</sup>Jiménez, "Olvidanzas," Antología Póetica, pp. 55-56.

obra se dió a la imprenta en Madrid. Platero y Yo era una creación del poeta para sí; para sus amigos de Madrid eran las cartas tocante al adelanto de sus muchas obras de verso, o los trabajos de colaboración que se publicaban en revistas como Prometeo, dirigida por Ramón Gómez de la Serna, pero sus pensamientos desnudos eran para Platero por eso fué esta obra biografía espiritual de la época feliz de un poeta. Por ella sabemos que los años que Juan Ramón pasó en Moguer, de 1905 a 1912, fueron tranquilos, iguales; ¡pudieron haber sido un año de su vida, por la falta de variación en los acontecimientos!

En junio, las campanas anunciaban la procesión, y por las calles encaladas desfilaban las imágenes de santos y santas entre gentío y guardia civil; la familia toda se iba al pueblo y el poeta se quedaba solo. En el verano tocaban las bandas desde el alba, caballos y coches subían y bajaban la Calle Nueva; los alientos oían a aguardiente; las flores se salían de los jardines en manos de las presidentas de las corridas de toro; el pueblo andaba de fiesta, y Juan Ramón andaba calle arriba, camino a la campiña, huyéndole a la fiesta. En otoño, la vendimia; el recuerdo de tiempos mejores lo llevaba al lagar y por las noches, guarecido en la paz del huerto, veía llover fuegos artificiales, que quemaban los alegres moguerenses. Invierno: Navidad, la tarde de Nochebuena, los niños pobres, sin Nacimientos, se agrupaban alrededor de la lumbre los Jiménez encendían en el campo y Juan Ramón les hacía el obsequio de su burro; se los prestaba para jugar. Enero, fiesta de los Reyes Magos: el poeta disfrazado de Gaspar, pasaba en cortejo delante de la ventana de su casa, convirtiendo en realidad el sueño de los niños. Febrero, carnaval: el pueblo se mezclaba en la plaza en un coro de gritos y panderetas, él no quería nada con los carnavales; no servía para esas cosas. Marzo,

abril y mayo: primavera; más verdor, campo, y aire, entonces se henchía su alma con una canción de vida y esperanza:

Dios está azul. La flauta y el tambor  
anuncian ya la cruz de primavera.  
¡Vivan las rosas, las rosas del amor,  
entre el verdor con sol de la pradera!<sup>5</sup>

Los pájaros lo despertaban alborotando; quería comer flores y que no le hicieran daño, o echarse al pozo, no por matarse "sino por coger más pronto las estrellas."<sup>6</sup> Sentía su alegría del vivir por él y por el pueblo, al que se imaginaba tan amante como él mismo:

El amor se va  
por los campos; llega  
a las puertas de  
las pobres aldeas.

Y mujeres solas,  
de miradas plenas,  
lo sienten venir,  
la paran, lo besan.<sup>7</sup>

En esos años en Moguer, Juan Ramón vivía a despego pero en constante observación del pueblo, pueblo humilde español cuyos valores los hombres de la Institución habían vuelto a enaltecer. En sus versos recordaba su canto:

Muy graciosa, muy fresca, pero  
muy, muy, muy  
distinta, por sus soles, de  
mí, de mí.<sup>8</sup>

También mezclaba el habla popular en contraste atrevido y artístico con su lirismo de frase de hombre culto:

El verdor descolgaba su fronda  
de rocío amarillo. Allá al fin,  
era un oro de elixir la honda  
transparencia del tierno jardín.

<sup>5</sup>Jiménez, "Baladas," Antología Poética, p. 61.

<sup>6</sup>Jiménez, Platero y Yo, LII, 128.

<sup>7</sup>Jiménez, "Baladas," Ibid., p. 63.

<sup>8</sup>Jiménez, "Rondas Agridulces," Presente, (S. Aguirre, Impresores, Madrid: 1933), páginas sin número.

Tú dijiste: ¡Cendero jejtraño!  
 Yo: Senderos estraños... ¡jú, jú!  
 -¡Qué tú lleba cendero jejtraño!  
 -As que soy de otra calle que tú.<sup>9</sup>

En Moguer, bien que podía Juan Ramón admirar al pueblo en sus costumbres. Le gustaban las encerradas de novios, en las que con imaginación y picardía se parodiaban las vidas ajenas; de la observación crecía su interés por lo humano, hasta sobrepasar la atracción que la naturaleza, deshumanizada, había ejercido sobre él. Un invierno en que convalescía, se entretuvo adivinando por las voces, las de los niños que cantaban coplas de Navidad. En sus versos de esa época, el niño tiene voz y personalidad propia. En Historias hay un grupo de poesías dedicadas a los "niños sin corazón" que son dramas elocuentes de la vida en capullo, con la misma compenetración y ternura que muestra, en Platero, hacia los débiles. Juan Ramón me dice que los niños son poetas, por lo imaginativos; "—A un niño se le pregunta, ¿por qué haces eso? Y contesta, --porque sí, porque quiero, porque me dá la gana. Eso no es lógico," añade el poeta, "es poesía.--"

Sus ausencias del pueblo eran breves; iba a la capital a ver los jardines, o a los pueblos cercanos como Palos, el que frecuentó con su amigo Sorolla, cuando éste paró en su casa para cumplir un encargo de pintar a Colón saliendo del Puerto de Palos. A veces, Juan Ramón alteraba su rutina obedeciendo a algún impulso de juventud. Un día fué a una riña de gallos y la experiencia por poco lo enfermó. Su recreación favorita era el quedarse solo, pero no en el retraimiento triste y forzado de su adolescencia; la soledad de su juventud era

---

<sup>9</sup>Ibid.

misteriosa, poética y placentera, colmada de gracia como la soledad sonora de San Juan de la Cruz, el poeta místico que él tanto admiraba. En ella, sus pensamientos se volvían argenteos y dorados y se llenaba del deseo de ser:

¡Inflámame, poniente: hazme perfume y llama;  
-que mi corazón sea igual que tú, poniente!—;  
descubre en mí lo eterno; lo que arde, lo que ama,  
...y el viento del olvido se lleve lo doliente.<sup>10</sup>

Juan Ramón escribió un libro de versos con el nombre de La Soledad Sonora que se publicó en 1911. Se lo dedicó a José Enrique Rodó, el insigne uruguayo que, desde 1902, había comentado favorablemente su obra llamándolo poeta de la "Andalucía Recóndita" y, en 1908, durante la estancia en Moguer, había vuelto a celebrarlo por su expresión personalísima, su lengua leve, vaporosa, alada, y su espiritualidad musical.<sup>11</sup>

En la soledad sonora de Moguer el verso de Juan Ramón iba puliéndose, su ingenio le proporcionaba recursos artísticos más variados y muchos modos de expresarse. Impresionista unas veces, creaba sensaciones por los colores: el sol "unjía de amarillo el mundo"; el sopor de la siesta se tornaba "azul e hirviente"; las olas, "negras, trágicamente locas"; las hojas, "orinegras"; el otoño, "verdeoro," "oro viejo." Otras veces, hacía huir al paisaje y oxidaba al sol. Su obra impresionista más típica es Platero, hoy una obra clásica porque une a la forma un fondo de comprensión hacia las pequeñeces de la vida, que son el germen de todo lo grande. Platero es también la obra más popular de Juan Ramón y una favorita entre los niños de habla española. Desde 1914,

---

<sup>10</sup> Jiménez, "La Soledad Sonora," Antología Poética, p. 79.

<sup>11</sup> José Enrique Rodó, "Al Margen de las Elegías de Juan Ramón Jiménez," El Mirador de Próspero. (Editorial América, 2ª ed., Madrid: 1918), Vol. I, pp. 219-221.

fecha de su publicación, el autor ha autorizado unas veinte y cinco ediciones, pero las ediciones piratas aparecen constantemente y, que él sepa, en la América del Sur ya se han vendido más de un millón de ejemplares.

No son los niños solamente los que gustan de Platero. La obra es más que nada un libro de hombres y para hombres, del que sabe apreciar, entre lirismo y lirismo, la ironía callada de un ser incomprendido, confesando que los chiquillos gitanos y malcriados de su pueblo, al verlo pasar de luto con barba y sombrero negro, le chillaban: "¡El loco!" mientras otros creían que él era tonto. El verdadero héroe de Platero es el poeta valiente que se arriesgó a vivir su vida en un mundo en el que pocos sabían del ideal. Platero es también la obra de un justo, porque hay en ella la tolerancia del espíritu fino y superior hacia sus hermanos menos afortunados, pero no por eso inferiores. Del niño tonto del pueblo, aquél al que le faltaba el don de la palabra y el regalo de la gracia, Juan Ramón hizo poesía:

Ahora que viene la primavera, pienso en el niño tonto,  
que desde la calle de San José se fué al cielo. Estará  
sentado en su sillita, al lado de las rosas únicas,  
viendo con sus ojos, abiertos otra vez, el dorado pasar  
de los gloriosos.<sup>12</sup>

Mientras los vendimiadores acechaban de reojo en un mal disimulado desprecio al negrito criado de su novia, y las mujeres le evitaban, Juan Ramón lo sanrefa y le hablaba afable. León, el mozo de cuerda le confiaba a "Don Juan" sus ambiciones; a Antefilla, la morena humilde y pecosa, le pedía piedras para pasar el arroyo, como si fuera la más elegante dama del pueblo, no fuera a echarse a perder su traje dominguero; y a Aguedilla,

---

<sup>12</sup>Jiménez, Platero y Yo, XVII, 52.

la pobre loca de la calle del Sol, que le mandaba moras y claveles, le dedicó su libro Platero y Yo.

Aparte del contenido, Platero es una obra acabada, que por su estilo ya ocupa un lugar entre las obras clásicas de la literatura española; es tan castiza en su expresión que a pesar de haber concedido el poeta quinientos a seiscientos permisos para su traducción, solamente en las lenguas francesas e italianas, lenguas romances y artísticas como el español, han logrado traducirla con éxito. Platero es además clásica por su simbolismo. A pesar de ser la historia del burro de un poeta, no es fábula con moraleja "ese rabo seco, esa ceniza, esa pluma caída del final."<sup>13</sup> Platero no es héroe charlatán, tampoco es héroe inverosímil. En todo el poema el asno no dice una palabra, claro está ¿cuándo habló un asno? Pero Platero tiene su idioma, que no es tampoco el de Juan Ramón, como no tiene Juan Ramón el de la rosa, ni la rosa el del ruiseñor. Platero es el símbolo de los hombres-poetas y de los hombres sencillos, de esos que mientras haya mundo preferirán la compañía de un asno con alma a la de un hombre sin corazón. Por eso fué que años después de haber creado Juan Ramón su burro, un albañil de Moguer, que tenía una ilusión de cultura y un sentimiento poético, se tiró de verdad a un pozo, por querer coger las estrellas que brillaban en el de Platero y Yo.

El éxito del primer libro de prosa poética de Juan Ramón se debía a que su propio sentimiento poético había madurado. En el libro de los veintiún años, había expresado que no podía ser lo que quería:

¡Si mi alma fuera una hoja  
y se perdiera entre ellas! <sup>14</sup>

---

<sup>13</sup>Jiménez, Platero y Yo, CXXV, 284.

<sup>14</sup>Jiménez, "Arias Tristes," Antología Poética, p. 24.

A los veintiséis expresaba lo que no era porque quería serlo, y lograba serlo por la magia de su verso:

...Los tallos de mis venas  
me alumbran a mí mismo con mis bellas entrañas.  
Y yo solo me arranco las rosas, porque quiero  
que el camino no sea tan rojo ni tan largo.<sup>15</sup>

En Hogueer, Juan Ramón había podido acercarse a las cosas con amor creativo y había hecho de ellas otro yo, la poesía le había dado una nueva visión de la vida a través de la belleza y en su posesión el poeta quería ser eterno:

Belleza que yo he visto,  
¡no te borres ya nunca!  
Por que seas eterna  
¡Yo quiero ser eterno!<sup>16</sup>

En 1911, Juan Ramón tenía treinta años y había llegado al fin de una época poética propia. En su obra de diez años había unido lo espiritual del simbolismo con lo real del impresionismo, manteniéndose netamente español, puesto que combinaba las características de la literatura española: idealismo poético y realismo popular. Había cultivado los metros extranjeros modernistas, el alejandrino y la silva hasta el exceso, también las formas españolas del arte menor que iba a preferir en adelante. Sus versos, todo color, música, ritmo, atmósfera, y emoción habían sido logrados por un dominio artístico del adjetivo, a medida que su poesía se hacía más profunda, el adjetivo iba a convertirse en sustantivo, y el sustantivo en ahorro de expresión, ahorro y acierto. En cuanto a los temas, aún cuando el paisaje había predominado y lo humano empezaba a

---

<sup>15</sup>Jiménez, "Elejías," Ibid., p. 73.

<sup>16</sup>Jiménez, "El Silencio de Oro," Ibid., p. 203.

interesarle, a medida que se profundizara su poesía, iban a elevarse a unos planos tan altos como sus ideales que habían de ser cada vez más altos.

## CAPITULO X

### OTRA VEZ MADRID. LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES.

ZENOBIA CAMPRUBI AYMAR

Después de más de seis años en Moguer, Juan Ramón deseaba volver a Madrid, centro de la intelectualidad española. Lo alentaba la insistencia de amigos como Ramón Gómez de la Serna.

Los Jiménez aún poseían muchas tierras en Moguer; a su médico y amigo, hombre rico que se negaba a aceptar su dinero, Juan Ramón le había regalado un precioso terreno. Ahora, para obtener fondos para su traslado en estilo a la capital, vendieron algunas fincas. Gómez de la Serna, quién se había carteaado con el poeta durante esos seis años en Moguer, se encargó de buscarle alojamiento a gusto en Madrid y fué a recibirlo a la estación. Juan Ramón ha descrito a este amigo como hombre generoso, con ansias de comprensión y con la correspondencia del hombre ancho, bajo, plato, saludable, excesivo, inventor y bueno de España.<sup>1</sup> Gómez de la Serna posee también otros atributos: es creador de unas prosas poéticas maestras, gusta de subrayar la realidad de las cosas; su espíritu sano y burlón se inclina hacia lo absurdo y lo irracional hasta dar a veces la impresión de cierta carencia de sentimientos. Cuando uno recuerda a los espíritus más afines al de Juan Ramón, como Villacpesa y Simarro, que le acogieron durante su primera y segunda llegada a Madrid, la presencia de Ramón, el famoso

---

<sup>1</sup>Jiménez, Españoles de Tres Mundos, p. 112.

biógrafo y novelista, nos parece algo incongruente, pues es difícil concebir a dos escritores de sensibilidades más distintas que estos dos Ramones. Por eso, una vez la amistad de ambos pasó de la correspondencia a la realidad del contacto personal, Gómez de la Serna solo vivió en la intimidad con el poeta "el señorito andaluz, despectivo, requeteplanchado, maníaco,"<sup>2</sup> y Juan Ramón se halló que trataba con un hombre descentrado por "su propia colorada embriaguez" (léase entusiasmo). La intimidad no duró mucho, dentro de poco el meguereño se había establecido en la Residencia de Estudiantes, de donde le habían invitado a dirigir las publicaciones.

La Residencia de Estudiantes era una institución pedagógica y social que no tenía nada que ver con la Institución Libre de Enseñanza. Se había fundado alrededor de 1912, cuando ya ésta había pasado; pero como la Institución, la Residencia era producto del renacimiento intelectual español que se venía sintiendo desde fines del siglo XIX. Hogar estudiantil y a la vez sitio de la Sociedad de Conferenciantes Españoles, atraía a los literatos y científicos más prominentes de España y del extranjero, quienes se hospedaban allí y vivían con los estudiantes. Juan Ramón fue de los primeros en ocupar cuartos; después otras figuras como Miguel de Unamuno, Antonio Machado y Federico García Lorca fueron también invitados a la Residencia. Esta contaba con una magnífica biblioteca y publicaba además las mejores obras de la literatura española. Juan Ramón fue nombrado Director de Publicaciones y bajo su égida se dio el primer libro de José Ortega y Gasset y la primera edición española de las vidas de hombres ilustres.

---

<sup>2</sup>Gómez de la Serna, Retratos Contemporáneos, p. 47.

El poeta recuerda con cariño los tres años pasados en la Residencia como director literario. Hombre de buen gusto, desde temprano se había preocupado por el cuerpo de sus libros casi tanto como por el contenido y había insistido en que se publicaran con magníficas portadas y en el tipo elzeviriano de letra redonda, a cuya tradición pertenecía la imprenta española. En el siglo XVIII, la imprenta Ibarra usaba ese tipo en España; casi todas las demás se habían dedicado casi por completo a la explotación de tipos alemanes. A Juan Ramón le cupo la satisfacción de renovar la imprenta española por medio de sus publicaciones, hasta hacerla volver a su tipo tradicional elzeviriano. En 1914, Ortega y Gasset, en justa apreciación de sus esfuerzos los resumía con la siguiente dedicatoria en un retrato:

A Juan Ramón Jiménez  
que dió al espíritu del libro  
un cuerpo tan bello...

Fué durante su primer año en la Residencia de Estudiantes que el poeta conoció a la mujer que habría de ser la esposa y compañera fiel de toda su vida: Zenobia Camprubí Aymar. Esta muchacha, cosmopolita, encantadora y dinámica, asistía al curso de extranjeros de la Residencia y era hija de una familia rica que mezclaba en sus orígenes el orgullo de la más rancia aristocracia española con la gracia fácil de las democráticas familias americanas. Zenobia había viajado mucho y había sido educada en su niñez por tutores particulares y más tarde en colegios privados de los Estados Unidos. Su padre era navarro, ingeniero jefe de Huelva, cuyos hermanos habían servido como generales en los ejércitos del Rey Alfonso XII. Por el lado de su madre, descendía Zenobia de los Aymar y de los Van Buren, entrecadas familias norteamericanas. Los Camprubí no le eran del todo extraños a Juan Ramón. Durante su reciente

estancia en el hogar paterno, el pintor Joaquín Sorolla fué su huésped en Moguer y ambos habían sido invitados a refrescos por los Camprubí, quienes a la sazón se hallaban en residencia en su casa de campo de la Rábida, a unas pocas leguas de Moguer. La casualidad había querido que Zenobia estuviera ausente en esa ocasión.

Más tenaz que todas las batallas de su vida fué la que el poeta tuvo que librar para conseguir la mano de su amada, no porque ella no le correspondiera, sino que por ser la hija mimada de unos padres devotos y celosos, el pretendiente tenía que confrontar por un lado la resistencia del Ingeniero Camprubí, al que no le parecía que su hija había nacido para casarse "pues como su mujer, era una santa"; y por el otro la de la madre, a quien le complacía pensar en la posibilidad de que su hija aceptara a uno de sus pretendientes del Nuevo Mundo, hijo de una ilustre familia de Boston.

Pero más pudo el amor. Al cabo de cuatro años, cuando madre e hija embarcaron para Nueva York, Juan Ramón había ganado la mano de Zenobia de sus padres.

El amor, sentimiento que embarga la vida del poeta en los cuatro años pasados en Madrid es también el sentimiento predominante en sus libros de versos de esa época: Monumento de Amor, Sonetos Espirituales y Estío. De otras dos obras escritas en 1913 y 1915, Idilios y Ornato, Juan Ramón solo publicó unos pocos versos en otras colecciones.

Para el que no pueda imaginar la intensidad del amor callado del poeta durante los años de 1912 a 1916, el contenido de las mencionadas obras es obscuro, y también lo será para el que crea que todos los poetas hacen alarde de sus emociones intensas. De uno de sus amores de adolescente

Juan Ramón había escrito a los veinte años:

No se atrevía a mirarme;  
le dije que éramos novios,  
...y las lágrimas rodaron,  
de sus ojos melancólicos.<sup>3</sup>

Pero en las tres obras de amor de su madurez, sus sentimientos amorosos son tan sobrios, tan faltos de adorno que ni siquiera van dirigidos a la mujer que los inspiró (los Sonetos fueron dedicados a Federico de Onís y Estío a Azorín) sino que son de sí para sí, del poeta para el poeta, hondos y aristocráticos estados de alma sin la música, ni los adjetivos ni los tonos de tristeza elegíaca de su primera época.

Hoy, que se sabe que Zenobia fué la inspiración de esa época es en ella que fija uno el pensamiento para comprender hasta qué punto el amor por la mujer influyó en su obra. Como objeto de su pasión predominante, todo cedió su puesto a la mujer, poesía hecha realidad. Para cantar su amor, Juan Ramón empleaba el soneto, máximo de la forma perfecta de la lírica italiana, y la canción popular española. El primero adquiría novedad en sus versos; parecía una forma nueva porque lo imbuía de su alma y en su brevedad lo hacía captar la expresión de una eternidad. En sonetos y con majestad y disciplina, expresó Juan Ramón todas las emociones del hombre enamorado. Si perdía la paciencia ante el "glacial cuidado" de la amada, sintetizaba en tres líneas la actitud de ambos:

Tu sol discreto que desgarrá un punto  
el cielo gris de enero, y, dulce, dora  
ni pena, ni me gusta, ni me incita.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup>Jiménez, "Rimas de Sombra," Antología Poética, p. 20.

<sup>4</sup>Jiménez, Sonetos Espirituales, (Losada, Buenos Aires: 1949), p. 42.

Otras veces, sediento de amor, rogaba:

¡Haz que me huela plácida la rosa,  
que la estrella me inflame la poesía,  
que el ruiseñor me suene deleitable!<sup>5</sup>

Cuando cambiaba el tono amoroso a una expresión más popular que la del soneto, no lo hacía con menos entusiasmo:

¡A la nieve con la espiga!  
¡Anda, tierra; vuela, sol!  
¡Abreviádmela la esperanza,  
que me espera a mí el amor!<sup>6</sup>

Leyendo los versos de amor de Estío, obra de esa época, se siente la presencia de otro gran poeta del amor: Gustavo Adolfo Bécquer, a quien Juan Ramón había admirado desde su adolescencia en Sevilla. Ahora que el amor era el centro de partida de su inspiración, como lo fuera en casi toda la obra del sevillano, el modo de expresión de ambos coincide en esencias. No porque podamos trazar un paralelo entre sus versos: ¡el amor de Bécquer es tan amargo a veces! Y el de Juan Ramón tiene la alegría y la esperanza del amor correspondido; pero los dos sintetizan la divina emoción con un admirable ahorro de expresión. No hay que citar las muy conocidas estrofas de Bécquer "—¿Qué es poesía? —" o; "Por una mirada, un mundo." Basten las menos conocidas de Juan Ramón:

¡La primavera, placer!  
—Flores, flores, flores, flores.—  
Sobre todos los olores,  
¡qué inmenso el tuyo, mujer!<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup>Ibid., p. 78.

<sup>6</sup>Jiménez, Estío, (Losada, Buenos Aires: 1944), p. 45.

<sup>7</sup>Ibid., p. 35.

También como Bécquer, Juan Ramón expresa la idea de que la mujer amada es para el poeta mujer y esencia de un algo inefable que otro no volverá a captar. Un Bécquer desencantado expresó esta idea en su famoso:

. . . . .  
 pero mude y absorto y de rodillas,  
 como se adora a Dios ante su altar,  
 como yo te he querido ... desengáñate,  
 ¡así no te querrán!<sup>8</sup>

Juan Ramón, con más dominio sobre sus emociones expresa la misma idea:

No me importa que ames  
 o que te amen, pues lo que yo adoro  
 en tí tú no lo sabes, alma  
 ni lo saben los otros.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Gustavo Adolfo Bécquer, Rimas y Leyendas, (Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires: 1939), LIII, 45.

<sup>9</sup> Jiménez, Estilo, p. 105.

## CAPITULO XI

### AMERICA, EL PRIMER VIAJE. BODAS.

#### NUEVA VISION POETICA

Juan Ramón había ganado la mano de Zenobia con un arma de doble filo, para la novia su poesía, para los padres la constancia y comportamiento de hombre probo y digno. En enero de 1916, hacia los preparativos para el viaje a Nueva York, en donde iba a contraer nupcias. Como embarcaba del Puerto de Cádiz, de paso paró en Moguer donde, por un momento, el calor del nido y la vista del campo hicieron lejano su amor. El 30 de enero el poeta se hallaba en alta mar sobre " esa espalda de ternura!" El mar, hasta entonces pictórico, empieza a adquirir significado, a convertirse en idea que ha de influir grandemente en su obra, pero en aquella primera travesía aún no la percibe con claridad:

Por el mar este  
he salido a otro cielo, más vacío  
e ilimitado como el mar, con otro  
nombre que todavía  
no es mío como es suyo....<sup>1</sup>

A bordo, en tiempo borrascoso, le llegó por radio la noticia de la muerte de su amigo y maestro Rubén Darío. Al querer escribirla le dolía la silueta posible de su muerte, la que no pudo olvidar ni con la alegría de su próxima boda. El 1<sup>o</sup> de marzo escribió al fin, ya en Nueva York, su tributo al "ruiseñor errante de América" y el 2 de marzo en la iglesia de Saint Stephen, el secretario del Obispo Hays bendecía

---

<sup>1</sup>Jiménez, Diario de Poeta y Mar, (Losada, Buenos Aires: 1948), p. 33.

su unión con Zenobia Camprubí. El mismo Obispo de Nueva York iba a casar a la pareja, pero hubo una equivocación en cuanto a la fecha y los novios no estaban para posponer más la feliz ocasión.

La estancia de los novios en los Estados Unidos duró tres meses durante los cuales visitaron las ciudades más importantes del nordeste: Boston, Filadelfia, Newark, Baltimore, y Washington. El poeta, convertido en turista, se nos revela como un observador perspicaz, capaz de captar la totalidad de la escena con un plumazo bien trazado. Era marzo, y en el norte ni siquiera se adivinaba la primavera, su estación favorita: "¡Oh Boston" -- escribía-- "con quien he yacido sin verte más que la blancura de tus sábanas!"<sup>2</sup>

Y no era solamente el aspecto de la ciudad el que provocaba su comentario. A los bien conocidos versos que encarecen la tradición y rancia sangre bostoniana,

Here is to good old Boston  
The town of the beacon and the god,  
Where the Cabot's speak only to the Lowell's  
And the Lowell's speak only to God.

le añadió Juan Ramón la "post data": "He conocido a una Cabot. ¡Cómo deben aburrirse los Lowell's! He leído 'La fuente' de Lowell. ¡Cómo debe estarse aburriendo Dios!"<sup>3</sup>

Nueva York fué el centro de sus actividades. No era el poeta moguerfeño un mere advenedizo en la gran ciudad. En 1904, Archer M. Huntington, distinguido hispanista, había fundado un museo y biblioteca dedicados al arte y la literatura de España y Portugal y a la presentación

---

<sup>2</sup>Ibid., p. 57.

<sup>3</sup>Ibid., p. 166.

de su cultura: "The Hispanic Society of America." Se acostumbraba en ésta a acoger con el boato merecido a las grandes figuras: hacía poco que Rubén Darío les había dedicado, en su última visita, su última fotografía, y, en 1909, Joaquín Sorolla había venido expresamente a Nueva York por su invitación. Huntington honró a Juan Ramón haciéndole miembro de la Sociedad, cuya matrícula está limitada a cien personas escogidas de entre los distinguidos de muchos países en las artes y la literatura hispánica. La Sociedad publicó más tarde una edición de lujo de seiscientos ejemplares de la primera antología de Juan Ramón: Poesías Escogidas, y comisionó a Sorolla para pintar su retrato que hoy cuelga en la galería de autores distinguidos.

Reconocido por el "inner sanctum" de la aristocracia literaria neoyorkina, el poeta y su mujer recorrieron los centros de reuniones de sus "dilettantes": el "National Arts Club," el "Colony Club," el "Author's Club" y el "Cosmopolitan Club." De la impresión que éstos y su clientela le dejaron, hay pruebas elocuentes en el Diario. De la ex-mujer del pintor Watts, que apenas podía tenerse en pie de la vejez, pero aún así frecuentaba el "Cosmopolitan" escribió: "Watts es ya rosas, bajo la tierra. Ella, sobre la tierra, es aún gusano."<sup>4</sup> De las viejas coquetas, siempre presentes en las reuniones de autores y poetas:

¡Qué terciopelos con espina y qué cenizas con sedas! Pero sonríen a todos, como claves sin teclas, y coquetean con el chauffer, con el portero o con el negro del ascensor y se alejan mirando. ¡Pero cualquiera va, a través de los siglos, con esta nieve, a sus sepulcros!<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup>Ibid., p. 169.

<sup>5</sup>Ibid., p. 175.

Este Juan Ramón, de aguda ironía, pintor a trazos grandes de "América del Este" es un preludio del otro que iba a establecerse en Madrid por veinte años: crítico de juicio maduro, dictador del estilo, arbitrador del buen gusto literario que no había de dar tregua ni pedirla, ni comprometer en un ápice sus opiniones por dar gusto a las clases. Pero el crítico no había dejado de ser poeta, el espectáculo de Nueva York "el marimacho de las uñas sucias" con su vida mecánica, apresurada, de oler "a grasa de todas las lentitudes" que desfilaba entre escaleras de fuego de hierro mohoso y bajo "anuncios mareantes de colorines sobre el cielo" también tenía su poesía. En uno de los pasajes más bellos del Diario, Juan Ramón describe a la negra que iba dormida en el tren subterráneo con una rosa blanca en la mano:

--A veces, se le rinde sobre el pecho, o sobre un hombro, la pobre cabeza de humo rizado, que irisa el sol cual si fuese de oro, pero la mano en que tiene la rosa mantiene su honor, abanderada de la primavera.<sup>6</sup>

La sencillez y dignidad de los cementerios de Nueva York le llamaban la atención y escribía:

...Cómo vence aquí la belleza a la muerte, ejemplo tranquilo y grato en medio de tantos malos ejemplos de prisa y malestar!...!Qué bien deben descansar los muertos en vosotros, colinas familiares de New York, claros, en la vida diaria, de vida eterna!<sup>7</sup>

El 7 de junio de 1916 embarcaron Juan Ramón y su mujer rumbo a Cádiz. Después de una semana en Moguer, regresaron a Madrid el 30 de junio. El llevaba una concepción nueva de su arte y de su vida, visión que tuvo tiempo de comprender en la tranquilidad del viaje de retorno. Y así lo dejó escrito:

---

<sup>6</sup>Ibid., p. 72.

<sup>7</sup>Ibid., p. 108.

Hoy el mar ha acertado, y nos ofrece una visión mayor de él, que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy. Hoy le conozco y le sobreconozco. En un momento voy desde él a todo él, a siempre y en todas partes él.<sup>8</sup>

A esta visión le dió el nombre de "lo eterno en lo permanente" y la aplicó primero, como diamante en bruto, a su madre:

Te digo al llegar, madre,  
que tú eres como el mar; que aunque las olas  
de tus años se cambien y te muden,  
siempre es igual tu sitio  
al paso de mi alma.<sup>9</sup>

Esta visión mayor de Juan Ramón también tenía que ver con el renacimiento artístico e intelectual que había presenciado en los Estados Unidos, país que atravesaba en aquel entonces por la época conocida como "The Dissenters' Golden Age" (La Edad de Oro de los Disidentes). Por primera vez la literatura americana desbrozaba a la inglesa. Robert Frost acababa de ser reconocido como uno de los más grandes poetas americanos por su obra North of Boston, publicada en Inglaterra. En 1916, Frost, de regreso en los Estados Unidos había publicado Mountain Interval, la obra que contiene algunos de los versos líricos más finos del poeta. En 1915, Edgar Lee Masters poetizaba la realidad de la vida norteamericana en su Spoon River Anthology; Edna St. Vincent Millay, una poetisa romántica individualista, dirigía las huestes feministas desde Greenwich Village; Amy Lowell destronaba a Ezra Pound constituyéndose en cabecilla del movimiento "imaginista" al mismo tiempo que publicaba en la América por primera vez una antología de esa escuela. Y en la revista Poetry: A Magazine of Verse se había

---

<sup>8</sup>Ibid., p. 126.

<sup>9</sup>Ibid., p. 157.

publicado el primer poema de T. S. Eliot: "The Love Song of J. Alfred Prufrock."

Es verdad que los poetas americanos descendientes, aunque no quisieran reconocerlo, de un padre espiritual a quien él admiraba, Walt Whitman, no tenían nada nuevo que enseñarle a Juan Ramón, también padre espiritual de una época. La finura de la frase de Frost en sus versos pastorales, sus sentimientos y su gran poder imaginativo correspondían a los atributos revelados por el meguereño desde 1900. En cuanto a los "imaginistas" y a T. S. Eliot, eran descendientes de los simbolistas, de cuya influencia él acababa de desprenderse. Pero en las universalidades que sugerían Frost y Masters y en el deseo no siempre logrado del credo "imaginista," de emplear la palabra exacta de las cosas y en modos nuevos, como el verso libre, Juan Ramón hallaba eco a sus propias ambiciones poéticas, que después del regreso a España iban a cristalizarse en sus futuros versos.

## CAPITULO XII

### VEINTE AÑOS EN MADRID. AISLAMIENTO. FAMA

El Madrid al que regresaron los Jiménez, en 1916, era una metrópolis enriquecida por la primera Guerra Mundial. La agricultura y la industria habían prosperado y el pueblo optimista se divertía placenteramente bailando, jugando, asistiendo a los deportes y a toda clase de actos, y en particular, al teatro agradable de Jacinto Benavente que sabía divertir al público con la irónica representación de sus costumbres. Los españoles andaban ajenos a preocupaciones del espíritu; había mucha bulla, mucho canto, mucha conversación, holgazanería, indolencia y frivolidad; y al mismo tiempo, en ambiente tan propicio, progresaba, en secreto, la revolución social. Este estado de cosas que se extendió sobre todo el reinado de Alfonso XIII, se prolongó hasta la dictadura de Primo de Rivera.

A este ambiente regresaba un hombre ansioso de desahogarse del peso de un millón de versos y de ideas y para poder dedicarse con ahínco a su obra le fué necesario aislarse, estando en el mismo medio de la gran ciudad. Entre 1916 y 1923, Juan Ramón, en un ambiente difícil, logró publicar su Diario de un Poeta Heciéncasado y el libro escrito anteriormente: Sonetos Espirituales; supervisó la impresión de su primera antología poética; preparó y publicó una segunda antología y completó cuatro libros de versos que también vieron la luz para esa fecha: Eternidades, Piedra y Cielo, Poesía y Belleza.

La publicación de la primera antología poética era en sí un homenaje a Juan Ramón. Durante su estancia en Nueva York, Huntington, el fundador de la "Hispanic Society," había querido distinguirlo haciendo imprimir una edición de lujo representativa de su obra. El poeta, siempre pendiente a la apariencia de sus libros, había pedido que se imprimiera en España, dándole el encargo a la imprenta de Fortanet, de Madrid, una de sus favoritas. En agosto de 1917, se completaron seiscientos preciosos ejemplares impresos en papel de hilo y encuadernados en rica cubierta de tela, con el título de Poesías Escogidas de Juan Ramón Jiménez. Contenía una reproducción en sepia de su retrato que Sorolla había acabado de pintar para la "Hispanic Society," y fueron a parar a manos de unas pocas bibliotecas y coleccionistas de libros raros.

Juan Ramón gozó en esos primeros años de regreso a España, todos los frutos del espíritu, pero en lo material no andaba muy a gusto. El plan de vida que se había trazado, gustoso, pero excesivamente rígido, requerían una concentración a menudo interrumpida por los ruidos del Madrid de calle, hasta entonces casi desconocidos para él. Creaba, leía con avidez a los autores irlandeses e ingleses, colaboraba con su mujer en traducciones de los mismos y ordenaba, depuraba y corregía su obra constantemente, librando una inmensa batalla con los ruidos. De ésta se han escrito muchos artículos, burlescos unos, objetivos otros, faltos de comprensión los más; pero el que sepa de la quietud podrá apreciar la situación del poeta que había vivido en ella siempre: en Hoguer, en el puerto, en el mismo Nueva York, donde se metía en su cuarto a prueba de ruidos cuando quería trabajar. En los años pasados antes en Madrid, había vivido en el ambiente callado del Sanatorio del

Resario, en el de la casa apartada de Sinarro, en el de la Residencia de Estudiantes que se hallaba en una loma de las afueras de la ciudad. Ahora, en el mismo centro de ella, era víctima del desbordamiento de una confusión enorme de ruidos artificiales y humanos, y en su empeño de encontrar un rincón donde trabajar en paz, los Jiménez se vieron precisados a hacer el recorrido de muchas viviendas hasta dar con una, en una de las mejores calles de Madrid, donde solo de vez en cuando el chirrido de un tranvía o el pregón de un vendedor ambulante rasgaban el silencio.

Como Juan Ramón, no andaba ociosa su mujer. Desde los últimos años del noviazgo, Zenobia había sido su colaboradora. Cuando la popularidad del gran poeta hindú Rabindranath Tagore había crecido en 1913, a la sazón de habersele adjudicado el premio Nobel, Zenobia escribió la primera versión española de The Crescent Moon (La Luna Nueva) que se publicó en 1915 con un prólogo de Juan Ramón. Los Jiménez continuaron colaborando en traducciones y en 1920 dieron a la imprenta una bellísima traducción de Riders to the Sea (Jinetes Hacia el Mar) de John M. Synge. Para esa fecha, los esposos tenían la autorización exclusiva de los herederos del autor irlandés para traducir al español sus obras y representarlas en España y en la América española.

Apenas existen detalles de las andanzas del poeta en esos veinte años pasados en Madrid. El mismo, tampoco habla mucho de esa época. Pero los detalles se escapan porque vivía en la más perfecta normalidad. Entregado a la poesía por completo, andaba aislado del mundo de las cosas, retraído, y por su misma concentración, casi sin amigos. Para entonces había entrado en los cuarenta y había cimentado sus convicciones

y sus ideas. Fiel a sí mismo, nunca temió decir lo que pensaba, ni jamás mezcló la amistad con el arte. Su norma era "alentar a los jóvenes, exigir, castigar a los maduros y tolerar a los viejos."<sup>1</sup> No leía periódicos ni revistas españolas por considerarlos voceros de rimadores que surtían el mercado literario; tampoco leía a sus contemporáneos y no ignoraba que ellos ni lo leían ni lo comprendían, y así escribía:

...la mayor alegría que un poeta--un artista-- puede sentir en su vida es: que a sus 42 años--1923--se le vuelva a saber, por raro, por incomprendido, como a sus 19--1901--. Y la mayor pena, que quienes le den esa alegría sean los que empezaron con él a amar, exaltar y defender los prestigios del arte puro, que han ido, luego, año tras año, cediendo a los más feos intereses del momento, hasta caer de lleno, quizás sin quererlo, en la irredimible vulgaridad-- que pone, para siempre, un desierto de abismos entre ellos y él.<sup>2</sup>

Juan Ramón no gustaba de los que se limitaban a cantar ciertas cosas o seleccionar y al cabo daban una impresión incompleta y de segunda mano. Detestaba a los poetas cerebrales sin talento; en su opinión, la única poesía que podía perdurar era la lírica y al único poeta que admiraba sin embajes era a Antonio Machado, porque como él, había procurado hacer una obra honrada, sin tener en cuenta para nada al público, siempre viviendo en su intimidad. Creía que un escritor debía ser a la manera de Miguel de Unamuno, quien era un espíritu ardiente que siempre estaba produciendo, por eso le admiraba; pero sentía al mismo tiempo su falta de amor a la belleza.<sup>3</sup> En cuanto a

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Estética y Ética Estética," Obra definitiva, (León Sánchez Cuesta, Librero, Madrid:1925), páginas sin número.

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Jiménez, según entrevista reproducida en España Renaciente, por Valentín de Pedro, (Calpe, Madrid: 1922), pp. 57-61.

a otros escritores españoles, consideraba arcaicos a Ramón del Valle Inclán y a Gabriel Miró. A pesar de admirarlos por sus mejores obras creía que por el afán de volver los ojos al pasado, cosa muerta, estos autores no se expresaban de acuerdo a la época. La obra de Valle Inclán, afirmaba Juan Ramón, era un alarde de estilo y retórica. A Ramón Pérez de Ayala no le negaba talento como poeta cerebral, pero sí como comentarista, por añejo, cansado, fastidioso y recargado de los viejos clásicos. En cuanto a los cultivadores de otros géneros literarios como la novela, a Juan Ramón le parecía un arte muy inferior a la poesía y decía que había cien mil folletinistas como Benito Pérez Galdós en Francia e Inglaterra. Prefería a los modernos que escribían para comer, porque estaban en su derecho.<sup>4</sup> En fin, que para Juan Ramón, la España literaria de aquella época estaba muerta y la resumía:

Como era de esperar, en este 1923 se está confundiendo "sencillez" con "simpleza"; "intelectualismo" con "intelectualería"; "claridad" con vulgaridad"; "vida" con "periodismo"; "cultura" con "filología", con "lectura secundaria", con "exhumación"; "crítica" con "desahogo".<sup>5</sup>

Claro, que había excepciones! A José Ortega y Gasset, a Ramiro de Maeztú, y a Eugenio de Ors les distinguía por el momento, porque en aquel entonces eran respectivamente un buen comentarista, un buen periodista, y un hábil diletante.

La persona de estos intelectuales tampoco escapaba su escrutinio, por su convicción de que el hombre y la obra han de armonizar. Rafael Alberti ha escrito una imagen primera de Juan Ramón en la que cuenta todo lo siguiente: se habló de literatura y éste caricaturizó a algunos

---

<sup>4</sup>Jiménez, según entrevista reproducida en La Linterna de Diógenes, por Alberto Guillén, (La Aurora Literaria, Lima: 1923), pp. 251-258.

<sup>5</sup>Jiménez, "Estética y Ética Estética," en Obra definitiva, p. sin no.

literatos (todo poéticamente). Azorín le había enviado uno de sus últimos libros dedicado, y Juan Ramón se lo había devuelto personalmente; el título solo le chocaba: El Chirrión de los Políticos. "¡El Chirrión!" decía. Alberti, comentando la extraordinaria gracia y mala sangre andaluzas de Juan Ramón para burlarse de la gente y caricaturizarla, sigue contando que al visitar el moguerense un día la casa de Pérez de Ayala, rompió con él porque le mostró un cuarto con todo el techo colgado de chorizos y longanizas, detalle que le estremeció y no pudo perdonar nunca.<sup>6</sup> La zumba juanramoniana no iba dirigida solamente a sus compatriotas. En una carta a Alfonso Reyes, escritor mexicano a quien Juan Ramón siempre distinguió por ser un espíritu superior, definía a Mallarmé, el poeta simbolista francés, como sigue: "Un exactísimo, culto y digno señor de mal gusto que escribe - fumando - los domingos, en papelititos del Japón, el diamantino alfabeto enigmático de la poesía pura."<sup>7</sup> Aquí vale la pena notar que Juan Ramón no fuma pipas, tabacos ni cigarrillos y que es un hombre sin vicios, meticoloso y aseado en extremo, de cuya persona emana la misma pureza, fineza y aristocracia que de sus versos, sin que por ello pierdan un ápice sus cualidades varoniles. En la casa de los Jiménez siempre prevaleció el buen gusto, tenían en Madrid, sencillos pero magníficos muebles de madera, algunos de los cuales habían pertenecido a sus familias y a la muerte de las madres de ambos, ocurrida después de haber ellos regresado del viaje de novios, habían pasado a Juan Ramón y Zenobia por razones sentimentales. De las paredes de su casa colgaban óleos de Serolla, su amigo de siempre; aquí y allá su mujer había dispuesto

---

<sup>6</sup>Rafael Alberti, Imágen Primera de ... (Editorial Losada, Buenos Aires: 1945), p. 36.

<sup>7</sup>Jiménez, "5 minutos más a Mallarmé" carta a Alfonso Reyes, de noviembre 11, 1923 en Obra definitiva.

artísticamente ramas y flores en bruñidos vasos de cobre o en jarrones de barro, pintados y pulidos, productos del arte popular español de hacía un siglo. Hasta los pisos de madera eran una gloria para la vista porque brillaban como losetas monocromas. En este ambiente sencillo y hogareño podía él trabajar sin descanso; su obra inédita llenaba cajas y más cajas ordenadas en hasta diez columnas. En aquel entonces, el poeta quería vivir ochenta años; escribir hasta los setenta, y a los diez siguientes publicar. Sus ansias de esos años están recogidas en un elocuente verso corto:

Voz mía, canta, canta;  
que mientras haya algo  
que no hayas dicho tú,  
tú nada has dicho.<sup>8</sup>

Cuando Juan Ramón completaba un libro, lo dejaba descansar; después de que le había tenido dormido mucho tiempo, lo sacaba y lo depuraba; una vez reducido a la décima parte de lo que era, iba la obra a la imprenta. Es por esta razón que existe tal disparidad entre la fecha de publicación de cualquier libro del poeta y la de creación. El sistema tiene sus ventajas para el lector, porque cuando al fin lee la obra es una cosa acabada y no de ensayo. La corrección en Juan Ramón nace del anhelo de perfección, al principio ésta consistía en quitar vicios: adjetivos, giros inútiles, cosas que estorbaban, para dejar al poema en su unidad; ahora consiste en un recrear, superándose, A Juan Ramón se le ha criticado mucho lo que algunos consideran afán de corrección, pero él no cree que el expurgo le reate mérito a su poesía, puesto que él conserva, mejoradas, las dos cosas que considera esencial, el hallazgo y el acento, es decir,

---

<sup>8</sup> Jiménez, Poesía, (Losada, Buenos Aires: 1946), p. 52

lo personal. El lleva su poesía dentro de él y corrige por sorpresa; como quien dice, la corrección se hace sola, porque él se pasa la vida reviviendo, poetizando. Recientemente contaba como por sorpresa acudieron a su memoria las líneas:

la luz tardía hoy  
estará sola

parte de un poema escrito al salir de España, y que decía:

ahora la luz tardía  
estará sola.

Y así han sido sus correcciones.

Fueron muy pocas las personas no íntimas que visitaron al poeta en esos años en Madrid, o mejor dicho, muchos llamaron a su puerta y pocos fueron recibidos. Con los curiosos e impertinentes Juan Ramón no quería nada; él mismo, personalmente, ejercía el privilegio de comunicar por teléfono o a la portería, que no estaba en casa. Para todo lo procuraban y a todo se negaba, pero se negaba con honradez.

En cierta ocasión, Juan Guixé, del periódico El Liberal de Madrid, le pidió su opinión sobre la idea de enviar a Portugal una embajada extraordinaria de poetas españoles con motivo del centenario de Camoens, a lo que contestó el poeta:

¿Creen los españoles competentes que hayan leído "Os Lusíadas" que el desventurado Camoens es un gran poeta de tono terrestre, marino y celestial? Entonces, y si han de hacerse las cosas con elevación y respeto es indudable que deben "representarnos" en esa conmemoración Don Miguel de Unamuno y Don Antonio Machado, los más portugueses de nuestros actuales poetas. Si, por el contrario, ha de ser la embajada una de tantas mezclas político-periodístico-literarias que es costumbre preparar, decida, en amigable consorcio con sus compañeros El Niño de Vallecas y El Bobo de Coria. - mírese el documento inapreciable de

Don Juan de Echevarría-, nuestro actual y tonante  
Azorín de los Hurdes, perito en tortas y poleadas;  
que yo huyo de la quema.

No me es posible mandarle mi retrato ni creo  
que haya necesidad, en este caso, de publicarlo. -<sup>9</sup>

En otra ocasión, el presidente del Ateneo de Sevilla le había invitado a cantar y representar a Huelva en la Fiesta Literaria Andaluza. Juan Ramón siempre ha querido bien a Huelva y Sevilla, donde se publicaron, en periódicos, sus primeros versos y donde, a raíz de la aparición de sus primeros dos libros hubo algún crítico que pudiera ver en ellos lo que había de valor. Pero siendo siempre él, para el amigo lo mismo que el enemigo respondió:

Prefiero a vanas promesas, que a ninguno nos servirían de nada, decirles la pura verdad: Yo soy enemigo completo de tales exhibiciones y brillos, no debo ni quiero hacer los versos que ustedes me piden, no sirvo, en ningún concepto, para esa fiesta, útil, y bella, de fijo, bajo ciertos aspectos, y sobre todo en la fina, aérea, imponderable Sevilla que todo lo equilibra y hermosea. En Huelva hay sin duda personajes mucho más a propósito que yo para este caso, y que estarán deseando, haciéndoseles la boca agua, que ustedes se fijen en ellos. Tendían ya listo el canto, el traje y el retrato, ensayado el acto, soñada la gloria apetitosa de musa y señorita choquera. Dénnos pues, gusto a todos, cosa tan sencilla y agradable.<sup>10</sup>

Tampoco aceptaba Juan Ramón las forzadas invitaciones que le llegaban para conferencias, comidas o actos colectivos. Era tal su aversión a ese, en su opinión, ambiente artificial de los intelectuales madrileños de la época, que por no hacerse partícipe se privaba de asistir a los actos de que él hubiera gustado en cualquier otro lugar

---

<sup>9</sup>Jiménez, "Camoens Glorificado," carta a Juan Guixé de enero 13, 1924, en Obra definitiva, p. sin no.

<sup>10</sup>Jiménez, "Poetría" en Obra definitiva, p. sin no.

o circunstancias. Por 1924 se hallaba en España como conferenciante el poeta francés Paul Valéry. En su honor se habían organizado muchos actos, y Juan Ramón, que siempre le había admirado, le rindió un homenaje callado enviándole seis preciosas rosas acompañadas de la siguiente misiva:

Querido y puro poeta:

Razones de estética y de ética - estética "española actual" - que no pueden ni deben tener significado para un poeta de fuera pasajero por España, me impiden asistir a sus conferencias y a los actos organizados en su honor, estos días de usted en Madrid. Nunca asisto "aquí" - alguna vez que lo hice quedé asqueado para siempre, - a conferencias ni comidas y, en general a ningún acto colectivo.

.....  
 ...

Vayan, en cambio, a usted, de mí, esas primaverales rosas granas españolas.<sup>11</sup>

El poeta puro le contestó a su hermano español en un poema:

A Juan Ramón Jiménez  
 que me envió tan preciosas rosas

...Voici la porte refermée  
 Prisons des roses de quelqu'un?  
 La surprise avec le parfum  
 Me font une chambre charmée!

Seul et non seul entre ces murs,  
 Dans l'air-les présents les plus purs  
 Toute douceur et gloire muette —  
 J'y respire un autre Poète.<sup>12</sup>

El mismo despego que mostraba Juan Ramón hacia los actos de la vida pública era empleado para los "honorés" a los que sus compatriotas querían hacerlo acreedor. Dos veces distintas le pidieron que aceptara el puesto de académico, ofreciéndole cuantas facilidades había a mano para evitarle molestias; pero él se negó, incomodándose cuando insistían.

---

<sup>11</sup>Jiménez, "Seis Rosas con Silencio," carta a Paul Valéry de mayo 19, 1924 en Obra definitiva, p. sin no.

<sup>12</sup>Reproducido por Jiménez en Obra definitiva, p. sin no.

El hastío de Madrid, ciudad desequilibrada espiritualmente, no era hastío de España. La diversión favorita de los Jiménez consistía en viajar en automóvil por todo el país. Zenobia, una de las primeras mujeres automovilistas en la península, manejaba, mientras su marido absorbía el paisaje, y con él, más ilusión de su tierra cada vez. En estos viajes, iban a Granada, la mágica ciudad mora, y de paso visitaban a los García Lorca. Juan Ramón cuenta, imitando el hablar andaluz del padre de Federico, que era un labrador rico, como, preocupado por la vocación de su hijo, también poeta, le preguntaba si le daría su talento para vivir!

En una de sus visitas a la Alhambra y a los jardines del Generalife, con sus surtidores cristalinos donde el agua canta la eterna canción de la ciudad reina, brotó como el agua el cristalino poema "El Jeneralife" de Juan Ramón. También iban los Jiménez a Cádiz y al Puerto, donde visitaban las escenas de su triste adolescencia; y a Málaga, a ver a su querido poeta colorista, Salvador Rueda, porque Juan Ramón había oído que estaba enfermo, pobre, y casi ciego. Fué a verlo pero no lo encontró; por ese escribió unas páginas muy bellas recordando al que tan buen ejemplo le había dado en su juventud, porque Rueda había traído a la poesía española, "seca entonces como un corcho, luz, embriaguez, vida."<sup>12</sup>

La paradoja mas grande de los veinte años pasados en Madrid es que mientras más se retraía y aislaba Juan Ramón, su personalidad y su obra se hacían más visibles y crecían a una altura comparable a la de Rubén Darío a principios del modernismo. La razón estaba en su obra: le había devuelto dignidad a la poesía, la había restituido al plano

---

<sup>12</sup>Jiménez, "El Colorista Nacional," en Presente, V, p. sin no.

que le pertenecía, al de las emociones grandes de la vida, al de los sentimientos esenciales relacionados con la belleza, y si es verdad que a algunos de sus compatriotas no les llegaba el mensaje, otros, los más jóvenes, los de la generación que iba a empezar, fijaron sus ojos, sus espíritus y sus ansias en la antorcha que Juan Ramón levantaba y lo consagraron como maestro de poetas. Y con esto a él le bastaba y le sobraba, afirmando: "¡Ay importante es lo que la juventud piense de uno porque la juventud es para nosotros el principio de la posteridad."<sup>13</sup> No se equivocaba, de su escuela salieron los poetas más grandes de la época: Federico García Lorca, Pedro Salinas, Rafael Alberti y Jorge Guillén.

---

<sup>13</sup> Jiménez, "Estética y Ética Estética," en Obra definitiva, p. sin no.

## CAPITULO XIII

### NUEVOS HORIZONTES POETICOS EN ESPAÑA

Para comprender los nuevos horizontes que Juan Ramón mostró a la poesía española hay que estudiar la labor de sus veinte años en Madrid. Desde su libro Eternidades, publicado en 1918, se había revelado como poeta nuevo, y con esta obra otras, también de esos años, como Piedra y Cielo, Poesía y Belleza, muestran un estado de alma de implicaciones tan universales que no pertenecen a ningún país ni a ninguna época, por pertenecer a todos los países y todas las épocas. Para entonces, hacía tiempo que dominaba la forma y había logrado perfección en todas las rimas y las métricas posibles, pero ahora su idea se había profundizado y no le cantaba a nada ni a nadie en el mundo de las realidades sino que abarcaba un plano abstracto en el que poeta y poeta, más poeta-creador que poeta-hombre, son los dos motivos principales e idénticos. Las ideas comprendidas en ese plano abstracto eran: la perfección, a la que llega el hombre por el superamiento, que implica cambio. La perfección era un doble ideal: la que existía por sí, belleza, y la que el poeta anhelaba en la creación, la cual se lograba por el dominio de la palabra. Así, Juan Ramón la invocaba:

...Que mi palabra sea  
la cosa misma,  
creada por mi alma nuevamente.  
Que por mí vayan todos  
los que no las conocen, a las cosas;  
que por mí vayan todos  
los que ya las olvidan, a las cosas;  
que por mí vayan todos  
los mismos que las aman, a las cosas...<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Jiménez, Eternidades, (Losada, Buenos Aires: 1944), p. 13.

La palabra, como la entendía y aún la entiende Juan Ramón, no valía solamente por ser el vehículo de la poesía, si era la palabra exacta, es decir, si expresaba "la cosa misma" creada por su alma; significaba también inteligencia y razón, y esta idea se reflejaba en su poesía cuando escribía:

¡Inteligencia, dame  
el nombre exacto de las cosas!<sup>2</sup>

6,

¡Forjadores  
de espadas,  
aquí está  
la palabra!<sup>3</sup>

Sería equívoco deducir que el poeta consideraba haber logrado el máximo grado de perfección, no. En sus libros de esa época, encontramos otras ideas importantes que muestran la influencia de Goethe y del Sanscrito hindú. Para el primero la vida era cambio y el hombre superior, sucesivo, dando al momento su más acabado esfuerzo, "hic et nunc," y exigiendo en cada momento verdadero el mismo grado de perfección. Juan Ramón aplicaba a su obra la idea de una mayor perfección cada día:

Fleatitud de hoy es  
ramita en flor de mañana.  
Mi alma ha de volver a hacer  
el mundo como mi alma.<sup>4</sup>

En su colaboración con su mujer, traduciendo los versos de Tagore, Juan Ramón había leído sin duda el "Saludo del Alba" del Sanscrito que él mismo había traducido:

---

<sup>2</sup>Ibid.

<sup>3</sup>Ibid., p. 59.

<sup>4</sup>Ibid., p. 12.

¡Cuida bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida. En su leve transcurso se encierran todas las realidades y todas las variedades de tu existencia: el goce de crecer, la gloria de la acción y el esplendor de la hermosura.<sup>5</sup>

Los siguientes versos de Juan Ramón son un eco del "Saludo":

No dejes ir un día,  
sin cojerle un secreto, grande o breve.  
Sea tu vida alerta  
descubrimiento cotidiano.  
Por cada miga de pan duro  
que te dé Dios, tú dale  
el diamante más fresco de tu alma.<sup>6</sup>

La perfección a que alude Juan Ramón en su obra corresponde al ansia de acaparar la belleza en su totalidad. Sin duda el poeta reconocía que había otros caminos de perfección y otras ansias bellas, no necesariamente idénticas a su sentir. Esto puede deducirse en la nota optimista y harto significativa de un verso corto que se refiere a la capacidad de cada individuo para juzgar si su esfuerzo máximo del momento es acorde al verdadero significado de refinamiento individual:

Tira la piedra de hoy,  
olvida y duerme. Si es luz,  
mañana la encontraras,  
ante la aurora, hecha sol.<sup>7</sup>

Las ideas poéticas de Juan Ramón a las que nos hemos estado refiriendo, modificaron también su idea de la muerte, antes negativa. Surge ahora la idea positiva de la eternidad en un plano completamente espiritual y la expresa por primera vez en la realización de que el yo del espíritu es lo duradero:

---

<sup>5</sup>Jiménez, Verso y Prosa Para Niños, (Editorial Orión, México:1948), p. 271.

<sup>6</sup>Jiménez, Eternidades, p. 111.

<sup>7</sup>Ibid., p. 14.

Yo no soy yo.  
 Soy éste  
 que va a mi lado sin yo verlo;  
 que, a veces, voy a ver,  
 y que, a veces, olvido.  
 El que calla, sereno, cuando hablo  
 el que perdona, dulce, cuando odio,  
 el que pasea por donde no estoy,  
 el que quedará en pie cuando yo muera.<sup>8</sup>

Elevado a planos tan ideales, no se había apartado el poeta de la realidad. Creía también que en el mundo existía una inmensa minoría que al contrario de la inmensa mayoría se componía de personas capaces de apreciar la belleza; esta minoría aumentaba, porque en todas partes había una persona sensitiva, preparada para entender poesía. Entonces, como ahora, Juan Ramón consideraba la poesía una buena manera de cultivar y llegar a la aristocracia, aristocracia del espíritu, que no se adquiere por nacimiento. Estos aristócratas cultivados constituían "la inmensa minoría" y fué para ellos que escogió cuidadosamente material para una segunda antología que se publicó en 1922, con notas expresando sus ideas sobre tales conceptos como lo popular: "No hay arte popular, sino imitación, tradición popular del arte"; sobre lo sencillo: "Lo conseguido con los menos elementos; es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo."<sup>9</sup>

Las ideas que Juan Ramón expresó en Eternidades no fueron comprendidas en seguida. Más reacción causaron sus obras posteriores: Piedra y Cielo, Belleza y Poesía, que marcaban la plenitud de la idea y eran el hosanna del que se gozaba en su obra:

---

<sup>8</sup>Ibid., p. 139.

<sup>9</sup>Jiménez, Segunda Antología Poética (1898 - 1918), (Calpe, Colección Universal, Madrid: 1922), p. 322.

¡Qué goce, corazón, este quitarte,  
día tras día, tu corteza ....<sup>10</sup>

Algunos opinaban que el poeta se había encerrado en su torre de marfil, pero el gozo de éste hombre no se hallaba solamente en su convicción de que poseía un don divino; también gustaba de ofrecerlo al que en él encontrara solas:

¡Oh, qué ricas las manos de la vida,  
todas llenas de flores de lo alto!  
¡Qué pura, cada estrella,  
de quezar penas de la vida!  
- ¡Oh, yo, qué rico, regalando a todos  
todo lo que recojo y cambio con mi sueño! -" <sup>11</sup>

En España, el que no alcanzaba la idea del verso juanramoniano, lo celebraba por los elementos poéticos nuevos con que Juan Ramón enriquecía la poesía española: en la obra de esos años usaba el nombre casi exclusivamente del resto de los otros elementos gramaticales. A veces parecía como si quisiera incrustar la frase en la mente a fuerza de repetir los nombres y así conseguía, del modo más sencillo, crear sensaciones, como la de prolongamiento o término sin fin que aparentemente sentía al expresar lo siguiente:

Canción corta; cortas, muchas;  
horas, horas, horas, horas  
- estrellas, arenas, yerbas,  
ondas --; horas de las vidas,  
de las muertes de mi vida...<sup>12</sup>

Otras veces, sin a penas llamar la atención al símil, conseguía, con la sola ayuda del nombre expresar la idea:

¡Llanto, cascadas  
de los tesoros de mi sueño,  
en la ruina de la aurora!<sup>13</sup>

---

<sup>10</sup>Jiménez, Piedra y Cielo, (Losada, Buenos Aires: 1948), p. 36.

<sup>11</sup>Ibid., p. 101.

<sup>12</sup>Ibid., p. 98.

<sup>13</sup>Ibid., p. 60.

Todo esto era nuevo en la poesía española que siempre usó con derroche el adjetivo. Juan Ramón introdujo otras modalidades, como la de pasar de una estrofa a otra separando las palabras en sílabas, pero sin perder el ritmo:

entre los chopos de oro, que cantando -  
le están al cielo libre y transparente.<sup>14</sup>

Introdujo palabras nuevas: "mediosárboles," "sonllorando," "mallezada," "sobredesperte," e intentó una simplificación de la ortografía española: eliminación de la g excepto para los sonidos velares, explosivos o fricativos, sustitución de x por g antes de consonante, y de y en lugar del diptongo ie. Así Juan Ramón escribía: antoloifa, jesto, inteliencia; inestinguible, estraños; yel (por hial). Y los demás lo envidiaremos, deseando, como él, deshacernos de las complicaciones innecesarias del lenguaje, aunque hay que reconocer que él, más que ningún otro, merece ese privilegio por haber sido siempre un abanderado de la sencillez.

---

<sup>14</sup>Jiménez, Sonetos Espirituales, p. 123.

## CAPITULO XIV

### LA JUVENTUD ESPAÑOLA. JUAN RAMON Y SU ESCUELA POETICA

En la segunda década del siglo XX, la Residencia de Estudiantes continuaba siendo en España un centro verdaderamente intelectual, albergando aún a sus más grandes hombres. Fué con esta institución que Juan Ramón nunca rompió sus lazos e iba a pasar algunas tardes con los que en ella se hospedaban o la frecuentaban: una pléyade de jóvenes con ambición, poetas en embrión la mayoría, que habían de seguir el ejemplo de la perfecta vocación del maestro.

Fué para dar ánimos a esa juventud anhelante que Juan Ramón inició una serie de publicaciones que aparecieron entre los años 1921 y 27, y, aunque de corta duración fueron prolongadas luego por otras en derivaciones. Sus nombres: Indice, en cuatro números de junio 1921 a junio 1922; Si: Boletín Bello Español del Andaluz Universal, de julio 1925, en cinco números y Ley del 1927. A la par que la revista Indice, Juan Ramón dirigía la editorial del mismo nombre.

Las publicaciones mencionadas fueron para los poetas nuevos lo que en la difícil época pre-modernista de 1898, había sido Vida Nueva y las otras publicaciones de vanguardia para Juan Ramón. En la redacción de Indice participaron Alfonso Reyes, Enrique Díez-Canedo, Antonio Marichalar, José Bergamín, Carpas Barga, Adolfo Salazar, Gabriel García Morte, y en ella se revelaron los mejores poetas de esa generación, que al mismo tiempo eran los más esclarecidos discípulos de Juan Ramón: Federico García Lorca, Pedro Salinas, y Jorge Guillén.

García Lorca había llegado a Madrid por primera vez en 1919, ansioso de estar cerca de la intelectualidad española. Establecido en la Residencia de Estudiantes regresaba a Granada los veranos para dirigirse al hogar paterno. De Granada trajo García Lorca una carta de recomendación para Juan Ramón escrita por Don Fernando de los Ríos, catedrático de derecho en la Universidad de Granada donde Lorca había estudiado. Juan Ramón se tomó gran interés por el protegido de Don Fernando y empezó a publicarle sus versos en revistas, y ya Lorca se quedó en Madrid. Recuerda Jiménez que Lorca no tenía oído para el asonante y el consonante y que él lo corregía, y dice: " - Lorca tenía un don natural muy grande, pero poca preparación. —" En 1921 apareció el primer libro del granadino: Libro de Poemas con versos escritos de sus diez y ocho a sus veintidós años. A estos siguió Canciones, Primeras Canciones, y muchos otros en los que está latente la influencia de Juan Ramón por la actitud meditativa, la intimidad sentimental, los giros, la repetición de la frase, el uso de recursos gramaticales: paréntesis, interjecciones, el empleo de nombres y adjetivos casi idénticos. En su mejor época, la de los Romances, Lorca usaba los mismos nombres y adjetivos que el Juan Ramón de la primera época, y del mismo modo. En sus poemas abundaban todos los más bellos elementos de la naturaleza: luna, estrellas, arena, mar, chopos, pinos, ruiseñores y los colores preferidos del moguerense: la plata, el oro, el verde, el blanco, el amarillo.

Como García Lorca, Pedro Salinas y Jorge Guillén publicaron en Índice en 1921, mucho antes de que aparecieran sus primeros libros de verso y cuenta Rafael Alberti, testigo de los hechos, que versos que después aparecieron en los libros inaugurales de éstos poetas, resonaron recién escritos en los desafíos poéticos de la Residencia de Estudiantes. En

octubre de 1923, Juan Ramón le dirigió a Salinas en Sevilla una histórica carta referente a su primer libro, Presagios, de la que a continuación se cita un párrafo que se explica por sí mismo:

Mi querido Salinas:

.....  
Presagios me ha ganado desde el primer instante. El "sentimiento" que "emana" -- aquí están justas las dos palabras -- es integralmente "poético", de ese que nos llena el "corazón pensativo", para siempre. No sabe usted que alegría tengo de poder dar en Índice -- que desearía yo que fuera una biblioteca de perlas -- un libro así, tan raro en este momento de España y de fuera -- exceptuando Oriente, Irlanda y los Estados Unidos --, libro de "maestro interior" sin otra palabra que la exacta para el sostén expresivo. Se me une al alma, como un agua a otra agua, al acercarme; como el viento con el viento. Es "mundo" verdaderamente.

- Si no le agrada a usted esa "Visita de Pedro Salinas" para "Presagios", no le importe decirme lo claro; de todos modos, irá en mis "Retratos y Caricaturas sentimentales de Españoles variados", para donde quería escribir su silueta: ¡ó su lleno!, que ahora me ha traído "Presagios"! --" 1

En la "Visita de Pedro Salinas" mencionada en la carta, está señalado el hecho de que en ese verano, antes de la publicación del libro, Salinas, sin duda deseoso de la opinión de Juan Ramón, le había dejado su manuscrito. De esa "Visita" son los siguientes párrafos:

Y...¿ya? ¡Todavía no!...Ya se va otra vez Pedro Salinas de Madrid, deprisa, ¡cuidado, árbol abstraído, con la copa bella!, después de haber estado una hora despacio ("Dios mío, qué tarde, Dios mío!")

.....  
 Pero mirad: este crepúsculo estancado de verano, con granas limpias entre polvo y humo, nos ha dejado en la mesa, tanto por olvido como por memoria, un hermosísimo mentón de frutos humanos de oro vivo y sombra rica, sobrehumanos presajios."2

Además del uso "de la palabra exacta" que Salinas sin duda aprendiera de Juan Ramón, coincidió el discípulo con el maestro en el uso del mismo motivo poético. En el poema "Abierto" de éste, recogido en la

---

<sup>1</sup>Jiménez, Carta a Pedro Salinas, de oct. 2, 1923, en Obra definitiva, p. sin no.

<sup>2</sup>Jiménez, Españoles de Tres Mundos, pp.88-89.

colección Poesía publicada en 1923, dice:

Dejad las puertas abiertas  
esta noche, por si él  
quiere, esta noche, venir,  
que está muerto.

Abierto todo,  
a ver si nos parecemos  
a su cuerpo.....<sup>3</sup>

Una poesía de Salinas que aparece en La Voz a Ti Debida de 1934 dice:

No, no dejéis cerradas  
las puertas de la noche,  
del viento, del relámpago,  
la de lo nunca visto.  
Que estén abiertas siempre  
ellas, las conocidas.<sup>4</sup>

Como podrá verse, el mismo tema prevalece en el verso de Salinas.

El primer libro de Jorge Guillén se publicó en 1928, con el título de Cántico, pero como hemos dejado dicho, el joven poeta había colaborado en la Revista Índice de Juan Ramón en 1921. La casa de Guillén era una de las pocas que Juan Ramón frecuentaba. De esas visitas ha quedado un precioso recuerdo en el retrato poetizado que éste escribiera sobre Teresina y Claudio, los graciosos hijos de Guillén que jugaban a "azustar a Juan Ramón".<sup>5</sup>

También Guillén coincidió con Juan Ramón en motivos poéticos. En "Poemas Impersonales" de 1911, recogidos en la Segunda Antología Poética de 1922, Juan Ramón había escrito:

Del amor y las rosas,  
No han de quedar sino los nombres  
¡Creemos los nombres!<sup>6</sup>

---

<sup>3</sup>Jiménez, Poesía, p. 24.

<sup>4</sup>Pedro Salinas, "La Voz a Ti Debida", Poesía Junta, (Losada, Buenos Aires: 1942), p. 142.

<sup>5</sup>Jiménez, Verso y Prosa para Niños, pp. 67-68.

<sup>6</sup>Jiménez, "Poemas Impersonales", Antología Poética, p. 140.

Y en el primer libro de Guillén, de 1928 aparece:

¿Y las rosas? Pestañan  
Cerradas: horizonte  
Final. ¿Acaso nada?  
Pero quedan los nombres.<sup>7</sup>

En Poesía, publicado por Juan Ramón en 1923, hay un verso:

Todas las rosas son la misma rosa,  
¡amor! la única rosa;  
y todo queda contenido en ella  
breve imagen del mundo.<sup>8</sup>

Y en Cántico de Guillén:

¡Oh concentración prodigiosa!  
Todas las rosas son la rosa,  
Plenaria esencia universal.<sup>9</sup>

Rafael Alberti ha sido llamado "el discípulo más exacto y más querido de Juan Ramón Jiménez," y como García Lorca, de él aprendió a estilizar la lírica de su poesía popular. Alberti ha sido, sin duda, el más dispuesto a reconocer y confesar hasta que punto la obra del maestro influyó en los discípulos y así lo ha escrito:

Por aquellos apasionados años madrileños, Juan Ramón Jiménez era para nosotros, más aún que Antonio Machado, el hombre que había elevado a religión la poesía, viviendo exclusivamente por y para ella, alucinándonos con su ejemplo. En 1924, publiqué yo en "La Verdad," hoja literaria de Murcia, varias canciones de mi "Marinero en tierra" todavía inédito. Por alguien me enteré que a Juan Ramón le habían gustado mucho. Y fui a verle.<sup>11</sup>

A continuación se citan párrafos de la carta que Juan Ramón le dirigiera a Alberti referente a ese incidente:

<sup>7</sup>Jorge Guillén, Cántico, 3ª ed. (Litoral, México: 1945), p. 26.

<sup>8</sup>Jiménez, Poesía, p. 56.

<sup>9</sup>Guillén, op. cit., p. 274.

<sup>10</sup>Alfredo de la Guardia, García Lorca Poema y Creación, (Editorial Schapire, Buenos Aires: 1944), p. 117.

<sup>11</sup>Alberti, Imagen Primera de .... p. 25.

Mi querido amigo:  
 cuando José M<sup>a</sup> Hinojosa, el vívido, gráfico poeta agreste,  
 y usted se fueron, ayer tarde, — después del precioso rato  
 que pasamos en la azotea hablando de Andalucía y poesía —,  
 me quedé leyendo — entre las madre selvas en tierna flor blanca  
 y a la bellísima luz caída que ya ustedes dejaron hirviendo  
 en oro en el rincón de yedra; trocadas las lisas nubes, con  
 la hora tardía, en carmines marrones y verdes — su "Marinero  
 en Tierra". Las poesías de este libro que yo había visto ya,  
 el año pasado, en "La Verdad" de nuestro fervoroso Juan  
 Guerrero y en las copias que usted tuvo la bondad de enviarme  
 para el primer "Sí" — me sorprendieron de alegría; y,  
 sospechando que un brote así de una juventud poética no podía  
 ser único, tenía grandes deseos de conocer el resto de sus  
 canciones. No me había equivocado ...

.....  
 Le voy a decir a "El Andaluz Universal" que adelante un  
 "Sí", para que pueda lucir todavía en el aire ligero de esta  
 goteante primavera, la tremolante cinta celeste y plata de su  
 Marinerito.<sup>12</sup>

Más joven que los poetas mencionados, Alberti no había publicado en la  
 primera revista de Juan Ramón sino en Sí, que apareció en julio de 1925,  
 y en la que éste usaba el pseudónimo "El Andaluz Universal" que la  
 crítica le había adjudicado, Sí era como una antología de los poetas  
 españoles que se agrupaban a su alrededor.

Esta autora se ha detenido en el relato de los incidentes  
 relacionados con García Lorca, Salinas, Guillén y Alberti, no solamente  
 por ser éstos los mejores y más representativos poetas de esa generación,  
 sino impulsada por el deseo de clarificar, con apropiada documentación,  
 la aparente prevalente confusión en cuanto a las influencias ejercidas  
 por Juan Ramón Jiménez, a quién no lo hace maestro el solo hecho de que  
 haya alentado y reconocido los valores de una nueva generación. Los  
 cuatro poetas mencionados, como todos los grandes artistas, tenían  
 influencias varias y a su debido tiempo siguieron sus sendas personales,  
 pero la influencia que Juan Ramón ejerció sobre ellos fué muy principal,

---

<sup>12</sup>Jiménez, carta a Rafael Alberti, mayo 31, 1925, en Obra definitiva, p. sin no.

porque de él aprendieron a elevar la poesía y mantenerla libre y esencialmente lírica, García Lorca y Alberti en la tradición popular, Salinas y Guillén en la culta. Por esta razón otros escritores han señalado aún como discípulos de Juan Ramón, de esa época, a Saulo Torrón, de las Islas Canarias; a Félix Delgado, Claudio de la Torre, Juan Chabás Martí, León Felipe, Mauricio Escarisse, José Moreno Villa y Juan José Domenchina. No hay duda que Juan Ramón estuvo en contacto con cada uno de estos poetas. Su interés por éstos jóvenes consta en las páginas de Españoles de Tres Mundos, un panorama de su visión y su época, escrito en esos veinte años en Madrid y publicado incompleto en 1942, porque muchos que se llevaron los manuscritos prestados no lo devolvieron, o porque, al salir de España, los Jiménez tuvieron que dejar gran parte de su obra, que con los azares de la guerra, no volvieron a recuperar.

La última revista que Juan Ramón publicó para la juventud española, apareció en 1927 y fué de corta duración; después, hastiado del nombre, propuso a la juventud una revista sin firmas que apareciera con el título Anonimato, pero la idea no fué aceptada. Ya él se había dedicado a la publicación de lo que llamaba su "obra definitiva," en páginas sueltas que habían aparecido en 1925 tímidamente impresas. Por aquel entonces, el poeta consideraba lo publicado por él hasta el día, solamente "material poético," del que había de escoger selecciones para esa verdadera obra, y en carta a un amigo, escribía:

A mis 42 años — y después de 25 de incesante trabajo con la Belleza —, siento, pienso, veo claramente que ahora es cuando comienzo; y si vivo 15 ó 20 años más, creo que podré ver realizada mi Obra — que, de modo informe existe ya toda. —<sup>B</sup>

Su deseo habría de lograrse, como veremos más tarde.

---

<sup>13</sup>Jiménez, carta a Ernst Robert Curtius de septiembre 27, 1924 en Obra definitiva, p. sin no.

## CAPITULO XV

### HASTIO DE MADRID. LA GUERRA. LA PARTIDA

Hacia 1930, Juan Ramón ya estaba cansado de la mayoría de la juventud española, porque estaba convencido "de su aparatismo, modería, truqueo, desintegración generales."<sup>1</sup> Tenía esperanzas "en otra juventud," o mejor, "en otro poeta." Verdaderamente, la juventud española iba siendo empujada hacia el torbellino de los "ismos" y hacía banderas con el comunismo o con el fascismo; con el liberalismo o con el republicanismo, convirtiendo el arte en palenque de propaganda politiquera. En enero de 1930, del café La Granja del Henar, de Madrid, salía formado un grupo de intelectuales que intentaban arribar a la Casa del Rey, rey que nunca conculgó con la intelectualidad de su país. Convertido este grupo en una manifestación hacia la Puerta del Sol gritaban: "¡muera Primo de Rivera!, ¡abajo la dictadura!" La policía cargó contra los disidentes que en la avanzada habían prendido fuego a un kiosco.<sup>2</sup> Esa noche había nacido la poesía subversiva que iba a señalar nuevos derroteros, y en el Ateneo de Madrid y en las tertulias literarias se daban vivas a la República. En el 1931 empezaron a oírse los fusilamientos del pelotón de ejecución. Unamuno, a quien habían exilado en 1927, volvía del destierro a su cátedra en Salamanca, pero otros intelectuales, convertidos en jefes republicanos, estaban presos: Niceto Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Vida - (Esquema Autobiográfico)" en Poesía Española. Antología 1915-1931. por Gerardo Diego, (Editorial Signo, Madrid: 1932), p. 107.

<sup>2</sup>Alberti, El Poeta en la España de 1931. (Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura, Buenos Aires: 1942), p. 18.

y Lario Caballero. Las representaciones teatrales en las que intervenían poetas del calibre de Alberti y Lorca, se convirtieron en actos políticos; todo servía de propaganda: el chiste, el verso, la copla, las revistas, los viajes y las fiestas; hasta el día en que se proclamó la República en ese mismo año.

Juan Ramón no estuvo nunca directamente mezclado con la política, pero de los poetas solo él y Antonio Machado se unieron en seguida incondicionalmente a la causa popular. Una vez la juventud que él amaba, cediendo a impulsos naturales, se dedicó a la causa política, Juan Ramón pensó en establecerse en Sevilla, "capital poética" como él la llamaba. De allí lo habían invitado en relación con una proyectada Universidad de estudios hispanoárabigos, el proyecto no materializó por lo que los Jiménez permanecieron en Madrid, aislándose él de nuevo, concentrado en su labor de treinta años: creando, transformando, corrigiendo aunque, como decía él "— con desgano de publicar por carencia española de tantas cosas.—" De su nueva creación no daba nada a la imprenta, pero continuaba seleccionando de lo ya escrito para su "obra definitiva" que aparecía en cuadernos, en ocho números llamados Sucesión en 1932 en y veinte números con el título de Presente, de 1933. Ambas eran preciosas producciones en magnífico papel y en su preferido tipo elzeviriano. Su mujer también le ayudaba a seleccionar y había escogido material para un libro para niños que se publicó en 1932: Poesía en prosa y verso (1902-1932).

El interés de estos esposos hacia los niños no era nuevo. Al estallar la revolución española se habían hecho cargo de un grupo de inocentes víctimas a quienes devotamente enseñaban, y cuidaban por ellos albergándolos en unas residencias que Zenobia había establecido con

anterioridad para estudiantes extranjeros. Se hallaban éstas en uno de los barrios nuevos de Madrid y reunían todas las comodidades de los mejores alojamientos estudiantiles en los Estados Unidos.

Con el progreso del tiempo, la permanencia en Madrid se le tornó enojosa a Juan Ramón; en el plano espiritual, ni el presente ni el futuro parecían ofrecer gran cosa; en el material, con los trastornos de la revolución, la situación económica para los intelectuales que, como él, vivían en parte de su labor, se hacía cada vez más difícil. En 1935, el Departamento de Educación de Puerto Rico lo invitó a preparar una antología en verso y prosa para uso en las escuelas y Juan Ramón decidió cumplimentar la invitación.

Sus últimos meses en Madrid dejaron huella. Dió a la imprenta otra antología con el título de Canción que incluía poemas escritos por él que podían cantarse, y parte de su obra más reciente. Los pensamientos, las ambiciones y las ansias de esos veinte años en Madrid se reflejaron en la presentación de este libro. Era un homenaje a su mujer, a cuya comprensión debía él su triunfo espiritual, y así lo expresó en la dedicatoria:

A  
mi mujer  
Zenobia Camprubí Aymar,  
a quien quiero y debo tanto  
estas canciones que le gustan  
y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado  
ella  
con su espíritu, su bondad y su alegría.<sup>3</sup>

Canción recogía también todos sus lemas, que estaban vinculados a la idea de su obra entera: "Amor y Poesía Cada Día" y, "Como el astro, sin precipitación y sin descanso...." También reproducía una ramita de perejil, del mismo perejil con que en Moguer había hecho una corona para Platero, el día que ganara a las niñas una carrera, porque como él,

---

<sup>3</sup>Jiménez, Canción, (Editorial Signo, Madrid: 1935), p. 7.

pensaba que Platero tendría el mejor premio en su esfuerzo.

En 1936, se inauguraba en la Residencia de Estudiantes el Instituto del Libro Español y le pidieron a Juan Ramón que se manifestara sobre la situación política. Este aceptó y leyó una memorable conferencia "Política Poética" que era la solución de un idealista para un pueblo en guerra. Esta conferencia atrajo los más diversos comentarios y reacciones: los que esperaban declaraciones partidistas, como seña y emblema de aquella época, quedaron agudados; los que pudieron comprender el alcance de sus palabras, admirados y los que más, satisfechos, porque en medio de la confusión y el caloramiento de la época un poeta les había recordado, a su modo, las palabras de "amor al prójimo." Lo que Juan Ramón había dicho era que la guerra empezaba con la falta de amor y comprensión mutua en la vida social y explicaba que hay una poesía en la vida diaria que consiste en amor a la obra de cada cual; este amor engendra un comunismo poético que consiste en trabajar a gusto en armonía física y moral. Para él, la libertad absoluta sería ponernos a todos en condiciones de hacer lo que quisiéramos, sin molestar a otro en lo que él quisiera hacer. Y exaltó Juan Ramón los valores del pueblo, recordando que la comprensión exige que un país adquiere su mayor cultura acercándose a su pueblo y exaltando los sentimientos finos que el pueblo lleva dentro. Como otros hombres que moldearon sus almas al contacto con la naturaleza, Juan Ramón estaba convencido de que el hombre del campo, por su acercamiento a ella, poseía los sentimientos más firmes, por lo finos; pero que, ante la jactancia vacía del hombre falso ciudadano, perdía su fuerza. El hombre de campo era poeta y si el político sintiera como el poeta, sería un hombre justo, porque la verdadera poesía lleva siempre en sí la justicia. Y no era solamente la responsabilidad, del gobernante, porque

si el gobernado ayudara al que gobierna a poner al alcance de cada cual las cosas que el amor y la comprensión engendran, nada podrían los explotadores del pueblo, que querían rebajarlo a imagen y semejanza de sus bajos instintos.<sup>4</sup>

Poco después de pronunciar esa conferencia Juan Ramón firmó, con otros intelectuales españoles que aspiraban a una república de orden y civismo, una declaración apoyando al gobierno legítimo; en estos términos:

Los abajo firmantes declaramos que en el conflicto que ha determinado la guerra civil en España, nos ponemos del lado del Gobierno, de la República y del Pueblo, que con tan ejemplar heroísmo está combatiendo por sus libertades.<sup>5</sup>

A esta declaración seguían las firmas, entre otras, de Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Marichalar y José Ortega y Gasset.

En Septiembre de 1936 los Jiménez salieron de España vía París, donde se embarcaron en Cherburgo en el Aquitania, rumbo a Nueva York. Antes de partir, el Presidente de la República Española, Manuel Azaña le ofreció a Juan Ramón la embajada de Washington, que el poeta declinó.

El que en España había vivido con honra y paz, salía de España rechazando honores y sin riquezas materiales, pues hasta sus propios bienes había tenido que dejar, con gran parte de su obra, en su casa de Madrid. Fiel al lema del Goethe que admiraba, cerraba con broche aureo el poemario dorado de esos veinte años de su vida en que, "como el astro", había vivido "sin precipitación y sindescanso."

---

<sup>4</sup>Jiménez, "Política Poética," Conferencia. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, (Instituto del Libro Español, Madrid: 1936), pp. 1-36.

<sup>5</sup>Juan de Castilla, Los Intelectuales Españoles Ante la Revolución y la Guerra, (Editorial Difusión, Buenos Aires: 1937), p. 15.

## CAPITULO XVI

### PUERTO RICO Y CUBA. JUAN RAMON ALLIANTA JUVENTUDES

"Cinco inmensos días grises" duró el viaje de Cherburgo a Nueva York, cinco días en los que el poeta, demasiado preocupado con el pensamiento de la crisis española de los últimos años en Madrid, del presente de las realidades tan incierto y del futuro, más vago aún, apenas podía volver a encontrarse en su vida callada del espíritu. El mar, que había sido clave de su inspiración durante su primer viaje a América, no significaba nada para él, su tranquilidad no recogía el eco de las turbulencias humanas que acababa de presenciar. En el "Diario" de ese viaje Juan Ramón escribió:

He mirado poco el agua, al mar. Mi ser, cuerpo y alma, no estaban, este segundo viaje a América, tan distinto del primero, con el presente mar tranquilo, estúpidamente tranquilo, sino con la lejana, enloquecida tierra.<sup>1</sup>

Tampoco tuvo ojos Juan Ramón para la magnífica Nueva York que desde su última visita se había transformado en un verdadero coloso de hierro: "Hace 20 años, Nueva York tenía aún carne y alma visibles. Hoy ya todo es máquina," agregaba en su "Diario."<sup>2</sup>

Los Jiménez se trasladaron inmediatamente a Washington, donde pasaron cerca de tres semanas. En ambas ciudades se ocuparon de recoger fondos, por suscripción, para los niños víctimas de la guerra española a quienes habían protegido durante sus últimos meses en Madrid. El dinero recaudado en los Estados Unidos fué enviado a la Junta de Protección

---

<sup>1</sup>Jiménez, "De mi 'Diario Poético' 1936-37 (Fragmentos)," Revista Cubana VII (enero-marzo, 1937), p. 55.

<sup>2</sup>Ibid., p. 57.

de Madrid que se había encargado de ellos; y era lo suficiente para su mantención por cuatro años. Aunque en España Juan Ramón no se había dedicado activamente a la causa política, en Washington trató por todos los medios a su alcance, de dar a comprender la necesidad que tenía el gobierno español republicano de recibir ayuda de los Estados Unidos. El año de 1936 era un año de confusión para la política extranjera norteamericana, los gobernantes, en víspera de elecciones, trataban de permanecer neutrales para no perder el voto de ningún partido y el ciudadano ordinario no estaba al tanto de la verdadera situación en España para decidirse a favor o en contra de sus grupos revolucionarios. Lo más que logró Juan Ramón fué, ante un grupo de redactores de la revista, The New Republic, vaticinar una próxima guerra mundial. Si bien sus palabras no hallaron eco en los Estados Unidos, los periódicos del día de la Argentina le concedieron gran importancia.

En septiembre de 1936, los Jiménez volvieron a embarcar rumbo a Puerto Rico. La tierra puertorriqueña es una hermosa isla en donde la obra del hombre, por contraste, hace resaltar más la exuberancia tropical. San Juan, la capital y ciudad más importante, paradero de los Jiménez, está bañada por las aguas del Mar Caribe, un mar de un azul diáfano que refleja un cielo aún más azul. En el mismo centro de la población crecen palmeras, helechos, cocoteros y una variedad infinita de plantas exóticas y florecientes que quieren, con sus tonos de fiesta, acaparar la gloria del paisaje que es en Puerto Rico aún más bello porque a falta de extensión territorial, el campo y la ciudad se mezclan en un armonioso e increíble conjunto. Una vez que se sale del centro de la población, las carreteras resbalan como serpentinas plateadas sobre apiñadas cumbres, que lucen todos los matices del verde y del ocre y sobre ellas cuelgan

como cortinas, nubes aladas, vaporosas y blanquecinas. Puerto Rico es tierra de poetas y Juan Ramón pudo haber sido su más preclaro cantor; sin embargo, del paisaje puertorriqueño solo quedaron estas líneas en su "Diario":

He recorrido la isla de Puerto Rico en distintas direcciones. Su riquísima naturaleza interior confirma mi duda primera. ¿Porqué esta naturaleza hermosa me parece blanda, floja, insuficiente? Tierra, piedra, árbol, ¿porqué es todo tan demasiado "bonito"? Los panoramas llegan a parecer grandiosos, los efectos de monte, mar y cielo me sorprenden, pero nada acaba de imponérsenos con grandeza verdadera. Las mismas nubes, aquí de tan maravillosa, incomparable acumulación rápida, parece que van a durar poco, y no porque se desahogan al momento en lluvia.<sup>3</sup>

Juan Ramón achacaba este debilitamiento de la naturaleza a la delgada construcción de la casa puertorriqueña de madera, la que, comparada con la casa sólida española le hacía ver, con la distancia, a su España más tremenda que nunca: "el hombre es quien, instalándose fuertemente en su tierra, hace fuerte su tierra."<sup>4</sup> Más que la frágil casa puertorriqueña, construída en armonía con su clima suave, la responsable por este modo de ver las cosas del poeta, era la realización o el presentimiento de que él mismo estaba transplantando sus propias raíces de donde las tenía fuertemente arraigadas y que éstas quizás no volverían a prender más nunca. Además, este hombre, que para entonces había vivido más de medio siglo, hacía tiempo que había relegado el paisaje a lugar secundario para dedicarse a lo humano. Fué en la humanidad puertorriqueña que él fijó su atención:

---

<sup>3</sup>Ibid., p. 63-64.

<sup>4</sup>Ibid., p. 64.

La variedad del tipo humano es aquí, en San Juan, extraordinaria. ¡Qué honda impresión primera! ¡Qué riqueza, qué belleza de color, de forma, de expresión, sobre todo en el pueblo!<sup>5</sup>

Juan Ramón se fijaba en el "mucho cobre humano, "lo negro, lo egipcio, lo gitano, y por último, en lo blanco que allí perdía "sitio, calidad y valor."

Los poetas jóvenes puertorriqueños se agruparon a su alrededor y por su iniciativa se dió una fiesta del libro, dedicada al niño, para la que se preparó una antología que incluía la poesía de los mejores poetas puertorriqueños. Se dió, además, para las escuelas, un segundo libro de la serie de grandes escritores. Era éste una antología de obras de Juan Ramón en verso y prosa; su traslado a Puerto Rico obedecía al propósito de dirigir dicha antología. Los dos libros dedicados a los niños no pretendían limitarse a la capacidad del infantil o el adolescente; antes al contrario, por ellos se quería elevar a la futura generación pues como había escrito Juan Ramón en el prólogo de sus primeras selecciones para el niño español, publicadas en 1932:

En casos especiales, nada importa que el niño no lo entienda, no lo "comprenda" todo. Basta que se tome del sentimiento profundo, que se contagie el acento, como se llena de la frescura del agua corriente, del color del sol y la fragancia de los árboles; árboles, sol, agua que ni el niño ni el hombre ni el poeta mismo entienden en último término lo que significan.<sup>6</sup>

En Puerto Rico no había facilidades de imprenta para publicar las dos obras en el cuidadoso estilo de Juan Ramón, por lo que se decidió que el poeta se hiciera cargo de imprimirlas en la vecina isla de Cuba. Ya a ésta habían llegado ecos de su visita a Puerto Rico, por lo que la Institución Hispanocubana de Cultura, que presidía Fernando Ortiz,

---

<sup>5</sup>Ibid., p. 62.

<sup>6</sup>Jiménez, Poesía en Prosa y Verso (1902-1932), (Signo, Madrid: 1932), pp. 8-9.

lo invitó a dar una serie de conferencias. Su estancia en la Habana se prolongó dos años en los que el pulso y el entusiasmo de la juventud literaria cubana, ascendió a una altura pocas veces igualada ante la presencia de un hombre de letras.

En Cuba, como en la mayor parte de los países hispanoamericanos, la intelectualidad y el genio literario se congregan en la capital. La Habana, último fuerte del imperio español en el Nuevo Mundo, a través de los años se ha conservado muy española y muy andaluza. La simpatía entre Juan Ramón y los habaneros nació al contacto. Para el poeta, que había amado y vivido desde niño en lo andaluz de su Moguer, de Cádiz y de Sevilla, la realidad andaluza habanera superó el total de sus sueños y su pensamiento y los habaneros le acordaron todo el respeto, la admiración, y la devoción que reservan para sus héroes. Si Juan Ramón no había tenido tiempo antes, para pensar en los poetas callados de los países menores que España, entonces se dió cuenta de que las islas también habían dado poetas sensitivos como José Martí y la pléyade de jóvenes atentos en ese 1936 al ejemplo y la palabra del moguerense. Para alentarlos, él y Fernando Ortiz decidieron publicar un libro de la poesía cubana de ese año, la más expresiva en todas sus tendencias, que no se limitó a recoger la obra de los poetas ya reconocidos por la crítica, sino que incluyó la de muchos que aún no habían publicado sus primeras poesías. Quizás por esta razón se escucharon algunas voces disidentes.

Gran parte de la obra de los poetas cubanos de 1936 muestran en el espíritu, la influencia juanrramoniana. En los dos años pasados en la Habana, iba él descubriendo, como en Madrid, talentos nuevos, y también recobraba su vida en lo posible. Colaboraba para revistas

literarias de Cuba y de la América Hispánica; escribía prólogos para libros de poetas nuevos que se iban revelando. Se le entrevistaba a menudo y sus opiniones eran comentadas en la prensa del resto de América. El prólogo que escribí para el libro de poemas Doble Acento de Eugenio Florit, prólogo con la idea de Juan Ramón sobre la poesía, que ya él había expresado en España, fué repetido en la Revista Cubana, en el Repertorio Americano de Costa Rica y hasta en la Revista Hispánica Moderna de Nueva York. Típico de Juan Ramón era su entusiasmo por Florit, por fundir éste dos líneas de la poesía española, la neta y la barroca "con un solo estilo igual o encadenado; lirismo recto y lento que podía definirse 'fijeza deleitable intelectual'."<sup>7</sup> Los comentarios de los críticos cubanos, complacidos porque Juan Ramón le había mostrado de nuevo a la poesía cubana su camino, eran en extremo favorables. Antes de salir de la Habana, Juan Ramón tuvo la oportunidad de ver una vez más a los niños españoles que refugiados cruzaban el mar para trasladarse a México. Otras actividades en la Habana relacionadas con su querida España fué su trabajo, con la cooperación de los cubanos, para facilitar el traslado a Cuba de españoles ilustres que en pugna con la dictadura ansiaban salir de su país.

Entre los años de 1936 a 1939, fecha esta última en que los Jiménez regresaron a los Estados Unidos, no fueron solamente los hispano-americanos los que alabaron la labor de Juan Ramón. En España estaba muy fresca su memoria; se comentaban sus hojas sueltas, sus últimas antologías y sus conferencias; se publicaban folletos enteros en su honor y su obra en marcha era incluida en historias de la literatura

---

<sup>7</sup>Jiménez, "El Único Estilo de Eugenio Florit," Revista Cubana, VII, abril - junio 1937, p. 16.

española, señalándolo como maestro de una generación.

El más grande éxito del poeta en esos años, en cuanto a la evaluación de su obra, fué el que la importancia de su poesía traspasó las fronteras del lenguaje. En 1935, en Hamburgo, Alemania, Emmy Neddermann había escrito una disertación: "Die symbolistischen Stilelemente in Werke von Juan Ramón Jiménez" para un grado en lengua y cultura romance.<sup>8</sup> Esta obra, que demostraba una brillante aplicación y penetración de parte de su escritora, fué muy comentada y publicada en Alemania; en 1936, una versión en español apareció en Nosotros, revista argentina, atrayendo otra serie de comentarios favorables. Emmy Neddermann dividía la obra de Juan Ramón en tres épocas: un período romántico, un período impresionista y uno espiritual, las tres comprendidas en el ideal simbolista:

La concentración en el yo, el sentido estático del cosmos y, por último, la sensibilidad exaltada, determinan las viviendas decisivas de la vocación artística de Jiménez. Por ellas es simbolista.

Y concluía:

La expresión absoluta significa para Jiménez la segura cima final de un largo ininterrumpido ascender, mientras para el expresionismo es el trampolín inicial de su aventura. Por ello, acaso, pueda ser un modelo, pero nunca un colaborador de las nuevas generaciones. Ha sido consecuente con su camino predestinado y su carrera perfecta es una parábola concluida.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup>Emmy Neddermann, "Die symbolistischen Stilelemente in Werke von Juan Ramón Jiménez, Hamburg: Seminar für romanische Sprachen und Kultur, 1935.

<sup>9</sup>Neddermann, "Juan Ramón Jiménez, Sus Vivencias y sus Tendencias Simbolistas." Nosotros, Buenos Aires, 1: 16 y 25, abril, 1936.

## CAPITULO XVII

### LA FLORIDA. CONFERENCIAS. UNA POESIA NUEVA

En 1939, los Jiménez tuvieron que regresar a los Estados Unidos y establecer residencia de modo que les valiera el pasaporte republicano honorario expedido por el Presidente Azaña, antes de que el gobierno de Franco tomara posesión. Para esa misma fecha, la Universidad de Miami acababa de iniciar un instituto de estudios hispanoamericanos y Juan Ramón fue invitado a dar una serie de conferencias en la segunda reunión del instituto, en 1940, por lo que los Jiménez se establecieron en Coral Gables, ciudad residencial y de veraneo donde está situada dicha universidad.

A pesar de ser una comunidad típicamente americana en sus costumbres, Coral Gables imita, en gran parte de su arquitectura el estilo español, y su vegetación le da una apariencia tropical. Allí los Jiménez se encontraron muy a gusto, y él trabajaba con ahínco en la colaboración para revistas hispanoamericanas. Escribía para la Revista Cubana, Universidad de la Habana y Orígenes de Cuba; para la Revista de las Indias, de Colombia; el Repertorio Americano de San José de Costa Rica; Nosotros y Sur de Buenos Aires; Número y Dinámico del Uruguay; Asonante e Insula de Puerto Rico; la Revista de Guatemala; los Cuadernos Americanos de México y otras. De éstas, unas seis le pagaban y para unas veinte escribía por gusto, porque se lo pedían. No es extraño que años después, se resistiera a enviar colaboraciones al periódico La Nación de Buenos Aires, por no quitarle su entrada a los que la

necesitaban. En aquel entonces, la dictadura ya había empezado a limitar el papel para las ediciones.

Las conferencias de Juan Ramón en la Universidad de Miami que fueron interpretadas en inglés, eran reflejo de las ideas que había expresado en esos veinte años en Madrid y llevaban los títulos de "Poesía y Literatura," "Aristocracia y Democracia," y "Ramón del Valle Inclán." Juan Ramón continuaba estableciendo una distinción entre poesía escrita y literatura, como expresión de lo inefable la primera y de lo fable la segunda; la primera creaba, la segunda comparaba, comentaba o copiaba. Condenaba a los poetas que caían en el vicio formal y hacían literatura de la poesía y comentaba, poniendo ejemplos, lo que a su juicio eran la una y la otra. Para esa fecha ya Juan Ramón había expresado su reticencia y apartamiento hacia un grupo de poetas jóvenes que habían sido sus discípulos, porque éstos se habían apartado de la senda poética que él consideraba esencial y básica. Merecían su despego los poetas intelectualistas, de concepto y pensamiento elaborado como Jorge Guillén y Pedro Salinas. La poesía inefable como la entiende Juan Ramón no es idea, es emociones, es la expresión de lo interior, por eso él cree que el elaboración y el exceso de arte la mata. Lo perfecto para él no se manifiesta bello como perfecto de forma, sino como encantador porque no se piensa del espíritu como del cuerpo. Y para reafirmar su punto compara a la poesía perfecta con una persona perfecta, odiosa en su opinión, puesto que al hombre no le es inherente la perfección. Así cree que el verso debe ser desnudo, que vaya teniendo poco a poco lo que necesita, ritmo, más no consonante o asonante, eso ya es adorno, como la alhaja en la mujer.

Las ideas de Juan Ramón sobre la aristocracia y la democracia se reafirmaban; la aristocracia continuaba siendo para él el estado del hombre en que se unen un cultivo profundo del ser interior y un convencimiento de la sencillez natural del vivir -- idealidad y economía -- mientras que democracia era solo una escala hacia la aristocracia; sería lo que no es todavía verdadera aristocracia. No andaba lejos José Ortega y Gasset del mismo concepto, como lo expresó en La Rebelión de las Masas, de 1937. Juan Ramón había dejado estas cosas dichas a la España del 1936 y no es de extrañarse que ambos hombres coincidieran en sus ideas de cultivo, puesto que ambos estuvieron sometidos a las mismas influencias de institucionalistas y hombres de La Residencia de Estudiantes.

Estando en los Estados Unidos, al poeta no se le escapaba que quizás el único país del mundo donde la democracia podía serlo era en esta tierra, por no existir en ella "pueblo ni aristocracia ancestrales y falsos. "Por eso" -- decía -- "los españoles libres nos encontramos bien en él." Y atacaba a la falsa España imperialista y a la falsa España comunista:

Detesto el fascismo y el comunismo dictatoriales. Mi hombre superior no es dictador ni imperialista, sino un hombre humano, expandido de amor, delicadeza y entusiasmo, que es, en sí mismo, toda una humanidad superior... No hay que olvidar que el cristianismo fué en sus comienzos un verdadero comunismo, "bástele al día su propio afán", y que sus apóstoles fueron pueblo en ascensión, es decir, hombres hacia la aristocracia.<sup>1</sup>

Las conferencias de Juan Ramón en la Universidad de Miami duraron hasta 1941, y en 1942 la Universidad de Duke, en la Carolina del Norte,

---

<sup>1</sup>Jiménez, "Aristocracia y Democracia," ( University of Miami Hispanic American Studies ), p. 106.

lo invitó a participar en los cursos de verano de la escuela de español. Durante estos cursos, el poeta convivía y charlaba con los estudiantes a la manera de la Institución Libre de Enseñanza y de la Residencia de Estudiantes de Madrid.

La vida de los Jiménez en la Florida fué callada y apacible, reducida principalmente al contacto con estudiantes y profesores de la Universidad de Miami y con personas de habla española de los alrededores de Coral Gables. En Puerto Rico y Cuba la juventud y los intelectuales con su entusiasmo habían acaparado la mayor parte de su tiempo; además, la colonia española de la Habana, en donde residieron dos años, era tan numerosa, que la guerra civil de España se comentaba y se sentía como si se estuviera librando en la misma capital cubana. Como consecuencia, Juan Ramón había escrito casi exclusivamente crítica y conferencias, faltándole el ambiente sereno en el que lograba su inspiración. Los tres años pasados en Coral Gables le devolvieron al fin la tranquilidad y normalidad a su vida, y una vez más pudo escribir en verso; romances y canciones, como en su primera juventud. Él consideraba su retorno a estas formas: una inocencia última," un final lógico de su última escritura sucesiva en España. Los Romances de Coral Gables, escritos entonces, se publicaron en México en 1948.

El paisaje floridiano ejerció una tremenda influencia en su espíritu. La Florida es un arrecife completamente plano, y, como todas las grandes extensiones, comunica al hombre un sentimiento de inmensidad y de eternidad. En 1941, Juan Ramón se repomía de uno de esos estados de tristeza y depresión que lo habían asediado desde su adolescencia, y saliendo del Hospital de la Universidad de Miami, aconteció, en sus propias palabras que:

...una embriaguez rapsódica, una fuga incontenible empezó a dictarme un poema de espacio, en una sola interminable estrofa de verso libre mayor. Y al lado de este poema y paralelo a él, como me ocurre siempre, vino a mi lápiz un interminable párrafo en prosa, dictado por la extensión lisa de la Florida, y que es una escritura de tiempo, fusión memorial de ideología y anécdota, sin orden cronológico; como una tira sin fin deslizada hacia atrás en mi vida. Estos libros se titulan, el primero, "Espacio", el segundo "Tiempo", y se subtitulan "Estrofa" y "Párrafo".<sup>2</sup>

Espacio fué publicado en una revista mexicana en 1943, y probó ser el poema español más discutido de los últimos años. Se dijo que era una nueva poesía, y se hicieron comparaciones entre Juan Ramón y T. S. Eliot. Y en verdad, al introducir otra vez un elemento nuevo en la poesía española, el moguerito seguía el estilo de los poemas de sucesión de Eliot, escribiendo todo lo que le venía a la cabeza. Pero entre la poesía del español y la del norteamericano, hay una diferencia básica: las alusiones de Eliot dan la impresión de ser premeditadas, lo cual no hace el poema menos artístico; Juan Ramón, al contrario, se deja ir en el ritmo; la inspiración le sale sola, y su poema es como un rapto, como una fuga en música donde los temas se toman uno del otro a través del monólogo interior de los recuerdos de su vida.

---

<sup>2</sup>Jiménez, carta a Enrique Díez - Canedo de agosto 6, 1943, en Juan Ramón Jiménez en su Obra, por Enrique Díez-Canedo, (El Colegio de México, México: 1944), p. 140.

## CAPITULO XVIII

### EL REGRESO A WASHINGTON

En el año 1942, los Estados Unidos habían entrado de lleno en la Segunda Guerra Mundial, las universidades se habían quedado casi sin alumnos, y el pueblo abandonaba la vida fácil de las ciudades de veraneo, como Coral Gables, por la de los centros industriales y aquellos en donde el esfuerzo colectivo era dedicado a la defensa nacional. También los Jiménez abandonaron la Florida y ofrecieron sus servicios a la Oficina del Coordinador de Asuntos Americanos en Washington. Esta y el poeta acordaron transmitir por radio una serie de conferencias de cooperación y buena voluntad a la América Hispana. Después de mucha preparación y de transmitir solamente un programa, Juan Ramón desistió del proyecto al enterarse de que, a pesar de lo acordado, sus programas tan cuidadosamente preparados eran sometidos a última hora a la censura, sin que a él personalmente se le concediera de antemano la oportunidad de enterarse de los cambios u omisiones.

Los Jiménez se habían establecido en "Dorchester House," uno de los mejores hoteles de apartamentos para la gente bien de la capital, situado en una buena barriada de hoteles residenciales. Washington es una de las ciudades más bellas y cosmopolitas del mundo, y, a pesar de ser la capital estadounidense, tiene muchas de las características de pueblo chico, por su vida plácida, su carencia de industrias, de máquinas, y de ruido, su paso lento de ciudad dedicada al culto de la belleza y de las artes. Sus espaciosas avenidas están bordeadas de árboles cuyas ramas se tocan formando una bóveda verde bajo su cielo despejado. Abundan

los monumentos y edificios bellos, hay parques, museos, bibliotecas, galerías de arte, edificios de gobierno, y embajadas y legaciones extranjeras del mejor gusto arquitectónico. El elemento hispánico, principalmente el hispanoamericano, está representado en Washington por hombres cultos, escritores en su mayoría, que representan a sus gobiernos en distintas esferas diplomáticas y se congregan bajo el palio de la Unión Panamericana y la Organización de Estados Americanos, ambos bellísimos antros de cultura en la capital.

En este ambiente, no tardó Juan Ramón en volver a ser el centro de atención de los intelectuales de habla española y su piso en "Dorchester House" era paradero y centro de reunión de diplomáticos, escritores, artistas, discípulos, amigos, y admiradores, que iban a ofrecer sus respetos o a pasar algunas horas de charla con el poeta.

En 1944, se bautizaba en Savannah, Georgia, el "Rubén Darío," buque de guerra, y el gobierno americano, por mediación de Archibald McLeish, poeta y director de la Biblioteca del Congreso, señaló a Juan Ramón, designándolo conferenciante en la ocasión. Era justo que él fuera participante principal en esa celebración. En los cuarenta años que habían pasado desde que Rubén Darío le había mostrado a Juan Ramón los nuevos derroteros poéticos, éste había devuelto con destellos propios el resplandor de la luz de su maestro, y, si Darío había llevado a España la nueva antorcha del modernismo, Juan Ramón también había encendido otra nueva antorcha en los países hispanos.

## CAPITULO XIX

### LA UNIVERSIDAD DE MARYLAND. EL VIAJE A LA ARGENTINA

A ocho millas de la ciudad de Washington está College Park, donde se halla la Universidad de Maryland. En esos años de la Segunda Guerra Mundial, todas las universidades vecinas a la capital participaban en un programa variado de instrucción, que era parte del entrenamiento de los soldados americanos. Una fase de este programa consistía de cursos prácticos en lenguas extranjeras. La facultad de lenguas de la Universidad de Maryland, al tanto de la presencia de los Jiménez en Washington, los invitó a hacerse cargo de unas clases de conversación; Zenobia aceptó el encargo, y para acostumbrar el oído de sus alumnos a los tonos y matices variados del español, les llevaba conferenciantes de Hispanoamérica y a su propio marido. La Universidad de Maryland no tardó en invitar a ambos a ocupar puestos permanentes en la facultad de lenguas.

Para esa fecha, también la Universidad de Vassar del estado de Nueva York, en sí una de las más famosas de los Estados Unidos, invitó al poeta a dar una serie de conferencias y éste aceptó. De los países hispanoamericanos ya hacía tiempo que le estaban mandando invitaciones para dar conferencias. En aquel entonces, Juan Ramón mantenía muchos contactos con la Argentina, porque allí la editorial Losada publicaba nuevas ediciones autorizadas de sus libros (también se publicaban, sin autorizar, en España y en otros países hispanos). En la Argentina vivían muchos de sus queridos amigos españoles expatriados, como su discípulo Alberti, por lo que Juan Ramón decidió aceptar la invitación de la Sociedad "Anales de Buenos Aires."

El viaje a la Argentina se efectuó en agosto de 1948, y su estancia en esa duró tres meses. Juan Ramón había sido objeto de la atención, la admiración y el respeto de la mayoría de los hispanoamericanos desde su llegada a Cuba, pero nada en su vida podía compararse al cariñoso recibimiento que se le tributó en la Argentina. En el muelle le fueron a recibir muchedumbres; en el hotel, las flores le llenaban el cuarto y se desbordaban por los pasillos. Recibía cincuenta cartas al día y no podía usar el teléfono para sus propias llamadas porque el teléfono no cesaba de llamar. Su recorrido por las escuelas de la capital y algunas del interior fué una gira triunfal, triunfo del espíritu por la sencillez y la sinceridad del homenaje; los niños le cantaban en coro, le recitaban selecciones de Platero y le regalaban con su arte "plateresco," pues en algunas de las escuelas de niños de Córdoba, se daban cursos de vocación por las artes que se desarrollaban alrededor de su Platero y Yo. A sus conferencias asistían personas de los rincones más apartados, y apenas había sitio para estar de pie. Y todo esto, sin la forzosa intervención de la política o del gobierno que quiso, pero no logró, hacerse acreedor en algo del éxito de la visita de Juan Ramón. La "inmensa minoría" había alcanzado al poeta en la Argentina.

La serie de conferencias que dió allí llevaba el título de "Vida y Poesía." La más comentada fué la titulada "Poesía Abierta y Poesía Cerrada," que Juan Ramón había leído anteriormente en la Universidad de Vassar. Poesía abierta como él la entendía, era la libre, la inefable, la que sugiere pero no termina, porque está siempre presente; la que no se explica, porque cuando se explica se limita. Es abierta, porque es, para cada cual, lo que entienda, ya que el sentimiento de la belleza no se explica más que captándolo: "-- A una persona que pasa por un jardín

de rosas" — dice el poeta — "y no huele, está demás explicarle."

Poesía cerrada, y sobre la explicación, es todo lo contrario.

Como antes en Cuba y Puerto Rico, lo más presente en el pensamiento de Juan Ramón era la juventud, esa juventud que lo procuraba y le llevaba versos a su cuarto del hotel para que él los sometiera a su criterio. De éstos Juan Ramón seleccionaba los mejores y los leía y comentaba en público al final de sus conferencias, y, de regreso a Washington, volvió a darlos al público ante el "Ateneo Americano de Washington," sociedad cultural en cuya fundación él mismo había participado. A su regreso de la Argentina se sentía rejuvenecido, porque había vuelto a predicar el evangelio de la belleza y había encontrado nuevos discípulos y seguidoras. Con los Jiménez vino a Washington, a pasar una temporada cultivándose bajo la tutela de Juan Ramón, una de las poetisas jóvenes de la Argentina que más prometía — María Elena Walsh. El futuro dirá hasta que punto se ha dejado sentir en la discípula la influencia del maestro.

Durante el viaje de ida, en alta mar, se cuajó la obra más reciente y más trascendental del pensamiento juanrramoniano; Animal de Fondo, cuyo comentario precisa en relación a otros sucesos en la vida del poeta.

## CAPITULO XX.

### EL POETA EN SU ULTIMA EPOCA

El Juan Ramón que yo he conocido y tratado íntimamente es el de estos últimos años, que en mi opinión representan al hombre más completo, por haber vivido más, y al mismo de siempre, por haber sido tan fiel a sí mismo toda su vida.

Nunca olvidaré el primer encuentro. Lo habían invitado a charlar con las alumnas de una clase de literatura española en la Universidad de Maryland y lo esperábamos ansiosas. El hombre de barba gris, traje de luto y andar quieto que se acercó a nosotras era, en su ademán y su presencia, todo y más que lo que mi imaginación había figurado. Parecía como si viniera escoltado de la hidalguía española y del genio literario; llevaba con él una aureola. Del modo más sencillo, como si nos conociera de toda la vida, comensó a charlar. A las preguntas sosas y estúpidas les daba adecuadas respuestas; las otras, las expandía y las clarificaba con tino y acierto. Después de esa ocasión, volví a ver a Juan Ramón a menudo en su seminario para estudiantes graduados; éramos pocos, pero nuestro mundo era ancho. Al influjo de la charla fácil del maestro surgían todas las grandes figuras de las artes y las letras españolas, francesas, italianas, inglesas, americanas. Cada semana, convivíamos por tres horas fugaces con Darío, Valle Inclán, Unamuno, los Machado, García Lora, los poetas hispanoamericanos y cuantos nuestro capricho o su gusto señalaban. Se hablaba de todas las escuelas, de todas las tendencias, de todos los poetas, de los filósofos, de los hombres grandes: "—Chandi era un hombre de razón heroica—"; y de Cristo:

"—Cristo hacía poesía directa. —" Esos seminarios duraron dos o más años; no había que tomar notas, ni que leer infinidad de libros porque todo estaba allí, en su palabra: el texto, el ejemplo, la obra, y el estímulo.

Para esta fecha, 1946 a 1947, los Jiménez, buscando la proximidad a la Universidad de Maryland, habían comprado una espaciosa casa en un barrio tranquilo y pintoresco de Riverdale, en Maryland, a unos pocos minutos de distancia de la Universidad. Era una casa blanca, rodeada de terreno espacioso, a la que hacían sombra unos frondosos olmos en donde los gorriones, los azulejos, y las ardillas, en amicable comunidad, habían hecho su morada, buscando la compañía del poeta que mañana y tarde les repartía raciones de migas de pan. Los Jiménez vivían su vida tranquila en Riverdale. Una vez a la semana, Juan Ramón iba a Washington, generalmente a la Biblioteca del Congreso, la biblioteca del gobierno americano, que, con sus nueve millones de libros y "panfletos," ocho millones de manuscritos, mapas, fotografías, periódicos, música impresa, y reproducciones de película microscópica, es la más completa del mundo. La Biblioteca tiene un magnífico departamento dedicado a la literatura hispana y posee muchas de las obras de Juan Ramón. En esa fecha estaban haciendo discos de sus lecturas de poemas; además, el poeta acababa de donarles su correspondencia que incluye innumerables cartas de Rubén Darío y de casi cada hombre de letras famoso en España e Hispanoamérica; también había constituido a la Biblioteca en guardiana de sus obras y manuscritos con los que a él se le hacía difícil cargar en sus muchos viajes y mudanzas. Otros asuntos le ocupaban en Washington: reuniones del Ateneo Americano, breves visitas a alguna que otra exposición de arte, previo compromiso de aceptación a comidas de confianza en embajadas

européas o hispanoamericanas, visitas a su club, "The Cosmos," para agasajar a algún amigo o simplemente para descansar. Por lo demás, vivía dedicado a su obra, como siempre, observando la rutina más regular desde que se levantaba a las seis de la mañana hasta que se retiraba a las once de la noche o más tardar. Juan Ramón escribía y ordenaba por las mañanas y dedicaba las tardes a sus amigos, no a los que nada tenían que recibir de él, sino a la gente joven, a sus discípulos de la Universidad, a las muchachas en los puestos menores de las embajadas y legaciones de Washington, esas que estudiaban de noche y trabajaban de día. Para esa juventud las puertas de su casa siempre estaban abiertas. De la Universidad de Maryland iban poetisas y escritores jóvenes, a quienes Juan Ramón alentaba; también lo visitaban Hermanitas de las órdenes religiosas que estudiaban en la Universidad Católica de América y a la sazón seguían cursos que incluían la preparación de bibliografías o disertaciones sobre sus obras. Yo, que tenía ansias de saber, también iba a verle. ¡Qué tardes aquellas las pasadas en su compañía entre sus libros y los fragmentos de su vida! Tenía sus manuscritos atados para distinguirlos con cordones y cintas de diversos colores, en montones bien ordenados. Nunca se equivocaba; sabía en que montón estaba cada cosa. Me llevaba en peregrinación a través de sus cuartos de trabajo o sus cuartos bibliotecas. En el segundo piso de su casa había un artístico estudio que no cabía ya de libros; tenía libros en la bohardilla, en el sótano, en la sala, en el comedor, y en las alcobas; y Plateros en las paredes a lo largo de la escalera que de la sala conducía al segundo piso, los Plateros que habían pintado los niños de la Argentina con todo el candor y el amor del verdadero.

Juan Ramón recordaba su vida, intercalando sus proverbios y sus sagacidades: "el olvido no tira las cosas, las guarda" o "el mundo se divide en tontos y locos; los tontos se van al cielo, los locos al infierno." Hablaba de los sucesos de la historia literaria de España, comprobando el hecho al mismo tiempo que el relato, con el libro, el retrato, o la carta sacada de cajas, gabetas, y estantes. "— Yo le puedo hablar de una época, pero no de un día—," me decía. No había nada que él no supiera discutir o comentar. Estaba al tanto de los sucesos mundiales, conocía la literatura de todas las épocas y de todas partes del mundo, comentaba sobre las artes y sobre las ciencias con la misma naturalidad que sobre las menudencias de la vida diaria: "— al perro" me decía, " — lo bañaban a las dos, con un escándalo de jabones!—" Se expresaba con acierto y sencillez aclarando muchos conceptos complicados y a pesar de su estricto régimen de trabajo estaba al corriente de lo que valía la pena en la actualidad porque, queriendo entender todas las cosas grandes de la vida, mantenía un sistema de elección en sus lecturas, programas de radio, actos culturales y otras actividades, que no admitía intermediarios, era siempre lo mejor.

Juan Ramón era tan poeta en su vida diaria como en su obra. Una vez, observando a un nenito que salía de su casa refunfuñón a la primavera de la tarde, restregándose los ojos a más no poder, se volvió para decirnos: "— se ha peleado con un sueño.—" Los Jiménez amaban a los niños, no había chiquillo que llamara a su puerta que no saliera con las manos llenas de golosinas, o con lo que había ido a buscar. En una fiesta de Halloween (víspera del día de los difuntos) cuando los niños norteamericanos, vestidos como todos los entes del cementerio y los infiernos, se dedican a hacer maldades por la vecindad, más de veinte chicos de la barriada fueron invitados a refrescos. Tanto se

divirtieron que muchos volvieron a sus casas a cambiarse el disfraz para regresar a la de los Jiménez como si fueran nuevos invitados. Cuando los muchachitos de las escuelas o de familias vecinas tocaban a su puerta, Juan Ramón los recibía como hijos de príncipes y se gozaba oyéndolos hablar. "--¡Qué artista!--" me decía, embelesado, ante el manejo de unos ojos de diez años que pretendían tener veinte. Sus contribuciones caritativas eran casi siempre para sociedades beneméritas de niños y adolescentes.

Para los pobres y los humildes tenía más atenciones que para los ricos y los de su condición. "--Los pobres" me decía "tienen heroísmo. Es mejor ser pobre y tener ambición, porque del pobre que no se resigna sale el héroe, el gran hombre --." A su criada, una buena y "pobre mujer, como todos los negros" que "se cambiaba de peinado ¡ y se ponía unos colorines!", la iba a despedir hasta la misma puerta, cada vez que le tocaba servirles, lo que, según se acostumbra en los Estados Unidos, era dos o tres veces a la semana.

Zenobia era, y ha sido siempre, el complemento de Juan Ramón. Mujer comprensiva, espontánea, fina, ha sabido apreciar a su marido sin vanagloria y sin adulación. Ni tolerante ni exigente, en la vida de ambos ha existido siempre la proporción que ha mantenido vivos su amor y respeto mutuo. Devota, pero no extremosa, Zenobia ha vivido su vida aparte y al lado de su marido. Gregaria en extremo, amiga de la vida social activa, y tan culta como su marido pero más cosmopolita que él, ha sido figura bien conocida en los centros sociales de todos los países en que ha vivido. En Washington se le conoce bien; pertenece a un sinnúmero de agrupaciones profesionales y mantiene relaciones estrechas con la mejor sociedad capitalina. Sus muchas actividades nunca le han

impedido cumplir con sus deberes de ama de casa, profesora además de esposa, enfermera, secretaria y amiga de su marido. Hasta cierto punto ella es la antítesis de Juan Ramón; éste siempre se ha expresado con la palabra desnuda, sin saber nunca pretender o aparentar; Zenobia siempre tiene a flor de labios la palabra sincera, pero graciosa y suave. Ella se encarga, porque le gusta y a Juan Ramón no, de disponer en su casa y de administrar los bienes de ambos. Digno resúmen de su vida, en relación a la del poeta sería: "a la comprensión de esta mujer, se debe la gloria de este hombre."

## CAPITULO XXI

### EL POETA SE ENFERMA

Ahora que los Jiménez ya no viven en Riverdale - hace un año se fueron para Puerto Rico en busca de la salud de Juan Ramón, que estaba muy enfermo - trato de recordar esos últimos meses del poeta en los Estados Unidos. Una tarde nublada de agosto, en 1950, había ido yo a ver a Juan Ramón, a pedirle un libro prestado. Lo noté muy cabizbajo, ojeroso, y agobiado. Yo estaba de prisa; hoy quisiera haber pedido quedarme más tiempo en su compañía, porque aquella tarde él mismo se marchó al hospital; no se sentía bien y su mujer andaba en Washington en diligencias. Hacía tiempo que Juan Ramón me venía diciendo que estaba pasando una crisis verdadera y que no estaba contento: "--El español verdadero de España no lo envuelve a uno aquí en los Estados Unidos," decía. "--Yo todas las noches cojo un mapa y repaso todo el mundo, buscando sitio donde vivir, pero no encuentro.--" Yo le hablaba de la Argentina, donde tan feliz había sido, pero él contestaba: "--En la Argentina no puede vivir un hombre libre, y después, la carga que tiene uno encima, tanto libro, tanto papel ¿adonde vá uno? --" Y pensando tal vez en otros países de la América del sur agregaba: "--No me gusta el hemisferio austral, esa cosa de fin de mundo; hay una cosita obscura que otros no ven, pero yo la veo. Cada latitud tiene un color; el hemisferio austral tiene una luz muy diferente y un color muy diferente. Para mí la luz en la vida es algo muy fundamental, también las mujeres y los niños. Yo me embelesaba oyendo hablar los chicos en España, porque la criatura se da cuenta cuando uno le hace caso.--"

Juan Ramón necesitaba a España más que nunca, estaba próximo a cumplir las setenta años, la edad de los recuerdos y las añoranzas. A mí me parecía joven, porque tal parece que a él los años solo le tocan la barba y el cabello, que adquieren un tono más grisáceo, ni siquiera blanco. Por su talle, por su andar, por la firmeza de su voz y sus acciones, no aparentaba la edad que tenía. Apenas hacía un par de años, durante su visita a la Argentina, se había sentido como si tuviera veinte, pero en 1950 se sentía viejo y se quejaba de la soledad: "—Si Ud. me hubiera conocido en España" decía, "en la época de los poetas grandes. Aquí en Washington la soledad es muy grande; esa cosa de la amistad íntima particular uno la necesita; una persona de vida interior no puede estar siempre solo. Está uno con su mujer, pero la mujer es la mujer. Cuando uno es joven, uno puede con la naturaleza; subir la montaña, correr; pero después de viejo, la naturaleza es más fuerte y se llena de fantasmas. Ahora yo no puedo estar solo en el campo, pienso mucho; cuando yo era joven yo podía estar solo un año; ahora no, desde los treinta. Lo primero que a mí me importa en el mundo es lo humano; a mí me gusta mucho la comunicación. Es una cosa triste; a Zenobia le gusta la vida social, pero a mí, no. --"

De Juan Ramón quererlo, le sobraría compañía, pero lo que el añoraba era "pueblo": "—La gente que he encontrado yo en los bancos de la plaza," me decía. "—En España yo me iba a la plaza cuando no quería hacer otra cosa, pero en estos pueblos sin plaza...esta cosa inhóspita del país, no hay un banco; aquí los hombres no pueden sentarse. Para mí la vida es hablar y también sentarse. Cortar la yerba del jardín, dar un paseo en coche es una cosa al margen, pero no lo fundamental. A mí me interesa lo humano, y más lo humano que lo divino porque lo divino no es humano y con una persona tengo lo humano y Dios. --"

En esos meses en que Juan Ramón estuvo tan enfermo, "del corazón," explicaba, (sí, del corazón, pensaba yo, de ese corazón arrancado de raíces de la España que le dió vida) hizo el recorrido de no sé cuantos hospitales. Su situación no mejoraba, porque lo que él necesitaba no lo tenían los mejores hospitales de los Estados Unidos. Necesitaba su ambiente, su pueblo. Y así llegó el otoño de 1950, y los Jiménez pensaron que un viaje por mar volvería a darle nuevas perspectivas al espíritu triste del poeta, y se fueron para Puerto Rico. Al cabo de tres cortos meses regresaron; Zenobia tenía que desempeñar su cátedra en la Universidad de Maryland. El invierno pasó y no dejó más que escarchas, la primavera anunció, y empezaron a flórecer los jardines, pero no su corazón. En marzo de 1951, el poeta enfermo y su mujer regresaron a Puerto Rico y allí convalesce, entre el cariño y la amistad de tanta gente que le quiere bien. Viven en Río Piedras, donde se halla la Universidad de Puerto Rico. Allí Zenobia dá cátedra de literatura y de allá nos llegan las buenas nuevas del restablecimiento de Juan Ramón.

## CAPITULO XXII

### JUAN RAMON Y LA CRITICA

Aunque Juan Ramón jamás ha solicitado ni anticipado honores, la opinión pública ha premiado con creces sus esfuerzos en el anochecer de su existencia. Desde 1950 va creciendo el grupo de admiradores que solicitan le sea adjudicado el premio Nobel de literatura. Los adeptos son de la América Hispánica, de España e Inglaterra. Hasta los periódicos españoles enemigos participan en este movimiento porque el enemigo sabe respetar a un hombre de convicciones firmes, como él.

Un gesto característico de Juan Ramón fué el oponerse a que sus simpatizadores en España solicitaran el premio a su favor, porque había otro grupo solicitándolo para José Ortega y Gasset. En los Estados Unidos, en los más recientes números de la revista Books Abroad, un gran número de personas han expresado el deseo de que el premio Nobel le sea adjudicado a Juan Ramón. La Universidad de México le acaba de conferir en las fiestas de centenario "in absentia" el título de Doctor Honoris Causa, y se prepara un acto especial en su honor. En Puerto Rico le acaban de dedicar un suplemento extraordinario de la revista Universidad y son muchos los números de revistas literarias dedicadas a Juan Ramón en España y América a través de los años.

Desde el punto de vista histórico, es aún más importante el hecho de que su obra incompleta ha sido evaluada como superior y significativa. Las más recientes antologías e historias literarias lo señalan como precursor y maestro de un estilo y una época. Sus poemas han sido traducidos al francés, al italiano y al inglés; la última

traducción, al inglés, es de 1950. Juan Ramón está incluido en enciclopedias y diccionarios de literatura española; el Diccionario Enciclopédico de 1942, cuyos datos alcanzan solamente hasta 1938, cita como discípulos de su segundo estilo a García Lorca, Guillén, Salinas, Alberti, y Dámaso Alonso. La Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana tiene en cuenta los elogios de la crítica para su Platero. Dos libros completos sobre su obra aparecieron en México y en el Uruguay, en 1944, Juan Ramón Jiménez Poeta de lo Inefable, por Gastón Figueira y Juan Ramón Jiménez en su Obra, por Enrique Díez-Canedo. Ediciones adicionales de los mismos continúan vendiéndose.

Fuentepiña, la residencia de campo de Juan Ramón en Moguer, es hoy un museo-biblioteca, y en la Universidad de Santa María de la Rábida, la más cercana a su pueblo, se estudia en los cursos de verano algún aspecto de su obra. En Colombia, uno de los nuevos grupos poéticos tomó el nombre de "los piedracielistas," porque basan su propio estilo en el de Piedra y Cielo de Juan Ramón. En México, el grupo de "los contemporáneos," muy en boga, es de inspiración juanrramoniana.

En cuanto a los países extranjeros, aparte de incluirlo, como es de rigor, en antologías, diccionarios e historias literarias, en la Universidad de Roma se da un curso completo sobre su obra, y Carlo Bo, el primer crítico italiano publicó, en 1941, La Poesía con Juan Ramón, obra de elogio, significativa, en el nuevo estilo de "crítica hermética." En los Estados Unidos, Waldo Frank, en su obra Virgin Spain, exalta a Jiménez como maestro e inspirador de juventudes y lo coloca al mismo nivel que Góngora y San Juan de la Cruz "raza de poetas herméticos e inmortales."<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>Waldo Frank, Virgin Spain, (Duell, Sloan and Pearce, New York: 1942), p. 294.

No toda la crítica se ha expresado en términos de alabanza respecto a Juan Ramón. Su actitud franca ha dado que sentir a más de uno, y su aislamiento se ha considerado como un atributo negativo. Hay quien considere su poesía en extremo romántica, obscura, o pasada de moda, porque desconocen la obra más reciente del poeta y juzgan sus primeros poemas a la luz de tendencias poéticas que le llevan casi medio siglo de diferencia. Caso típico reciente de esta clase de crítico es José García Villa quien en 1950 comentó para el New York Times Book Review la traducción de J. B. Trend 50 Spanish Poems. García Villa comenta la poesía de Juan Ramón en un tono general que hace pensar equivocadamente en la obra completa del poeta, y no en los cincuenta poemas traducidos que se supone esté comentando. Lo moderno de Juan Ramón, según García Villa, cesó inmediatamente después de 1900, y su poesía es de corto alcance y le falta visión.<sup>2</sup> Para el que esté enterado, resalta el hecho de que este crítico desconoce la labor del criticado; Juan Ramón apenas empezaba a escribir en 1900 y de lo moderno de su poesía ha salido casi toda la poesía moderna española! Lo triste de esta crítica irresponsable es, no la falta de información del crítico, sino el hecho de que da una impresión equívoca a los muchos lectores de habla inglesa que desconocen la labor del poeta.

Por eso es que Juan Ramón nunca se ha preocupado mucho por la crítica. "—La crítica" dice, "—está demás siempre, porque cada uno tiene un concepto distinto.—" Habrá quien opine que la crítica ha consagrado a Juan Ramón; yo creo que él se ha consagrado a pesar de la crítica, porque nunca escribió para agradar. Si lo mejor de su obra

---

<sup>2</sup>José García Villa: "A Lyric Spanish Voice," New York Times Book Review, nov. 26, 1950, p. 51.

no se hubiera publicado, existiría lo mismo, en manuscrito. El que Juan Ramón esté en contra de la crítica ociosa no quita que él mismo haya sido un crítico acerbo, pero la suya es crítica de mentor y artífice, del que quiere pulir y sacar destellos al diamante en bruto, hasta que brille cada faceta con la más pura luz de sus entrañas. Su norma ha sido, y así lo ha escrito, "Amparar a los jóvenes, exigir, castigar a los maduros y tolerar a los viejos." Y añade que él se ha exigido y castigado más que ninguno, por eso se otorga el derecho de exigir y castigar sin que ello no quiera decir que estime a cada cual en lo que vale, ni que, llegado el caso, no le dé a cada uno el sitio que merece.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup>Jinónex, apéndice a La Poesía Cubana en 1936, (Institución Hispanocubana de Cultura, La Habana: 1937), p. xxv.

## CAPITULO XXIII

### EL POETA ALCANZA EL IDEAL. ANIMAL DE FONDO

Si Juan Ramón vive los ochenta años que ansiaba en su madurez, dejará su obra completada por su mano y voluntad. Antes de enfermarse, trabajaba en la organización de seis volúmenes con el apropiado título Destino, que para él significa, "vida." Según sus planes, ésta iba a representar su obra completa con tres volúmenes en verso y tres en prosa, incluyendo además material nuevo o un "Complemento general" con sus traducciones de las obras de Tagore, Synge, Robert Frost, T. S. Eliot, etc., y cartas de él y para él, referentes a aspectos importantes de la literatura española y data autobiográfica con referencia a la guerra en España y a su labor en los países hispanoamericanos.

Aún si Juan Ramón no diera a la luz Destino su obra está ya completa; la completó con su libro más reciente: Animal de Fondo:

"En fondo de aire" (dije) "estoy",  
(dije) "soy animal de fondo de aire" (sobre tierra), ...<sup>1</sup>

Digo que su obra está ya completa porque los hombres superiores han vivido de ideales y sus destellos han llegado tan lejos como haya llegado su ideal. Juan Ramón hizo de la poesía y la belleza su ideal y forjó en sus moldes su concepto de la perfección estética. Nadie le dictó los límites, porque a nadie le es dado limitar al hombre en esencias; entonces, si había de llegar a una meta, era la propia, la de sus ansias que cada vez se elevaron más altas. A los setenta,

---

<sup>1</sup>Jiménez, Animal de Fondo, (Editorial Pleamar, Buenos Aires: 1949), p. 110.

Juan Ramón ha alcanzado su meta, su dios individual: "—La suma de todos los dioses individuales es Dios—," ha dicho el poeta. Juan Ramón encontró su dios, sinónimo de conciencia, en alta mar, camino a Buenos Aires. La idea del dios de la poesía lo había asediado antes de salir para Buenos Aires; esta idea, que expresa la plenitud de su sentimiento, había apuntado desde su primer viaje por mar a Nueva York; se había acentuado al regreso, pero no llegó a cristalizar en sucesivos viajes porque las circunstancias de los mismos, a raíz de la revolución española habían hasta cierto punto embotado su espíritu. Pero, repuesto ya del choque, el mar volvió a darle sentimiento de lo eterno y lo universal:

en mi tercero mar estabas tú

y creó el poeta los versos de Animal de Fondo, con la idea propia universal de un dios que sirva para todo, dios de la belleza por la conciencia, goce de la belleza universal. Y así lo explica él, mejor que nadie:

...el devenir de lo poético aho ha sido y es una sucesión de encuentro con una idea de dios.....Si en la primera época fue éxtasis de amor, y en la segunda avidez de eternidad, en esta tercera es necesidad de conciencia interior y ambiente en lo limitado de nuestro moderado nombre. Hoy concreto yo lo divino con una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo. Porque nos une, nos unifica a todos, la conciencia del hombre cultivado único sería una forma de deísmo bastante. Y esta conciencia tercera integra el amor contemplativo y el heroísmo eterno y les supera en totalidad.<sup>2</sup>

Las ideas en Animal de Fondo están expresadas en un plano de abstracción tal que difícilmente podrían ser comprendidas o inter-

---

<sup>2</sup>Ibid., p. 116.

pretadas a primera vista. A la luz de la vida y la obra de su autor aparecen más claras. El "dios deseado y deseante" que invoca Juan Ramón en su vejez, es "deseante" porque "esa unidad (lo bello) tiene que desear a todos sus individuos"; es dios, no en el sentido de deidad absoluta o ideal final y supremo, sino en el sentido de incorporación o expresión concreta del ideal. El poeta lo dice:

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,  
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;  
eres igual y uno, eres distinto y todo;  
eres dios de lo hermoso conseguido,  
conciencia mía de lo hermoso.<sup>3</sup>

Este dios "deseado y deseante" continúa siendo al mismo tiempo ansia de superamiento porque, considerada en total, hay indicación en estos últimos versos de Juan Ramón de que su ideal aún se remonta más alto: la Belleza es solo una expresión de ello, perfecta en sí por ser expresión de lo total perfecto, pero no suma total en sí y por sí misma. Así pues, el canto triunfal del poeta, en la penúltima etapa de su vida, refleja la satisfacción de haber comprendido en su totalidad un aspecto de el Dios, "el nombre conseguido de los nombres," pero sus ansias humanas continúan elevándolo en su empeño de alcanzar la absoluta y verdadera trascendencia:

ahora yo soy ya mi mar paralizado,  
el mar que yo decía, mas no duro,  
paralizado en olas de conciencia en luz  
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.<sup>4</sup>

Son muchos los caminos del espíritu para llegar al fin, Belleza y amor han sido siempre vías seguras, y el que, como Juan Ramón, ha caminado con amor por sendas de belleza, no puede andar muy lejos de la absoluta perfección y divinidad.

---

<sup>3</sup>Ibid., p. 8.

<sup>4</sup>Ibid., p. 14.

## BIBLIOGRAFIA ESCOGIDA

### Obras Citadas

#### Libros

- Alberti, Rafael. El Poeta en la España de 1931. Buenos Aires: Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura, 1942, 74 p.
- \_\_\_\_\_. Índgen Primera de . . .. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1945, 175 pp.
- \_\_\_\_\_. Marinero en Tierra. Buenos Aires: Talleres A. y J. Ferreiro, 1924, 149 p.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. Rimas y Leyendas. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1939, 172 pp.
- Bo, Carlo. La Poesía con Juan Ramón. Traducido por Isabel de Ambía. Madrid: Editorial Hispánica, 1943, 172 pp.
- Castilla, Juan. Los Intelectuales Españoles Ante la Revolución y la Guerra. Buenos Aires: Editorial Difusión, 1937, 37 pp.
- Cornell, Kenneth. The Symbolist Movement. New Haven: Yale University Press, 1951, 217 pp.
- Darío, Rubén. España Contemporánea. Obras Completas, vol. XIX, Madrid: Editores Mundo Latino, 1917, 334 pp.
- \_\_\_\_\_. Tierras Solares. Obras Completas, vol. III, Madrid: Editores Mundo Latino, 1917, 251 pp.
- Diego, Gerardo. Poesía Española--Antología 1915-1931. Madrid: Editorial Signo, 1932, 469 pp.
- Díez-Canedo, Enrique. Juan Ramón Jiménez en su Obra. México: El Colegio de México, 1944, 157 pp.
- Figueira, Gastón. Juan Ramón Jiménez Poeta de lo Inefable. 2ª. edición, Montevideo: Biblioteca Alfar, 1948, 125 pp.
- Florit, Eugenio. Doble Acento. La Habana: Editorial Ucacía, 1937, 161 pp.
- Frank, Waldo. Virgin Spain. New York: Duell, Sloan and Pearce, 1942, 323 pp.
- García Lorca, Federico. Libro de Poemas. 2ª. edición, Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1940, 225 pp.

- Gómez de la Serna, Ramón. Retratos Contemporáneos. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1941, 447 pp.
- Gómez Tejera, Carmen., y Alvarez Torres, Juan Asencio. (editores), Poesía Puertorriqueña. La Habana: Institución Hispanocubana de Cultura, 1938, 411 pp.
- González Blanco, Andrés. Los Contemporáneos. París: Garnier Hermanos, 1906, 270 pp.
- Guillén, Alberto. La Linterna de Diógenes. Lima: La Aurora Literaria, 1923, 402 pp.
- Guillén, Jorge. Cántico Fé de Vida. 3ª edición, México: Litoral, 1945, 412 pp.
- Guardia, Alfredo de la. Garfía Lorca Persona y Creación. Buenos Aires: Editorial Schapire, 1944, 400 pp.
- Jiménez, Juan Ramón. Almas de Violeta. Atrio de Francisco Villasespa. Madrid: Tipografía Moderna, 1900, 52 pp.
- \_\_\_\_\_. Animal de Fondo. Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1949, 129 pp.
- \_\_\_\_\_. Antología Poética. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1945, 332 pp.
- \_\_\_\_\_. Belleza. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1945, 160 pp.
- \_\_\_\_\_. Canción. Madrid: Editorial Signo, 1935, 433 pp.
- \_\_\_\_\_. Diario de Poeta y Mar. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1948, 188 pp.
- \_\_\_\_\_. Españoles de Tres Mundos. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1942, 170 pp.
- \_\_\_\_\_. Estío. Buenos Aires: Editorial Losada, 1944, 144 pp.
- \_\_\_\_\_. Eternidades. Buenos Aires: Editorial Losada, 1944, 156 pp.
- \_\_\_\_\_. Ninfas. Atrio de Rubén Darío. Madrid: Tipografía Moderna, 1900, 120 pp.
- \_\_\_\_\_. Piedra y Cielo. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1948, 150 pp.
- \_\_\_\_\_. Platero y Yo. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, serie IV, vol. II, Madrid: 1926, 322 pp.
- \_\_\_\_\_. Poesía. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1946, 95 pp.

- \_\_\_\_\_. Poesía en Prosa y Verso (1902-1932). Escogida para los niños por Zenobia Camprubí Aymar. Madrid: Editorial Signo, 1932, 132 pp.
- \_\_\_\_\_. Poesías Escogidas (1899-1917) de Juan Ramón Jiménez. The Hispanic Society of America. Madrid: Imprenta Fortanet, 1917, 348 pp.
- \_\_\_\_\_. Romances de Coral Gables. México: Nueva Floresta, Editorial Stylo, 1948, 60 pp.
- \_\_\_\_\_. Segunda Antología Poética (1898-1918). Madrid: Colección Universal Calpe, 1922, 356 pp.
- \_\_\_\_\_. Sonetos Espirituales. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1949, 128 pp.
- \_\_\_\_\_. Verso y Prosa para Niños. México: Editorial Orión, 1948, 278 pp.
- La Poesía Cubana en 1936. Colección. Prólogo y apéndice de Juan Ramón Jiménez. Comentario final de José M<sup>a</sup>. Chacón y Calvo. La Habana: Institución Hispanocubana de Cultura, 1937, 287 pp.
- Machado, Manuel. La Guerra Literaria (1898-1914). Madrid: Imprenta Hispano-Alemana, 1913, 180 pp.
- Mata, Ramiro W. La Generación del 98. Montevideo: Ediciones Liceo, 1947, 249 pp.
- Ortega y Gasset, José. La Rebelión de las Masas. Argentina: Espasa-Calpe, S.A., 1946, 241 pp.
- Pedro, Valentín de. España Renaciente. Madrid: Calpe, 1922, 208 pp.
- Rodó, José Enrique. El Mirador de Próspero. "Al Márgen de las Elegías de Juan Ramón Jiménez.", vol. I, 2<sup>a</sup>. edición, Madrid: Editorial América, 1918, pp. 219- 221.
- Salinas, Pedro. Poesía Junta. "La Voz a Ti Debida." Buenos Aires: Editorial Losada, S.A., 1942, 321 pp.
- Synge, John M. Jinetes Hacia el Mar. Traducido por Zenobia Camprubí de Jiménez y Juan Ramón Jiménez. Madrid: Imprenta Fortanet, 1920, 57 pp.
- Tagore, Rabindranath. El Cartero del Rey. La Luna Nueva. Traducido por Zenobia Camprubí de Jiménez y Juan Ramón Jiménez. Buenos Aires: Editorial Losada, S. A., 1941, 154 pp.
- Villaespesa, Francisco. Intimidades. Flores de Almendro (1893-1897). Obras Completas, vol. I, Madrid: Imprenta de M. García y G. Saez, 1916, 187 pp.

\_\_\_\_\_. La Copa del Rey de Thule. La Musa Enferma (1898-1900).  
Obras Completas, vol. III, Madrid: Tipografía García y Sáez, 1916,  
187 pp.

\_\_\_\_\_. Luchas. Confidencias (1897-1899). Obras Completas,  
vol. II, Madrid: Imprenta de M. García y G. Saez, 1916, 187 pp.

### Miscelánea

Altamira, Rafael. "La España del Siglo XIX." Boletín de la Institución  
Libre de Enseñanza, Madrid, 510:275-285, septiembre 30, 1902 y  
511:312-318, octubre 31, 1902.

Diccionario Enciclopédico Salvat. vol. VIII, 2ª. edición, Barcelona: 1942,  
Artículo "Juan Ramón Jiménez." pp. 313-314.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana. vol. XXVIII, 2ª. parte,  
Artículo "Juan Ramón Jiménez." pp. 2776-7. Ver también vol. VI, apén-  
dice, p. 567.

García Villa, José. "A Lyric Spanish Voice." New York Times Book Review,  
November 26, 1950, p. 51.

Jiménez, Juan Ramón. "Con Rubén Darío, hoy (15 de junio), en Savannah."  
Broadcast. Launching of liberty ship Rubén Darío, (Washington, 1944)  
Documents of the Library of Congress.

\_\_\_\_\_. "De mi 'Diario Poético' 1936-37 (Fragmentos)." Revista  
Cubana, VII, enero-marzo, 1937, pp. 55-77.

\_\_\_\_\_. "El Único Estilo de Eugenio Florit." Revista Cubana,  
VIII, abril-junio, 1937, pp. 10-16.

\_\_\_\_\_. "Poesía y Literatura," "Aristocracia y Democracia,"  
"Ramón del Valle Inclán." University of Miami Hispanic American  
Studies, II, 1941, pp. 75-118.

\_\_\_\_\_. "Política Poética." Madrid: Ministerio de Instrucción  
Pública y Bellas Artes, Instituto del Libro Español, 1936, 36 pp.

\_\_\_\_\_. Presente. Madrid: S. Aguirre, Impresor, 1933, 20 cua-  
dernos en un volumen, páginas sin número.

\_\_\_\_\_. Obra definitiva. (También conocido por el título de  
Unidad.) Madrid: León Sánchez Cuesta, Librero, 1926, 8 cuadernos,  
páginas sin número.

\_\_\_\_\_. Sucesión. (Con las iniciales J.R.J.) Madrid: 1932,  
8 ejemplares.

Neddermann, Emy. "Die Symbolistischen Stilelemente in Werke von Juan  
Ramón Jiménez." Hamburg: Seminar für romanische Sprachen und  
Kultur, 1935, 145 pp.

- \_\_\_\_\_. "Juan Ramón Jiménez, sus Vivencias y sus Tendencias Simbolistas." Nosotros, Buenos Aires, 1:16-25, abril 1936.
- Ríos, Fernando de los. "El Renacimiento Intelectual Español en 1900." Conferencia. México: Publicaciones del Grupo Ariel, Imprenta Manuel León Sánchez, 1927, 15 pp.
- Simarro, Luis. "De la Iteración." Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid, 512:348-352, noviembre 30, 1902.
- \_\_\_\_\_. "La Teoría del Alma, según Mehmke." Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid, XXI, diciembre 31, 1897, p. 383.

### Obras Consultadas

#### Libros

- Almagro San Martín, Melchor de. Biografía del 1900. Madrid: Revista de Occidente, 1944, 300 pp.
- \_\_\_\_\_. Crónica de Alfonso XIII y su Linaje. vol. I, Madrid: Ediciones Atlas, 1946, 322 pp.
- Amador de los Ríos y Villalba, Rodrigo. España. Sus Monumentos y Artes. Su Naturaleza e Historia. Vol. Huelva. Barcelona: Establecimiento Tipográfico Artes y Letras, 1891, 813 pp.
- Cansinos-Assens, Rafael. La Nueva Literatura. vol. III, Madrid: Editorial Páez, 1927, 460 pp.
- Casseu, Jean. Littérature Espagnole. Paris: Kra, Editeur, 6, Rue Blanche, 1929, 193 pp.
- Dalmáu Carles, José. España Mi Patria. Madrid: Dalmáu Carles, Fla, S.A., 1932, 470 pp.
- García Barbarín, Eugenio. Historia de la Pedagogía. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1932, 471 pp.
- Hespelt, E. Herman., et al. (ed.). An Anthology of Spanish American Literature. New York: F. S. Crofts & Company, 1947, 824 pp.
- López Jiménez, José. Sorolla. Madrid: Casa Blass, S.A. Imprenta, 1933, 69 pp.
- Machado, Antonio. Poesías Completas. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, serie IV, vol. VII, Madrid: 1917, 268 pp.
- Más y Fí, Juan. Letras Españolas. Buenos Aires: Librería Nacional J. Lajouane & c., 1911, 232 pp.

Masson, H. André., et al. Bordeaux dans la Nation Française. Bordeaux: Edition Delmas, 1939, 345 pp.

Reyes, Alfonso. Mallarmé entre Nosotros. Buenos Aires: Editorial Destiempo, 1938, 94 pp.

\_\_\_\_\_. Tertulia de Madrid. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1949, 145 pp.

Sancho Mayi, Hipólito., y Rafael Barris. El Puerto de Santa María en el Descubrimiento de América. Cádiz: Tipolitografía Rodríguez de Silva, 1926, 166 pp.

Untermeyer, Louis. Modern American Poetry. Sixth revised edition, New York: Harcourt, Brace and Company, 1942, 712 pp.

Vitier, Cynthio. Poemas (1937-38). La Habana: Imprenta Ucar, García y Cía, 1938, 78 pp.

#### Misceláneas

Americans in Bordeaux. (A Practical Guide-Book.) Bordeaux: G. Delmas, 1917, 140 pp.

Bordeaux. Guides Bleus Illustrés. Directeur, Marcel Monmarché, Bordeaux: Librairie Hachette, 1930, 64 pp.

Enciclopedia Universal Europeo-Americana. vol. XXV, Artículo "Moguer." y vol. XLVIII, Artículo "Puerto de Santa María."

España. Edición Especial del t<sup>o</sup>. XXL de la Enciclopedia Espasa. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1931, Artículos: "Letras gallegas," "El Modernismo," "Rubén Darío," "Ramón del Valle Inclán," "Manuel y Antonio Machado."

"Institución." Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, Madrid: 533:249-253, agosto 31, 1904.

Jiménez, Juan Ramón. "Crisis del Espíritu en la Poesía Española Contemporánea (1899-1936)." Nosotros, Buenos Aires, 5:277-293, marzo-abril, 1940.

Pesado, Mercedes. "Influencia de Juan Ramón Jiménez en el Grupo de Contemporáneos." México: Tesis Maestría, Universidad Nacional de México, 1949, 170 pp.